

Enrique Amorim

LA CARRETA



Lectulandia

«Enrique Amorim trabaja con el presente. La materia de sus novelas es la actual campaña oriental; la dura campaña del norte, tierra de gauchos taciturnos, de toros rojos, de arriesgados contrabandistas, de callejones donde el viento se cansa, de altas carretas que traen un cansancio de leguas. Tierra de estancias, que están solas como un barco en el mar y donde la incesante soledad aprieta a los hombres. (...) En las páginas de Amorim, los hombres y los hechos del campo están sin reverencia y sin desdén; con entera naturalidad, a veces con poética o atroz naturalidad»: Jorge Luis Borges.

Lectulandia

Enrique Amorim

La carreta

ePub r1.0

IbnKaldun 19.05.15

Título original: *La carreta*
Enrique Amorim, 1932
Prólogo: Wilfredo Penco

Editor digital: IbnKaldun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Las imágenes que Enrique Amorim (1900-1960) dejó de sí mismo a lo largo de su vida, más intensa que extensa, desbordarían cualquier estrecho marco que procurara encerrarlas. El movimiento constante, la inquietud sin sosiego, la reflexión asediada por el trazo nervioso, el trasiego de ideas y sentimientos acumulados como al galope, la potencia trashumante del incansable viajero, el deslumbramiento inacabable por la aventura, la exploración a fondo de los tipos humanos que estuvieron a su alcance: todas son notas que habilitan una cercanía —más que la intimidad— del escritor y su fascinante existencia.

Construyó, en el trayecto de sus sesenta años que casi acompañaron los del siglo, una obra literaria también difícil de abarcar por vasta y variada. Ricardo Latcham^[1] y Carlos Martínez Moreno^[2] se refirieron con razón a su «facundia creadora». Poeta, cuentista, autor teatral, crítico y libretista cinematográfico, cronista de viaje, periodista, memorialista, corresponsal: no hubo género que no colonizara con el instrumento de su ansiosa escritura.

Pero es en el mundo novelesco, en ese ancho espacio de ficción, donde Amorim se sintió como pez en el agua, donde encontró un espacio más hecho a su medida, a la de su capacidad de creación, su versatilidad imaginativa, su irreprimible y gozosa vocación de escribir^[3].

Fue, para su tiempo, un escritor profesional. Lo fue, porque tuvo talento, despertó simpatías, aceptó generosos amparos y puso de manifiesto una enorme capacidad de trabajo; porque desplegó estratégicas vinculaciones literarias, periodísticas y editoriales; porque su obra entró con fuerza en el mercado del libro y circuló sin pausa durante cuarenta años, sobre todo en el ámbito rioplatense en el que contó con públicos que lo aplaudieron con sostenido entusiasmo y una crítica desapareja pero abundante; en fin, porque pudo incorporar casi desde el principio, como algo definitivo, la literatura en su vida y lo mismo supo hacer con la vida en su literatura.

Trece novelas y un autor

La Carreta (1932) fue la piedra de toque de su carrera novelística, sin olvidar a Tangarupá (1925) como el primer intento por desbordar los límites de la narración breve. Sus críticos difieren en los criterios de clasificación de las novelas. Algunos —Alicia Ortiz^[4], Mercedes Ramírez^[5], Leonardo Garet^[6]— las ordenan en función de los respectivos ámbitos de referencia —ciudad o campo—; otros —Ricardo Latcham^[7], Serafín J. García^[8], Emir Rodríguez Monegal^[9], Rubén Cotelo^[10]— basándose en la evolución artística y vital del escritor; y otros más combinan ambos

criterios —Arturo Sergio Visca^[11], K. E. A. Mose^[12], Jorge Ruffinelli^[13].

En la periodización no se registran uniformidades, aunque predomina la opinión que ubica en un mismo ciclo a *La Carreta*, *El paisano Aguilar* (1934) y *El caballo y su sombra* (1941). Visca, incluso, llega a sostener que estas novelas integran «una especie de trilogía»^[14]. Para Rodríguez Monegal^[15], en cambio, *La Carreta* y *El paisano Aguilar* constituyen junto a *Tangarupá* un primer período, mientras *El caballo y su sombra* forma parte del siguiente que también integran *La luna se hizo con agua* (1944), *La victoria no viene sola* (1952) y *Todo puede suceder* (1955); se saltea la policial *El asesino desvelado* (1945), *Nueve lunas sobre Neuquén* (1946) y *Feria de farsantes* (1952) y define un tercer ciclo con *Corral abierto* (1956), *Los montaraces* (1957) y *La desembocadura* (1958), dejando fuera la póstuma *Eva Burgos* (1960).

Las trece novelas —catorce si se incluye *Tangarupá*— contribuyen a comprender en parte la caudalosa personalidad de Enrique Amorim. Entre ellas, *El paisano Aguilar*, *El caballo y su sombra*. *Los montaraces* y *La desembocadura* suelen ser las elegidas por sus notorias excelencias. Pero el carácter fundacional de *La Carreta* fue señalado tempranamente por Fernán Silva Valdés —«es iniciadora de otro aspecto del realismo campestre»^[16]—. Amorim dio preferencia también a esta obra y sobre su texto trabajó a lo largo de los treinta años que separan la primera edición (1932) de la sexta y definitiva (1952), ajustando su estructura, reforzando la consistencia de su mundo, sabiendo muy bien que la novela había nacido bajo el signo para él estimulante de la polémica.

El linaje de las quitanderas

«*Las quitanderas*», incluido en su primer libro de cuentos, *Amorim* (1923), se distinguió desde el primer momento del resto de los relatos. En un volumen con predominio «mórbido y decadentista», como observa Ruffinelli^[17] «*Las quitanderas*» es el único que puede considerarse «realista». Curiosamente, fue también el único relato que despertó de inmediato interrogantes sobre el «realismo» de sus personajes.

A fines de 1923, y para dar respuesta a una consulta formulada por un lector de *Amorim*. Martiniano Leguizamón dio a conocer un artículo de naturaleza filológica a propósito del término «quitanderas» con el que habían sido identificadas las prostitutas ambulantes del relato homónimo. Leguizamón comete un error al ubicar el ámbito de referencia del cuento en el campo de Corrientes —porque al personaje lo llaman Correntino— pero explora con interés la etimología de la palabra «quitanderas» y después de establecer cercanías posibles primero con mujeres araucanas fumadoras en pipa y aborígenes del norte argentino que fumaban cigarros de hoja, y más tarde con brasileñas relacionadas con los mercados denominados

«quitandas», concluye a propósito del oficio «de condición vergonzante» que Amorim les asigna a sus quitanderas: «Nunca oí referir a nadie tan extraña costumbre. Pienso que es una mera fantasía del escritor»^[18].

Éste no se hizo esperar y al domingo siguiente apareció en el mismo periódico una carta dirigida a Leguizamón en la que aclara que el cuento no se desarrolla en Corrientes sino en el norte uruguayo, cerca de la frontera con Brasil, manifiesta su acuerdo con «el verdadero origen de la palabra (que) se halla en el folklore brasileño» y precisa más adelante: «Oí, en boca de pobladores del norte uruguayo, la voz ‘quitanderas’, y, gracias a un anciano, supe de sus vidas nómadas. Si la fantasía del escritor la trama tejió, la existencia de las vagabundas no es producto exclusivo de la imaginación». Finalmente recuerda que en O dialecto caipira de Amadeu Amoral se registra la voz en cuestión. «Esas vendedoras que él nos presenta —agrega— no eran solamente de “rapadura” y “ticholo”. En sus tiendas se encubrían actos perseguidos y condenados, que hacían la gloria de los noctámbulos. Y, no sería raro que, perseguidas en épocas pasadas, hiciesen más tarde su vagabundaje de vivanderas deshonestas»^[19].

El incidente no terminó con la carta de Amorim, y a ella se agregó más tarde otra de Daniel Granada, autor del conocido Vocabulario rioplatense, entonces radicado en Madrid. Después de elogiar el cuento como «modelo acabado en el género descriptivo, tan difícil en su aparente facilidad», Granada confiesa que su omisión en registrar las palabras «quitanda» o «quitandera» en su Vocabulario había sido involuntaria, que había subsanado esa omisión en otro trabajo que permanecía inédito, y explica que «el sentido recto de ‘quitandera’ es el de mujer que tiene a cargo una ‘quitanda’; se da el nombre de ‘quitanda’ a un puesto atendido por mujeres, en el que se venden cosas de merienda (pasteles, alfajores, naranjas, bananas, etc.) en las reuniones y fiestas campestres. Esas mujeres, que por lo regular son chinas, y por lo mismo fáciles, no por eso han de reputarse todas deshonestas. El sentido en que (Amorim) aplica la voz ‘quitanderas’, no es el significado originario y propio que le corresponde, sino una acepción derivada de la condición más común en las mujeres que se dedican a ese tráfico. El episodio que (Amorim) magistralmente relata, aunque obra de su invención, está enteramente ajustado a la realidad»^[20]. El artículo de Leguizamón y la carta de Amorim fueron recogidos —el primero parcialmente— en una edición especial de Las Quitanderas que el autor autorizó a la Editorial Latina de Buenos Aires en 1924. Era la confirmación del éxito del relato.

Plagio en París

Pero las repercusiones más altisonantes ocurrieron años más tarde. Amorim siguió trabajando y publicó Tangarupá en 1925 en el que incluyó la novela corta que da

título al volumen y tres relatos más, uno de los cuales es «Quitanderas (Segundo episodio)». Era evidente que el tema de la carreta como prostíbulo ambulante daba para nuevas instancias narrativas y tal vez ya entonces el autor empezaba a pensar en un entramado novelesco.

Entusiasmado por los personajes que Amorim había creado, Pedro Figari^[21] pintó una serie de quitanderas que hizo conocer en París, donde estaba radicado desde 1925 y exponía en la Galería Druet^[22]. Según Juan Carlos Welker, fue Figari quien le prestó un ejemplar de Tangarupá al «conocido escritor francés traductor de numerosas obras escritas en lengua castellana» Adolfo Falgairolle^[23]. Éste publicó en 1929 un relato titulado «La Quitandera», en el que narra la historia de Angelita Gómez, bailarina española que llega a Buenos Aires desde París para sumarse a unas prostitutas agrupadas en una carreta^[24]. Como explicará el propio Amorim cuatro años después «en la novela del escritor francés, la carreta arranca del extremo Sur de la calle Rivadavia, en un amanecer pintorescamente descrito por el autor. Y la partida se efectúa ante la presencia luminosa de un inmenso aviso de Ford, hundiéndose el vehículo en la pampa, con la seguridad de que es capaz una pesada carreta y un escritor europeo improvisando novela americana»^[25].

En abril de 1928, Enrique Amorim había contraído matrimonio en Buenos Aires con Esther Haedo Young, y ese mismo mes viajaron a Europa. En los días en que aparece La Quitandera de Falgairolle, estaban en París^[26]. Vinculado a Francia desde su primer viaje en 1926, Amorim se entera por Aníbal Ponce de la publicación que lo plagia, y con ayuda de Jules Supervielle^[27] logra que algunos periódicos — L’Intransigeant, Chicago Daily Tribune, Les Nouvelles Littéraires, Candide— denuncien y comenten el plagio del que trata de defenderse el escritor francés en la edición parisina del New York Herald^[28]. Pero la acusación era ilevantable. Según anota Mose, varios detalles confirman el plagio como cuando Angelita Gómez proclama: «Nous sommes des missionnaires de l’amour»^[29]; el relato de Amorim terminaba de este modo: «El viejo carretón de las quitanderas, todavía recorre los campos secos de caricias, prodigando amor y enseñando a amar».

Más publicidad no podía pedir para sus cuentos. A su regreso a Buenos Aires, probablemente La Carreta ya estaba en ciernes, aunque habrá que esperara 1932 para su publicación.

Muchos años más tarde, Amorim confesaría el verdadero alcance de su «invención» de las quitanderas. «El primer cuento lo escribí en casa de un amigo salteño (...) Rodrigo Rodríguez Fosalba (...) un sábado escribí de un tirón el cuento y se lo leí a mi amigo y a su padre, hombre que había corrido mundo, buen escuchador de historias (...) Se lo leí y al terminar la lectura de un texto que había salido completamente de mi imaginación, sin la menor relación con la realidad que me circundaba, el padre de Rodrigo me dijo: “No las llame usted ambulantes. Esas mujeres se llaman quitanderas. Las hay en el Brasil”. Yo no tenía la menor idea de

que tales personajes fueran de carne y hueso. Sabía sí, que las acababa de crear, de dar vida. Me daba mucho placer sentirme con fuerzas como para gestar tipos que se acercaran al humano y vital. Me sonó tan eufónico el nombre o calificativo que me pasó la tarde del domingo acostumbándome a la idea de haber descubierto en mi propio magín a las quitanderas. Corregí la plana y sentí que en algunos párrafos la palabra rodaba fácilmente. El cuento que había creado me llenó de orgullo»^[30].

Lo primero fue un cuento

«La Carreta no es una novela», afirmó, rotunda, Alicia Ortiz, hace más de cinco décadas, en su laudatoria e interesante conferencia sobre Las novelas de Amorim^[31]. Es por lo menos curioso que en un trabajo dedicado a la novelística, después de haber analizado la obra de 1932 en ese marco, se haya llegado a conclusión tan contundente como paradójica. Aunque es cierto que para la citada crítica argentina ese hecho, basado en la ausencia de «un conflicto individual o colectivo como tema central desarrollado», carecería de importancia —«nada obliga a encasillarla con un rótulo»— ni tampoco iría en desmedro del propósito de belleza y originalidad en la narración.

Un especialista minucioso en la obra de Amorim como K. E. A. Mose se ha detenido en este polémico aspecto, el de la estructura, que provocó tempranas alusiones de los críticos y aunque sin llegar a los extremos de Ortiz, sostiene con similar orientación «la falta de coherencia» del libro considerado como novela, y dice algo más: «la última versión (...) es una creación literaria que refleja cierta estructura social más que respeta los patrones tradicionales de la estructura literaria»^[32].

También Emir Rodríguez Monegal había expresado una misma concepción —que confunde planos diferentes, el de la vida que se procura representar y el de la que efectivamente queda representada en la estructura literaria— en los siguientes términos: «Lo que busca expresar este narrador no es la estructura implacable de la obra literaria sino el fluir seguro de la vida»^[33].

Fernando Ainsa, que coordinó la edición crítica de La Carreta en la colección Archivos, fue más prudente y a pesar de que recogió en su análisis el referido punto de vista, no lo compartió por lo menos expresamente y se limitó a señalar en adecuada perspectiva que lo que carece esta primera novela de Amorim es «de una estructura novelesca “tradicional”»^[34].

El proceso de elaboración de La Carreta justamente pone de manifiesto que el autor no podía, por la propia construcción genética, respetar preceptos organizativos convencionales. Es también Ainsa quien dice que «en La Carreta, la pretendida unidad de la estructura novelesca proviene de una multiplicidad de direcciones expresada en textos que se consideraron en su momento definitivos en función de su

propia unicidad como relatos y cuya apertura y estallido hacia la forma más compleja y trabada de la novela, necesita de una metodología de análisis crítico diferente»^[35].

En efecto, los cinco cuentos que después pasaron a ser capítulos —incluido «Carreta solitaria»^[36] que es posterior a la primera edición de la novela— pueden ser considerados textos definitivos porque cada uno funciona con autonomía y no requiere de los demás para su sobrevivencia.

Esto es seguramente lo que ha llevado a Alicia Ortiz a sostener que La Carreta está constituida por «unos cuantos relatos hilvanados en torno de su itinerario incierto»^[37]. Pero otra vez es Ainsa quien acierta al destacar que «el autor los convirtió (a los cuentos) en el “eje” de su plan y no simplemente en episodios accidentales o secundarios de una estructura concebida de otro modo. Los cuentos constituyen el “nódulo” de La Carreta»^[38].

A esto habría que agregar que por lo menos tres de los cuentos —«Las quitanderas», «Quitanderas (Segundo episodio)» y «Los explotadores de pantanos»— son unidades estratégicas que aún siendo narraciones breves conclusivas, se abren al espacio novelesco y lo determinan. Como se ha señalado en otra oportunidad^[39], cuando Amorim se dispone a diseñar La Carreta cuenta con dos pares de cuentos que van a ser cuatro capítulos en la primera edición. Menos de una cuarta parte. Y, sin embargo, tres son no sólo instancias clave de la novela, sino algunos de los textos más extensos y desarrollados, a partir de los cuales —o al menos teniéndolos presentes— seguramente son elaborados casi todos los demás. Por su parte, «Carreta solitaria», incorporado a la edición de 1942, fue concebido, sin duda, como un relato independiente pero a la vez en función del mundo novelesco de La Carreta y para que formara parte de él.

Otra vez corresponde citar a Mose cuando observa que «la novela como obra orgánica vino tarde y después de brotes individuales representando la visión amoriniana del mundo rural»^[40]. Amorim ha explicado que en los primeros tiempos de su producción «no estaba en aquella época tan seguro de lo que hacía en materia narrativa. Se publicaban mis cuentos en La Nación y El Hogar con alguna regularidad (...) Saltar del cuento a la novela era perder un filón apreciable. No siempre el editor compra el original de una novela, en cambio la revista paga bien el cuento. Fue así que preparé el material para La Carreta en capítulos independientes pero con el motivo central de una carreta conduciendo mujeres de “ojos licenciosos”»^[41].

La novela, estructura y visión

Resultan significativas las condiciones en que se producía la literatura en las primeras décadas del siglo, al punto que determinaban preferencias por algunos

géneros —como el cuento— y hasta obligaban a otros —como la novela— a necesarias adaptaciones —el folletín— o a transformaciones internas más profundas, como lo pone de manifiesto el ilustrativo proceso genético de *La Carreta*.

El salto —del cuento a la novela— es, de todos modos, fundamental para Amorim, y él mismo lo confesará muchos años más tarde al examinar en retrospectiva su trayectoria: «Desde *La Carreta*, mi narrativa empieza a preocupar a la masa lectora»^[42].

El camino había sido largamente preparado y al fin la Editorial Claridad anunció en Buenos Aires, en los últimos meses de 1932, la publicación de la novela. Afiches y anuncios de prensa informaban: «*La Carreta*, con su carga de vagabundos y quitanderas, si usted la sigue tendrá una clara visión de la vida aventurera y viciosa de los campos de América, la novela de Enrique Amorim refleja como ninguna otra la tragedia campesina»^[43].

Jorge Rufinelli ha resumido que éste es «el libro representativo, “clásico” de Amorim, (...) de admirable uniformidad narrativa y concepción y fabulación mejor logradas. Pese a tener una básica estructura aditiva —que le permite intercalar episodios sin que la trama se resienta— la novela tiene una coherencia interior que gira alrededor de dos o tres asuntos centrales y dos personajes importantes: Matabayo y Chiquiño. Sin embargo el verdadero “personaje” de la novela es la carreta, con su original cargamento: prostitutas que cruzan la pampa vendiendo amor»^[44].

En un sentido más amplio, el común denominador que atraviesa la novela y le da su más íntima unidad es la renovada visión que Amorim ofrece del campo uruguayo, visión que ya había comenzado a definir en narraciones anteriores e irá completando en los años por venir. Jorge Luis Borges observará en el prólogo a la edición alemana de *La Carreta* que «Enrique Amorim trabaja con el presente. La materia de sus novelas es la actual campaña oriental; la dura campaña del norte, tierra de gauchos taciturnos, de toros rojos, de arriesgados contrabandistas, de callejones donde el viento se cansa, de altas carretas que traen un cansancio de leguas. Tierra de estancias, que están solas como un barco en el mar y donde la incesante soledad aprieta a los hombres. (...) En las páginas de Amorim, los hombres y los hechos del campo están sin reverencia y sin desdén; con entera naturalidad, a veces con poética o atroz naturalidad»^[45].

Examinar cómo funciona *La Carreta* como novela y cómo se estructura esa visión del campo desde la propia perspectiva literaria, es una tarea que aporta útiles resultados.

Un repaso a los quince capítulos de la edición definitiva y el cotejo con los esquemas preliminares de organización permiten aproximarse, sobre la base del conocimiento previo de los materiales preparatorios que se conservan, a las formas de diseño tanto en su leve desarrollo argumental como en el engarce de las escenas y los personajes complementarios que forman parte también del entramado final de la

novela.

El hilván de las historias

En el primer capítulo se presenta a Matacabayo^[46] y su familia —Casilda, su segunda mujer y sus hijos Alcira y Chiquiño—, irrumpen los carretones del circo en su pasaje por Tacuaras, se establece el modo cómo Matacabayo se relaciona con los forasteros^[47] y en particular queda registrada su vinculación con Secundina, que en el circo hacía de capataza, quedando insinuado así su papel de Mandamás que cumplirá más avanzada la historia^[48].

El capítulo II se integra con el circo en funcionamiento y allí, en ese entorno, quedan ubicadas las pasteleras —«vendedoras de fritanga y confituras»— que más adelante serán denominadas carperas hasta llegar al nombre definitivo: «quitanderas»^[49]. El negocio de estas mujeres, que impulsan Secundina y Matacabayo, es el que da lugar a la conversación entre el comisario —don Nicomedes— y el dueño del circo —don Pedro— y abre al desarrollo del tercer capítulo que el autor había titulado provisoriamente en uno de sus esquemas organizativos con dos palabras que son su síntesis argumental: «Broma y huida».

Estos tres primeros capítulos presentan una continuidad indiscutible y fueron elaborados con una visión novelesca en su entramado, aunque también teniendo presentes, como ya se señaló, los textos previos, los dos que habían servido de embriones: Quitanderas, primer y segundo episodios.

Asimismo, el capítulo IV se relaciona con los anteriores en la cronológica fluencia de la narración y, de algún modo, comienza a cerrarse lo que se podría considerar la primera parte de La Carreta, que concluirá efectivamente dos capítulos más adelante.

En esta primera parte han quedado definidos el mundo de las quitanderas, su origen y su oficio, la carreta y su presencia conductora de las secuencias narrativas —el «concepto-vínculo» de que habla Mose^[50]— en algunos casos más visible, en otros apenas lateral; dos personajes que volverán a aparecer en los tramos finales: Matacabayo y Chiquiño —también Leopoldina, en un papel secundario, más de apoyo de las instancias episódicas—, y un misterioso Chaves que es casi una sombra que acompaña, intermitente, el tránsito de la narración.

Tres capítulos: el IV, el V y el VI, estaban formulados en uno solo en el esquema organizativo inicial, con estos apuntes enumerativos: «El carretón comienza, Carreras de gatos. En otro lugar, Con Chaves. Desaparece Chiquiño Las “carreras de gatos”, del mismo modo que el episodio del indio Ita y su finada esposa, son los núcleos argumentales en torno a los cuales se organizan los capítulos V y VI. Pero aún así, el desarrollo que se desprende desde las primeras líneas de la novela no se interrumpe, pues mientras en el primero Matacabayo, Secundina, Chiquiño, Leopoldina la Mandamás (Misia Rita) y las otras mujeres no dejan de tener una

presencia aun secundaria en el episodio —incluso Clorinda, una de las “amazonas», decide volver a Tacuaras en busca de don Pedro, y Chiquiño y Leopoldina resuelven alejarse del grupo y desaparecer—, en el segundo los mismos personajes, los principales, vuelven a entrar en escena.

A esta altura es cuando comienza a desarrollarse una serie episódica, ahora sí definitivamente fragmentaria, y la continuidad argumental es deliberadamente débil y habrá que esperar al capítulo x para observar la reaparición de Chiquiño.

El capítulo VII, en el que se narra las relaciones de Maneco y Tomasa, y en el que participa, también, a la distancia, el dueño del establecimiento rural, don Cipriano, no está mencionado en los esquemas preliminares y la carreta y las quitanderas cumplen una función de mera referencia en la parte final.

El VIII tiene como protagonista a una quitandera innominada. Ya las primeras han clausurado su ciclo y cuando el capítulo IX se inicie, otras serán las mujeres ambulantes —sólo un nombre se repite, el de Petronila— que la carreta traslada, y otra, también, la Mandamás: ahora se llama Misia Pancha, la Ñata o la González. Pero el núcleo narrativo se concentra de nuevo en los negocios de las quitanderas. Después del intervalo que constituyen, en cierta medida, el episodio en la estancia de don Cipriano y la historia de la quitandera a bordo de la barcaza, se coloca en foco una vez más al carretón y sus habitantes, para dar paso, en el capítulo x, a la reaparición de Chiquillo, instalado en el pueblo junto a Leopoldina, en una de las instancias episódicas más efectistas de la novela: el asesinato de Pedro Alfaro.

La técnica que Amorim pone en práctica ha dado sus primeros resultados: el carácter episódico de los capítulos, hilvanados con más o menos intensidad, admite la digresión anecdótica controlada y el curso de los diez primeros capítulos permite poner a prueba la inserción de uno más, a esta altura, con una relación muy circunstancial con las historias que se han venido engarzando.

Este capítulo, el XI, es, de toda la novela, el que presenta el carácter más independiente. Había sido publicado por primera vez, como cuento, en Caras y Caretas con el título «El lado flaco»^[51] sometido el texto a diversas correcciones, pasó a integrar, también como narración autónoma, la primera edición de Tangarupá, modificado su título en «El pájaro negro». Reescrito nuevamente, pero sin modificaciones sustanciales respecto de las versiones anteriores, salvo las referencias a las quitanderas intercaladas estratégicamente, se le incluyó así en La Carreta^[52]. Esta inclusión debe haber sido resuelta en la etapa final de elaboración, previa a la primera edición, por las razones apuntadas y porque sólo se le menciona en uno de los esquemas organizativos, el más avanzado.

Distinto es el caso del capítulo XII, que está dividido en dos partes. En la primera se relata la venta de Florita a don Caseros, venta en la cual interviene una Mandamás innominada; la segunda incluye el diálogo y el incidente entre Piquirre y Luciano en la pulpería, en el primero de los cuales se hace mención a las primeras

quitanderas y en particular a «la Mandamás más peluda, la finada Secundina» y a los métodos para medir la duración de los encuentros entre clientes y quitanderas, mientras los cabitos de vela permanecían encendidos. Como corolario del capítulo se produce el encuentro de Florita y Luciano.

Ya en los tramos finales de *La Carreta*, reaparece Chiquiño en el capítulo XIII que con anterioridad había sido un cuento de Tangarupá: «Los explotadores de pantanos». La trama de esta narración reconoce su antecedente inmediato en el capítulo X, en el que el hijo de Matabayo mata a Pedro Alfaro. Ya Leopoldina está bajo tierra, y es ahora a Chiquiño a quien le llega la muerte^[53]. Reaparece fugazmente, asimismo, la primera Mandamás, la vieja Rita y, de ese modo, vuelve a quedar referenciada la historia inicial de *La Carreta*.

La novela termina, en la primera edición, en el capítulo XIV, que integra una nueva versión de «Quitanderas (Segundo episodio)», en la que vuelven a cobrar vida misia Rita —La Mandamás—, Petronila, Rosita y Brandina, y aquel personaje escurridizo de los primeros capítulos, Marcelino Chaves. Aunque alejado en el tiempo narrativo y en el difuso ritmo cronológico de la novela, en relación con sus primeros tramos, este capítulo pone punto final a las diversas historias sucesivas y como tal, como instancia última de la novela, está concebido^[54].

Al servicio de la realidad

La elaboración de *La Carreta* no termina en la primera edición: continúa en las siguientes^[55]. En la edición de 1933 —la tercera— se introduce una serie de variantes y lo mismo sucede en la de 1942 —la quinta—. En ésta, la modificación más importante es la inclusión de un nuevo capítulo que había sido publicado como cuento, como ya fue señalado, con el título «Carreta solitaria» en 1941.

La madurez narrativa, propia del oficio consolidado con el transcurso de los años —en esas dos décadas, Amorim había publicado cuatro libros de cuentos, cuatro de poesía y tres novelas—, domina este relato tenso que coloca a *La Carreta* en un plano no transitado antes. Una ubicación temporal más precisa —son tiempos de revueltas y caudillos alzados— incorpora el trasfondo histórico, reconocible, aun cuando elude referencias explícitas al correlato de la historia nacional. En este capítulo, además, vuelve a aparecer Matabayo, pero sin quitanderas en su torno —hay algunas vagas alusiones a su vinculación con las mujeres— y con su muerte culmina la narración. Intercalado como capítulo XIV, el que llevaba ese número en las ediciones anteriores pasa a ser el XV en esta quinta, y sigue siendo el final de la novela.

Diez años más tarde, en la edición siguiente, la definitiva, son introducidas nuevas modificaciones. Decenas de párrafos han sido escritos una vez más y también su estructura es sometida a cambios: el capítulo XIII de la anterior —en el que muere

Chiquiño— pasa a ser el XIV, y éste —que narra la muerte de Matabayo— el XIII. Como anota Mose^[56], al invertir ambos capítulos, la muerte del padre aparece antes que la del hijo, con lo cual se fortalece el paralelismo entre ambos al relacionarlos en el párrafo final del capítulo XIV —de la edición de 1952— y otorgando a su vez una mayor unidad a la novela.

En la tercera edición, de 1933, Amorim incluye una nota final que titula «A propósito de las quitanderas», en la que establece algunas importantes reflexiones sobre sus personajes en cuanto creaciones propiamente literarias («A mi solo me cabe la certeza de que las “quitanderas” han existido en mi imaginación, por el hecho cabal de haberles dado vida en páginas novelescas») y la perspectiva que ha procurado dar desde la novela («Creo que con La Carreta he enfocado desde un ángulo, la vida sexual de los pobladores del norte uruguayo, región fronteriza con el Brasil. En aquellas inmediaciones, la mujer por raro designio, hace sentir su ausencia y esta señalada particularidad, es la que determinó sin duda en mí, la visión amarga y dolorosa de las quitanderas»). Esto último es reforzado cuando explica: «Clima áspero y fuerte, paisaje rudo, cerrillada y ranchos, han determinado el alma de las gentes que pasan por estas páginas»^[57].

De este modo, Amorim reivindica para su trabajo narrativo el camino del realismo, la mimesis de la realidad, pero en el plano de la ficción. Ya lo hizo notar Ángel Rama cuando se refirió al narrador y su «íntima confianza en la permanencia, variedad y riqueza del realismo»^[58]. En similar sentido, sobre el final de su vida, contestó a una encuesta publicada en el semanario Marcha: «Lo único corriente es el realismo en cualquiera de sus formas. Lo demás es letanía, cansancio, lágrimas, baba fría, desesperación (pero no mucha) y unas ganas tremendas de llorar, como en la letra de tango»^[59].

Sin embargo, esa afirmación categórica, sin puntualizaciones, no era lo que efectivamente representaba la concepción que Amorim había llevado a la práctica en su narrativa. En una carta a Rubén Cotelo le dice también categórico: «Yo no soy un escritor realista. Soy un escritor al servicio de la realidad. Lo que sutilmente es otra cosa. Si no se descompone esa realidad, si no se la altera, si no se la recrea o deforma, no me interesa. Si la realidad no se deja atravesar por el prisma del artista, no es válido el texto, no es literatura». Por eso «La Carreta es una invención de cabo a rabo»^[60].

El campo de verdad

En ese marco, Amorim creó o recreó un mundo donde no tenían lugar «los gauchos del tablado» que habitaban «una literatura floreada» denunciada por él sin compasión^[61]. En un importante artículo publicado en el período de concepción de La Carreta, había convocado a reaccionar «contra la falsa literatura criolla». Sólo

Benito Lynch y Horacio Quiroga se salvaban de la quema. Lo demás era «paisaje, visto desde la ventanilla de un tren, desde la rueda de un volante, o desde el rodeo (...) Espectáculo puro...». Por eso reivindicaba «escudriñar en el alma de esas pobres bestias que trabajan de sol a sol, en un campo sin mujeres, sin fiestas y sin una creencia salvadora»^[62].

Sin llegar a convertirse en manifiesto, el artículo tiene mucho de denuncia y propone caminos a transitar. Las Quitanderas y Tangarupá eran ejemplos prácticos de coherencia. En la misma línea se ubicará La Carreta.

Como Mose ha hecho notar, la crítica contemporánea a la novela, al reseñarla acusó recibo del impacto que generaba esa inusitada visión narrativa del campo^[63]. Se dijo que producía asco en el lector^[64], se le tildó de ofensivo a las personas de buen gusto^[65], con más cuidado se le señaló que cargaba demasiado las tintas^[66] o que «la nota realista... cuando llega a presentarse excesivamente descarnada, puede perjudicar una obra»^[67].

Años más tarde, otros autores siguieron haciendo observaciones en la misma línea: Luis Alberto Sánchez - «ese naturalismo de primer agua, tosco y hasta desagradable, que prima en La Carreta»^[68]—, E. Díez-Echarri y J. M. Roca Franquesa —«un cuadro trazado según la técnica naturalista, de lo más crudo (...) da náuseas»^[69]—, John F. Garganigo y Walter Rela —«es el artista que elige ver solamente la suciedad y la pobreza que rodean a estos seres»^[70]—.

Amorim tomó nota pero no hizo caso de los reproches que llegaron a sus manos. De todos modos le confirmaban que La Carreta había roto «con la norma establecida de que el campo era pintoresco y limpio, sano y feliz y que sus gentes eran ingeniosas y aguantaban más que los restantes seres de la tierra... porque tomaban mate»^[71]. Eso es lo que se había propuesto y la crítica —aun la contraria— le mostraba que lo había alcanzado.

Consustanciado con la materia elaborada, no sólo puso al descubierto miserias humanas del campo, también hizo notar, en ese mundo violento y degradado, sentimientos de ternura y amor —que Ainsa indica^[72]— y desplegó a lo largo de la novela, mitos, símbolos, supersticiones y creencias populares —que Ana Rodríguez Villamil ha estudiado con atención^[73]—.

Novela fragmentaria, La Carreta es concebida, como se ha dicho, a partir de historias diversas y dispersas que se van sumando y quedan interrelacionadas en su mayor parte por sutiles vínculos; a veces sólo los apuntes autorreferenciales producen instantáneamente la conexión. Novela, también, que en la edición definitiva, alcanza su versión más depurada, consecuencia de un largo proceso de casi treinta años desde que un cuento juvenil desbordó los límites de su estructura y puso en marcha a unas mujeres ambulantes y a un viejo carretón sobre el ancho camino de un apasionante mundo novelesco.

Enrique Amorim

Nació en Salto, en una casa vecina a la Catedral, el 25 de julio de 1900. Su padre, también llamado Enrique Amorim, uruguayo de origen portugués, tuvo un establecimiento de campo, «La Chiquita», situado sobre el arroyo Saucedo, a unos 80 kilómetros al norte de la capital departamental y próxima al arroyo Tangarupá y al río Arapey. Los escenarios de esa estancia, del mismo modo que los de «El Eucalipto», vecina a San Antonio, y de «El Paraíso», que pertenecía a su abuelo paterno —las tres frecuentadas por Amorim en su niñez y adolescencia—, le sirvieron de materia narrativa para sus cuentos y novelas. Su madre, Candelaria Areta, uruguayana de ascendencia vasca, con inclinación por las letras, escribió en diarios locales y desarrolló una actividad de apoyo a las manifestaciones artísticas salteñas. Amorim cursó sus primeros estudios en una escuela pública y en el colegio privado que dirigía Pedro Thevenet y los secundarios en el «Instituto Politécnico Osimani y Lerena». A los 16 años pasó a residir en Buenos Aires como pupilo en el Colegio Internacional de Olivos, y en una revista estudiantil, Páginas, realizó sus escauceos literarios. Graduado como bachiller en 1919, a dicho Colegio regresó como docente de literatura por un breve período. Del año siguiente es su primer libro de versos, Veinte años, precedido por un saludo de su maestro y amigo, el poeta argentino Baldomero Fernández Moreno. Se incorporó al grupo de Boedo junto a Enrique Méndez Calzada y Aníbal Ponce y comenzó a colaborar con frecuencia en diversas publicaciones periódicas, sobre todo en Nosotros y Caras y Caretas, en esta última a instancias de Horacio Quiroga. Sus cuentos iniciales fueron recogidos en Amorim (1923), al que siguieron otros títulos con narraciones breves y de poesía antes de su primera novela, La carreta (1932). Fue designado auxiliar de la Dirección de Impuestos al Consumo de la Provincia de Buenos Aires, en la ciudad de La Plata, en 1923. Viajó a Europa en 1926 y volvió a hacerlo en 1928 después de su casamiento con Esther Haedo Young. A su regreso al Uruguay se instaló en Salto y dispuso la construcción, entre 1929 y 1931, de una original y moderna residencia que fue conocida como «Las Nubes». Desde allí continuó produciendo una obra muy vasta que abarcó todos los géneros literarios, obra que fue traducida a varios idiomas, y mantuvo una nutrida correspondencia con el exterior. También se desempeñó como realizador cinematográfico de documentales y trabajó como libretista y codirector de varias películas argentinas. Se declaró contrario al golpe de Estado del 31 de marzo de 1933 y militó en la oposición al gobierno del Presidente Gabriel Terra, y lo mismo hizo una década más tarde en la otra orilla del Plata durante el gobierno del General Juan Domingo Perón. Con frecuencia pasó largas temporadas en Buenos Aires y en Montevideo, y emprendió nuevos viajes a Europa y a los Estados Unidos y Canadá. Se relacionó con la nueva generación de escritores españoles, entabló amistad con sus más destacados poetas, entre ellos Federico García Lorca, y adhirió a la causa de la República en la guerra civil. En 1935 nació

Liliana, su única hija. Actuó en la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), y fue elegido su vicepresidente en 1936. Con motivo de la muerte de Horacio Quiroga, promovió homenajes a su memoria y la repatriación de sus restos al Uruguay. Finalizada la segunda guerra mundial, se afilió al Partido Comunista en 1946. Dos años más tarde concurrió al Primer Congreso Mundial de Intelectuales por la Paz, realizado en Wroclaw, Polonia. «La Casona», residencia de sus padres que donó al Municipio de Salto, fue inaugurada en 1951 como Museo Histórico de dicho Departamento. De regreso a Europa en 1952, se le manifestaron en Viena los primeros síntomas de la enfermedad cardiovascular que fue causa de su muerte ocho años después. No obstante, tras un tratamiento y descanso en Montevideo y Salto logró un principio de recuperación y en 1954 viajó una vez más. En julio de ese año y como consecuencia de las tensiones generadas por la guerra fría, fue arrestado en París por la «Sreté Nationale» y se ordenó su expulsión del territorio francés. Reclamos y gestiones de personalidades intelectuales y políticas, entre ellas François Mitterrand, entonces Ministro del Interior, permitieron el levantamiento de las medidas adoptadas en su contra. Viajó a la URSS a fines de 1954 para participar, junto a Alfredo Gravina, en el 2.º Congreso de Escritores Soviéticos. Su iniciativa para erigir el primer monumento a Federico García Lorca se concretó en Salto, a orillas del río Uruguay. El pueblo de su ciudad natal le tributó en 1958 una serie de homenajes que se prolongaron durante una semana. Falleció el 28 de julio de 1960. Dejó inéditos algunos cuentos y una novela, publicados postumamente, y un libro de memorias titulado Por orden alfabético, que permanece aún sin editar.

Bibliografía

POESÍA: Veinte años (1920), Un sobre con versos (1925), Visitas al cielo (1929), Cinco poemas uruguayos (1935), Dos poemas (1940), Cuaderno salteño (1942), Primero de mayo (1949), Sonetos del amor en octubre (1954), Quiero (1954), Sonetos del amor en verano. Sonetos del amor en invierno (1957), Mi patria (1960), Digo Fidel (1960), Para decir la verdad (1964).

NARRATIVA: Amorim (1923), Las Quitanderas (1924), Tangarupá (1925), Horizontes y bocacalles (1926), Tráfico (1927), La trampa del pajonal (1928), Del 1 al 6 (1932), La Carreta (1932), El paisano Aguilar (1934), Presentación de Buenos Aires (1936), La plaza de las carretas (1937), Historias de amor (1938), La edad desapareja (1938), El caballo y su sombra (1941), La luna se hizo con agua (1944), El asesino desvelado (1945), Nueve lunas sobre Neuquén (1946), Feria de farsantes (1952), La victoria no viene sola (1952), Después del temporal (1953), Todo puede suceder (1955), Corral abierto (1956), Los montaraces (1957), La desembocadura (1958), Eva Burgos (1960), Los pájaros y los hombres (1960), Temas de amor (1960), Los mejores cuentos (1967), Miel para la luna y otros relatos (1969), El ladero y varios cuentos (1970).

TEATRO: La segunda sangre, Pausa en la selva, Yo voy más lejos (1950), Don Juan 38 (1959).

ENSAYO Y CRÓNICA: Los días de guerra mundial. Síntesis telegráfica. 1939-1945 (con seudónimo Lázaro Riet) (1945), Juan Carlos Castagnino (1952), El Quiroga que yo conocí (1983).

Criterio de edición

La presente edición de La Carreta reproduce el texto de la publicada en 1952, con la actualización ortográfica y la corrección de erratas correspondientes a cargo de Wilfredo Penco.

La carreta

I

Matacabayo había encarado los principales actos de su vida como quien enciende un cigarrillo de cara al viento: la primera vez, sin grandes precauciones; la segunda, con cierto cuidado, y la tercera el fósforo no debía apagarse, de espaldas a la ráfaga y protegido por ambas manos.

Llegaba la tercera oportunidad.

Viudo, con un casal «a la cola», se dejaba estar en el rancherío de Tacuaras.

En sus andanzas había aprendido de memoria los caminos, picadas y vericuetos por donde se puede llegar a Cuareim, Cabellos, Mataperros, Masoller, Tres Cruces, Belén o Saucedo. Y en todos lados —boliches, pulperías y estanzuelas— se hablaba demasiado de sus fuerzas. Demasiado porque, menguadas a raíz de una reciente enfermedad, Matacabayo no era el de antes.

El tifus, que lo había tenido panza arriba un par de meses, le dejó como secuela una debilidad sospechosa. No era el mismo. Tenía un humor de suegra y ya no le daba por probar su fuerza con bárbaro golpe de puño en la cabeza de los mancarrones.

El día que ganó su apodo ganó también un potro. Necesitaba lonja y recurrió a un estanciero, quien le ofreció el equino si lo mataba de un puñetazo. De la estancia se volvió con un cuero de potro y un mote. Este último le quedó para siempre. Y aquella vez se alejó ufano, como era, por otra parte, su costumbre. Ufano de sus brazos musculosos, que aparecían invariablemente como ajusta dos por las mangas de sus ropas. Las pilchas le andaban chicas. Espaldas de hombros altos; greñosa la cabellera renegrida, rebelde bajo el sombrero que nunca estuvo proporcionado con su cuerpo; las manotas caídas, como si le pesasen en lapunta de los brazos; el paso lento y firme, y su mirada oculta bajo el ala del chambergo, habían hecho de Matacabayo un personaje singular en varias leguas a la redonda de Tacuaras.

Hombre malicioso, estaba siempre decidido a la apuesta, para no permitir que alguien tuviese dudas de su fortaleza ni se pusiese en tela de juicio su capacidad. La pulseada era su débil, y no quedó gaucho sin probar. Los mostradores de las pulperías habían crujido bajo el peso de su puño, al quebrar a los hombres capaces de medirse con él. Andaban por los almacenes un pedazo de hierro que había doblado Matacabayo y una moneda de a peso arqueada con los dientes.

Pacífico y de positiva confianza, los patrones lo admiraban y teníanlo en cuenta para los trabajos de categoría. Durante mucho tiempo los caminantes que pasaban por Tacuaras preguntaban por él en los boliches y seguían contentos después de ver el pedazo de hierro y la moneda, arqueados por «el mentao».

Pero no le duró mucho la fama. De todo su pasado sólo era realidad el sambenito. Una traidora enfermedad lo había hecho engordar y perder su célebre vigor. Ya no despachaba para el otro mundo ni potros ni mancarrones, pero algo aprendió en la cama... Aprendió a querer a sus crios. Miraba con ojos que lamían a su hija Alcira. Y

a Chiquito, el «gurí», no le perdía pisada. Debía enderezarlo porque se alzaba en el retoño de sus quince años.

El recuerdo de su primera mujer se le había borrado. «Ni en pesadilla me visita la finada», solía decir. De ella le quedaban los dos hijos, como dos sobrantes del tiempo pasado. Su segunda mujer, Casilda, era una chinota desdentada y flaca. Presentábale diarias batallas. En cambio, era suave y zalamera con los hijastros, de quienes reclamaba la alianza necesaria para vencer a su marido. Casilda se había encariñado con las criaturas, pero comprendía cuán lejos estaban las posibilidades de descargar contra su enemigo el asco que le inspiraba. Lo había fomentado infructuosamente en los hijos. Ellos renegaban de su madrastra, sobre todo el «gurí», quien tenía una agobiadora admiración por las fuerzas de su padre. Situado estratégicamente a la entrada del pueblo, por la puerta de su rancho cruzaba el camino. Ya bajo la enramada haciendo lonjas, o sentado junto al tronco de un paraíso, se lo veía invariablemente trabajaren algún apero. A su alrededor iban y venían las gallinas y los perros. Unas y otros se apartaban cuando pasaba la menuda Alcira con el mate. Las famélicas gallinas corrían allí donde Matacabayo arrojase el sobrante de yerba o el escupitajo verdoso. Y los perros, de tanto en tanto, venían a mirarlo de cerca, como intrigados por el trabajo. A veces, una maldición echada al viento como consecuencia de la ruptura de una lezna, sorprendía a los perros, atentos a su voz cavernosa. Las blasfemias hieren a los animales.

Trabajaba sin cesar. Tan sólo hacía paréntesis para encender el apagado pucho, escupir y bajar de nuevo la cabeza.

Siempre había arreos para componer. Estratégicamente instalado en una loma a la entrada del pueblo, apenas llegaban los carreros le traían tiros rotos en el camino. Fácil era apreciar a la distancia el estado de los callejones. Manchones negros o parduscos salpicaban el verde de los campos. Los malos pasos se podían ver desde su rancho. Y en oportunidades hasta contemplar la lucha de los carreros empantanados.

Matacabayo estaba convencido de que no había nadie como él para componer los tiros rotos y las cinchas y cuartas reventadas en el violento esfuerzo de los animales.

Fue explotador de aquel pantano; pero, descubierta su treta, se resignó a usufructuarlo en sus consecuencias, más que en el propio accidente.

Cuando veía repechar una carreta, esperaba el paso de los conductores para ofrecerse. Así hizo relación y conoció a los «pruebistas» de un circo que marchaban hacia el pueblo vecino. Los vio venir en dos carros tirados por mulas. Los vio caer en el mal paso, encajándose uno tras otro en el ojo del pantano. «Peludieron» desde las nueve de la mañana hasta la entrada del sol. Fue aquello un reventar de animales, de cinchas, de cuartas, de sobeos.

Como no se acercaban a pedir ayuda, no se molestó. Por ello dedujo que se trataba de gente pobre y forastera. Se las querían arreglar solos, por lo visto.

De las once en adelante se abrió el cielo y cayó vertical un sol abrasador. Los accidentados viajeros no tomaron descanso hasta pasadas las doce, cuando, puesto en

salvo el carretón mayor, pudieron pensar en el almuerzo.

Entre pitada y pitada, Matabayo siguió cuidadosamente las maniobras de los forasteros. No se le pasó por alto el ir y venir de dos o tres figuras de colores. Al parecer, venían mujeres en los carretones. Y su impaciencia se calmó al ver a los viandantes trepar la cuesta.

Rechinantes ejes y fatigadas bestias, y las llantas flojas que, al chocar con las piedras del camino, hacían un ruido infernal. Fácil era deducir lo desvencijados que venían los vehículos.

Ladraron sus perros y Matabayo levantó la cabeza de su trabajo. Clavó la lezna en un marlo de choclo y, como hombre preparado a recibir visitas —seguro del pedido de auxilio—, se puso en la oreja el apagado pucho de chala.

Sus perros avanzaron desafiantes hasta el medio del camino. Pasaba la caravana de forasteros, y cuando Matabayo comprendió que seguían de largo, se adelantó y les hizo señas. Los carros detuvieron la marcha. Las mujeres que en ellos viajaban coquetearon con pañuelos de colores. A Matabayo le pareció que le sonreían, y dio pasto a sus ojos mirando con interés a aquel racimo de hembras. Poco le costó convencer al mayoral de su destreza en componer tiros, arreos reventados, cualquier trabajo de «guasca». Cargó con los que pudo, prometiendo ir a buscar los restantes aún sobre las bestias. Al arrancar los carros, Matabayo se quedó apoyado en un poste del alambrado, acomodando sobre sus hombros los arreos que debía reparar.

Al alejarse la extraña caravana, le llamó la atención un hermoso caballo de blanco pelaje que seguía a los carros.

En la culata del último vehículo iban cuatro mujeres con las piernas al aire. Lo saludaron con los pañuelos, cuando estuvieron a cierta distancia. Parecían muy contentas. Aquella alegría inusitada le chocó a Matabayo. Al girar los talones para regresar a su rancho, enmarcada en la ventana, vio que Casilda lo miraba fijamente.

Un día el pulpero le dijo:

—Mata, te veo montar en mal caballo. Y vas sin estribos, al parecer.

Matabayo —solían llamarlo, más brevemente, Mata— comprendió la alusión.

—No descuidés tu trabajo, Mata, p'ayudar a esa gentuza... Son pior que gitanos de desagradecidos.

El experto en «guascas» había abandonado su labor habitual, para inmiscuirse en los asuntos del circo. Amontonados en su cuartucho, estaban cabezadas, frenos y arreos de varias estancias vecinas. El nuevo negocio bien valía la pena de dejar a un lado el lento trabajo de hacer un lazo. Aquel circo de pruebas en la miseria con sus carretones destartalados, iba a clavar el pico allí. No era posible que saliesen de aquel atolladero de deudas, envidias y rencores viejos. El caso era sacarle partido al derrumbe. De todas aquellas tablas podridas, de todas aquellas raídas lonas y hierros herrumbrados podría surgir una nueva empresa. Se diría que le iba tomando cariño a

los restantes cuatro trastos.

Como su actividad no menguaba, el hombre iba de un lado para otro, dentro del circo. Era la persona servicial, oportuna y solícita. Entraba en el carretón y no dejaba de dar charla a las cuatro mujeres que formaban la población femenina. Dos rubias, las «Hermanas Felipe», amazonas; una italiana obesa y cierta criolla llamada Secundina, mujer cincuentona, rozagante y hábil, la cual terciaba aquí y allá, distribuyendo la tarea. Hacía en el circo el papel de «capataza» y, al parecer, no tenía compromiso alguno con los hombres de la comparsa.

Matacabayo puso sus hijos a servicio del circo. El director, don Pedro, era un hombre indiferente y hosco. Comprendiendo el estado calamitoso de la empresa, apenas si ponía interés en que no le trampearan en la administración y el reparto de los beneficios. Se decía en el pueblo que era el amante de una de las amazonas. Pero nadie podía asegurarlo.

¿Que faltaba algo? Don Pedro encendía su pipa y prometía arreglar lo que no arreglaba nunca. Sin nacionalidad definida, dominaba dos o tres lenguas, maldiciendo en francés gutural y hablando en un italiano del Sur al flaco Sebastián, el boletero, quien representaba la inquietud encerrado en la taquilla. Pasaba las horas vociferando, echando maldiciones. Pero nadie le hacía caso, a excepción de la segunda amazona, hermana de la supuesta mujer de don Pedro.

Kaliso, que así se llamaba el italiano «forzudo» del circo, vivía con los pies en un charco de barro. Sus enormes pies sufrían al aire seco. Traía a su mujer y un oso. Ella, una sumisa italiana, y él —el oso— una apacible bestia. Formaban una familia unida. Comían en los mismos platos. Deliberaban poco, y cuando lo hacían, el oso subrayaba las palabras con el hocico, rozando la madera de la jaula, en su balanceo de animal mecánico.

Kaliso también se mostraba indiferente. Sólo se encolerizaba al recordar cierta suma de dinero prestada a los que habían quedado presos, «los tres del trapecio», unos borrachos empedernidos. A Kaliso poco le interesaba la suerte del circo. Sabía que con su oso y la mujer, disfrazados de gitanos, podrían continuar echando la suerte por los caminos. Por otra parte ya habían juntado algunos pesos. A Kaliso le tenían sin cuidado los preparativos de la primera función. Una vez levantadas las gradas, entraría con su oso a conquistar al auditorio.

Las amazonas, «Hermanas Felipe», no podían ponerse de acuerdo. En una la tranquilidad era efectiva. En la otra, la compañera del boletero, había preocupaciones y razones para no saltar muy a gusto sobre las ancas de los caballos...

Las autoridades del pueblo les cobraban demasiado por el alquiler de la plazuela, pretextando que allí pastoreaba la caballada de la comisaría y que, al ser ocupado el campo por el circo, debían apacentaren potreros ajenos. Don Pedro dispuso que se cobrase un tanto a las chinas pasteleras que deseaban vender sus mercaderías en los intervalos de la función. Se trataba de una suma insignificante. Pero, al saberlo, el comisario impidió que se cometiese ese atentado a la libertad de comerciar de la

pobre gente.

Aquello puso de mal talante al director. Estuvo a punto de protestar el contrato por cinco funciones. Contaba con la rentita que le podía producir el alquiler de los contornos del circo. Se sumaron a este contratiempo, seis u ocho más. Entre ellos, la repentina dolencia de Secundina, la chinota con quien se entendía Matacabayo para ordenar el trajín del circo. Secundina, la criolla, tenía un carácter temerario. Desde su llegada marchó de acuerdo con Matacabayo. Por ella supo éste los pormenores de la compañía. Don Pedro, en realidad, comprendía el fracaso. Solamente se ponía de mal humor si le contrariaban y, sobre todo, cuando lidiaba con las autoridades.

Como oscuro personaje, sin nacionalidad definida, odiaba a todas las razas. Le repugnaban los criollos y hablaba mal de los «gringos». Preocupábanle los humores del italiano porque éste era la atracción más importante y atrayente del circo, desaparecidos los «hermanos del trapecio».

Matacabayo lo supo todo por Secundina. Su instinto le dijo que la mujer lo admiraba con una pasividad de hembra aplastada. Y, para Matacabayo, el espectáculo de la salud física de Secundina era una fuerte sugestión. Cuando, después del almuerzo, ella se puso mala, Matacabayo hizo ir a la cabecera de su cama —cueros y mantas en el piso del carretón— a su hija Alcira. Allí la tuvo horas y horas alcanzando agua y cuidando en los más mínimos detalles el bienestar de la enferma. Mientras tanto, Matacabayo enviaba a su hijo al otro lado del río por unas hierbas medicinales.

Los días se habían acortado. Se avecinaba el invierno. A las siete de la tarde los campos ya tomaban ese color verde oscuro que hace más húmeda y profunda la noche.

Sentado en unas piedras de la ribera, Matacabayo veía desnudarse a su hijo. El muchacho, detrás de unas matas raleadas por la primera escarcha, íbase quitando resueltamente las prendas. Un gozo bárbaro, un picante temblor corría por las jóvenes carnes del muchacho. Se frotó los brazos, bajó a la ribera y entró en el agua. Con ella a las rodillas, mojó sus cabellos y, sin darse vuelta, resueltamente, tendió su vigoroso cuerpo en las ondas. A las primeras braceadas, dijo su padre, animándolo:

—¡Lindo, Chiquiño! —Y encendió su apagado pucho.

Entre el ramaje se oyeron unos pasos. Matacabayo volvió la cabeza y vio la figura menuda de su hija, dando saltos y apartando ramas.

—¿Qué venís'hacer? —la interpeló con violencia.

—La Secundina grita mucho, tata —dijo, deteniéndose repentinamente.

—¡Vaya p'ayá, le digo! —gritó, poniéndose de pie—. ¡No se mueva de la cabecera, canejo!

La chica dio media vuelta y salió corriendo. Cuando su padre la trataba de «usted» ya sabía ella que había que obedecer de inmediato, «sin palabrita».

Matacabayo aguzó el oído. Ya no se veía con claridad, pero fácil era percibir las brazadas de su hijo, como golpes de remo. Parecía contarlas con la cabeza gacha y la

mirada fija en las piedras de la costa.

Un silencio salvaje salía del bosque, se alzaba del río, iba por los campos. La apacible superficie del río, trescientos metros de orilla a orilla, comenzaba a reflejar las primeras estrellas. Algunas luces de la otra costa cambiaban de sitio. Fijos los ojos en el agua, Mata aguardaba el regreso de su hijo.

Se fue corriendo el nudo de las sombras y la noche se hizo cerrada y fría. El silencio se apretó más aun. Matababayo hubiese querido escuchar dos cosas a un mismo tiempo: la voz de Secundina, quejándose, y las brazadas de Chiquiño al lanzarse al agua. Pero la primera señal del regreso de su hijo fue una leve ola que sacudió los camalotes. La ondulación del agua y luego los golpes de remo de los brazos. Se oyó la respiración fatigosa del muchacho. Matababayo gritó, para indicarle el puerto de arribo. Y aguardó.

No era fácil oír con claridad los golpes en el agua. No se acercaban tan rápidamente como para diferenciarlos de los golpes del oleaje en las piedras de la orilla. Por momentos el viento parecía alejarlos. Mala temió que su hijo errase el puerto, y lanzó un largo grito. El eco barajó la voz y la llevó por los barrancos. Aguardó luego unos instantes. No podía demorar. Cuando vio entre las sombras inclinarse los camalotes como un bote que se tumba, dio un salto y cayó entre la maleza. Puso oído atento. Un chapaleo de barro venía de su derecha. Se inclinó y pudo distinguir a pocos metros el cuerpo de su hijo, tendido entre los camalotes. Corrió a socorrerlo.

Rendido de cansancio, extenuado, Chiquiño apenas había podido llegara la fangosa ribera. En la nuca traía atada una bolsita con las hierbas medicinales.

Mata apretó contra su pecho el cuerpo exánime de su hijo. La reacción fue rápida. Frotándole las extremidades, azotándole la espalda, al cabo de unos instantes el «gurí» empezó a hablar. Cuando su hijo pudo vestirse solo, Matababayo se alejó para dar lumbre a su pucho de chala. El primer fósforo se le apagó al encenderlo. Corrió igual suerte el segundo, próximo a la boca. En la tercera tentativa, se colocó de espaldas al viento, protegiéndolo con ambas manos, hasta quemarse los dedos. Y el pucho se alumbró marcando las duras facciones de su rostro.

Padre e hijo andaban silenciosos rumbo al caserío. El primero, con el manojito de hierbas medicinales. Chiquiño, frotándose los brazos. Ágiles, trepaban los barrancos, sin hablarse, bajo un cielo cuajado de estrellas. Los animales los miraban pasar, e indiferentes seguían pastando. Los pies descalzos del «gurí» silenciaban la marcha, mientras las espuelas de Matababayo marcaban los pasos. El hijo atrás, a respetuosa distancia. Vadearon un pequeño paso, salvaron un barranco, traspasaron un alambrado. Silenciosos como si fuesen a cumplir un rito. A retaguardia, el hijo se envalentonaba con su hazaña. Se sentía hombre, varón útil y capaz, y el agreste silencio íbale dilatando la aventura. Aceleraron el paso cuando vieron las primeras

lucos. Y, ya el uno al lado del otro, se dirigieron hacia el carretón con el mismo aplomo en el andar, con idéntico impulso en la marcha. Al pasar frente a los primeros ranchos y bajo las miradas de algunos curiosos, Chiquiño sintió por primera vez que era tan hombre como su padre y capaz de jugarse por una mujer. Sacó el pecho al andar, respiró hondo y, a la par de Matabayo, enfrentó la carreta.

II

Si bajo el amplio toldo agonizaba el circo, afuera, con virulencia de feria, ardía el paisaje. La pandereta de Kaliso hacía danzar al oso. El tambor de destemplado parche anunciaba la proeza de las «Hermanas Felipe». Repetidos saltos sobre el lomo del caballo y desdeñados ejercicios, ponían fin a la función. En una atmósfera de indiferencia, el clima del fracaso provocaba bostezos estruendosos con intención derrotista.

Triunfaba, en cambio, el espectáculo gratuito, sin pretensiones y con alcohol abundante. Las carpas atraían público y numerosa clientela. Chinas pasteleras, vendedoras de fritanga y confituras, armaban alboroto en los alrededores del circo. Las inmediaciones de la toltería eran recorridas por un gentío abigarrado de zafados chiquillos, de chinas alegres y fumadores dicharacheros. Abundaban: rapadura, ticholo, tabaco y «caninha» —frutos del contrabando de la vecina frontera del Brasil—, endulzando bocas femeninas, aromando el aire y templando las gargantas. Terminada la función, la música empezaba con brío en torno a los fogones, nerviosos de llama verde y risotadas de ebrios.

Bajo las carpas corría el amargo, cambiaban de sitio las mujeres y se acomodaban los hombres parsimoniosos, cigarrillo de chala en la boca, forrado cinto en la cintura.

El comisario don Nicomedes ignoraba el truco y el monte que se escondía bajo cierta carpa. El comisario era un hombre obeso, gran comilón, de excelente carácter, pero enérgico. Cuando «se le volaban los pájaros» no había fuerza capaz de contenerlo. Su labio inferior caído esbozaba una mueca peligrosa. No era hombre de dejarse llevar por delante, pero sí de manga ancha y amigo de hacer la vista gorda. Le agradaba contemporizar con las gentes de toda calaña. Completamente rasurada su carota de mofletudas mejillas, aquella particularidad le daba aires de tranquilo comerciante. En su arreglo, escrupulosamente cuidado de la cintura para arriba, se ponía en evidencia su carácter donjuanesco, nada antipático para ricos y pobres.

Bajo aquellas lonas que entraban en su jurisdicción, bullía un entusiasmo sano, todo él salpicado de blasfemias y promesas, farsa divertida para el comisario. Don Nicomedes parecía sentirse honrado de tener bajo su vista un movimiento de entusiasmo tan singular. La modorra acostumbrada, para su carácter jocoso, era como una afrenta. De manera que el circo gozaba de particular simpatía. Veía con buenos ojos el alboroto de las pasteleras y se dejó llevar por el tratamiento zalamero de Clorinda, una de las «Hermanas Felipe». El talle fino y los movimientos ágiles de aquella amazona circense lo tenían trastornado. Le gustaba verla con sus cabellos rubios al aire, que le caían en la espalda en un torrente. Pocas veces en su vida había visto una belleza tan armónica. Aunque Clorinda distaba mucho de ser una beldad, el hecho de tener la cabellera rubia era un poderoso atractivo entre la gente de color bronceado y trenzas negras. En aquel sábado de juerga desacostumbrada en el caserío, reinaban las «Hermanas Felipe». Una alegría inusitada corría pareja con el apetito de

los trasnochadores de ocasión.

Las chinas pasteleras, vendedoras de «quitanda», agotaron sus manjares. En cuclillas o tiradas por el suelo, reían a gusto en activos coloquios con la peonada de las estancias vecinas. Troperos, mensuales y caminantes acamparon en el pueblo, después de penosas marchas en días anteriores para llegar a tiempo o demorando partidas, ante la perspectiva de una noche de holgorio. Pocas veces se les presentaba la circunstancia de hacer campamento con tantas posibilidades.

La gente del circo terciaba con las carperas, entrando en relación con el gauchaje, dispuesto a gastar sus reales. Corrían buenos tiempos. Los sembrados rendían, y cueros, grasa, lana, crin y astas tenían una buena cotización.

Las «Hermanas Felipe» recorrieron en un paseo el caserío y quedaron muy bien impresionadas por la excursión. La plaza en donde habían instalado el circo se veía rodeada de casas bajas, pintadas de un rosa pálido. En las esquinas se asomaban rejas pintorescas. Una de ellas, la de la comisaría, llamaba la atención por las llores que la adornaban. Malvones variados, en latas de aceite, alegraban otros frentes. Al crepúsculo, las dueñas sacaban sus sillones de hamaca a la vereda, donde se columpiaban señoras respetables e inquietas niñas llenas de curiosidad. Más de una sonrisa habían cosechado las «Hermanas Felipe», lo que les pareció un premio a su labor.

Entre las chinas pasteleras se contaban algunas que no eran del lugar. Esta particularidad daba un aire picante a la reunión. Dos de las vendedoras de quitanda eran brasileras. Bien contorneadas, llamaban la atención con sus trenzas aceitadas, su arreglo de fiesta, su buen humor de forasteras. Una se llamaba Rosita, y Leopoldina la otra. Vestían telas de vivos colores.

Una vieja de voz nasal, regañona y tramposa, misia Rita, se encargaba de cobrar el precio de la quitanda, no perdonando un vintén y devolviendo los cambios de moneda casi siempre con beneficio para ella.

En la boletería del circo, en cambio, se preparaba una trifulca. De la repartija de las ganancias nadie salía contento. Don Pedro perdió los estribos y se puso de mal humor. Kaliso amenazó con separarse de la compañía. Secundina, ya mejorada de su dolencia, participaba en las discusiones, afirmada en la fortaleza de Matacabayo, que se había hecho imprescindible para todos aquellos enjuagues.

Descartadas las pretensiones de las «Hermanas Felipe» —Clorinda tenía catequizado al comisario; Leonina, mateaba a solas con un tropero—, el asunto del circo sólo interesaba, por un lado, a don Pedro, a Sebastián, el boletero, y a Kaliso. Secundina y Matacabayo hacían sus cálculos por separado.

Duró mucho la discusión sobre el balance del circo.

«El flaco Sebastián», el boletero, era el acreedor intolerante. Desde que habían desertado los «hermanos del trapecio», él había financiado la gira, bajo la dirección de don Pedro. Éste, impaciente ya por el desastre, se sentía agraviado ante la indiferencia de Clorinda. Aunque deseaba desprenderse de ella, le ponía de mal

talante la elección de don Nicomedes, quien tenía en cierta parte la culpa del fracaso, pues si hubiese permitido cobrar un tanto a las carperas, las finanzas del circo habrían tenido un repunte. Sebastián, en los quince días de estada en Tacuaras, comprendió que su compañera se le escapaba de las manos... No podía saber a ciencia cierta con quién era que se acomodaba. A ratos la veía con uno, a ratos con otro. Todos ellos eran caminantes, troperos o viajeros, con el riñón forrado.

Kaliso insistió en su idea de separarse de la compañía, y tanto don Pedro como Sebastián pusieron el grito en el cielo. Las cuentas no salían justas para el criterio de Kaliso. Fastidiado, Sebastián dejó en manos de don Pedro el trabajo de aclararle las ideas y se fue a dormir. Secundina y Matacabayo cobraron y desaparecieron. Al cabo de una hora el dueño del oso entró en razón y se distrajeron observando los alrededores del circo.

En la carpa de las vendedoras de pasteles, pasada la medianoche, se suspendió la música para escuchar las historias de un cuentero recién llegado. Aparte de este episodio, la carpa parecía esconder algún secreto. Más aun cuando se hizo un profundo silencio y el movimiento bajo la lona se tornó sigiloso.

—¡Ayí hay gato encerrado! —aseguró don Pedro, mirando la carpa de las vendedoras de quitanda—. Me parece que esas intrusas han inventau la manera de pasarlo mejor...

Kaliso, que no podía estarse de pie, se tiró al suelo y comentó:

—¡Tantas mujeres juntas no pueden hacer nada bueno! ¡Menos mal que mi gringa duerme con el oso!

El fogón de las pasteleras pareció avivarse de pronto; pero, repentinamente, entró en un silencio por demás sospechoso.

Don Pedro vio salir de la carpa a una de las «Hermanas Felipe», a Leonina, llamada a veces «la leona». Aguzó la mirada, interesado por aquel trajín sin sentido, buscando a Clorinda. Desde que el circo había entrado en decadencia, la muchacha se interesaba menos por su director. Don Pedro, a su vez, buscaba la coyuntura para zafarse. Quería deshacerse de ella y la dejaba libre por las noches, exigiéndole tan sólo el cumplimiento de su trabajo de amazona. A fin de que se fuese acomodando con alguno de los visitantes, ricos al parecer, el director tácitamente consentía su libertad. Y no perdía el tiempo la muchacha.

Una figura que desde hacía días preocupaba tanto a don Pedro como a Kaliso cruzó sigilosamente camino de la carpa. Era Matacabayo, acreedor de contemplaciones por los servicios de mediador e intermediario con el vecindario.

Siguiéndole los pasos a Matacabayo, pasó Secundina, quien jamás le perdía la pisada al gigantón.

Kaliso y don Pedro se miraron un instante. No les quedó la más mínima duda de que una nueva organización, extraña al circo y a la compañía, era cosa ideada por aquel casal.

Debían interesarse por lo que pasaba.

Llegados al grupo, para romper el hielo con que fueron recibidos, don Pedro le pidió fuego al comisario. Kaliso, más atento a las circunstancias, dominando el fogón, se agachó y, levantando una ramita encendida en una punta, mientras daba lumbre a su pucho, aseguró:

—¡Ansina da gusto de ver a la mozada divertirse!

La Secundina se limitó a llamar a la pastelera Rosita, que estaba en la carpa. De la oscuridad salió la muchacha con los cabellos en desorden, el corpiño entreabierto y en enaguas. Al ver a don Pedro, se volvió al interior y no demoró en salir arreglada, seguida de un tropero alto, de pañuelo negro.

El comisario, después de proporcionarle fuego al director, trató de entablar conversación:

—¡La verdá que todo se lo debemo a ustedes!... Antes de venir a acampar por aquí, esto era un cementerio. ¡Aura da gusto ser comesario en Tacuaras!...

—Venimo como las moscas al dulce —agregó un tropero medio tomado—. ¡Con unas paicas ansina es lindo mojarse el traste!

—¡Si seguís así, te lo va a secar! —sentenció una voz desde la oscuridad. Y la risotada fue general.

A pocos pasos de la lona, dos o tres parejas, de espaldas en el suelo, conversaban mirando las estrellas. Don Pedro se sentó al lado del comisario. Clorinda le cedió un banco de ceibo.

—¿A que no ves una centeya? —desafió a don Pedro la mujer.

La rubia se apartó de don Nicomedes para mirar más cómodamente el cielo.

—Es más fácil ver una centeya que dar con una mujer fiel —murmuró don Pedro por lo bajo, para que sólo la muchacha lo oyese.

Clorinda, como si el hombre no hubiese hablado, continuó:

—Pescá una centeya y pedile que te dé alguna cosa. Esta noche te la promete, si tenés buena vista, y mañana la tenés...

Cruzó el firmamento una estrella fugaz.

—¡La viste, la viste! —gritó Clorinda señalando el cielo—. ¿A que no le pediste nada?

—¡No me dio tiempo, la chúcará! —dijo don Pedro, mirando el magnífico cielo estrellado.

—¡Yo le pedí una cosa! —aseguró la muchacha.

—¿Qué? —curioseó don Nicomedes.

—¡Plata, que es lo que hace falta!

—¡Ta que sos interesada, Clorinda! —le reprochó don Pedro.

Secundina y Matabayó, separados del grupo, mateaban a gusto y en silencio. Cuando le tocó el turno a Kaliso, éste dio las gracias. No produjo buen efecto aquella negativa de seguir la rueda. Don Pedro, en cambio, aceptó, y con la bombilla en la boca, se dejó oír:

—Conque pedís plata a las estreyas, Clorinda... ¿no...?

La muchacha —conocía muy bien al director— comprendió que el reproche ocultaba algún plan desagradable.

Se quedó pensativa y miró a su hermana inteligentemente.

Cacarearon los gallos de la comisaría. A pocos pasos pastaba un mancarrón y el resoplar de su hocico asustó aun a de las pasteleras.

—¡Juera, bicho! —dijo, acompañando su palabra con un ademán.

Poco a poco iban desapareciendo los de la rueda. Las parejas distantes de la carpa seguían conversando. Tres troperos y algunos peones. El comisario aseguró que caía rocío y que el relente de la noche lo ponía ronco al día siguiente. Se levantó, mirando a Kaliso, dormido, con sus enormes pies al aire.

—¡No le han de doler las tabas al dormir!...-aseguró Clorinda, poniéndose, asimismo, de pie.

Don Pedro siguió al comisario, haciendo sonar las botas en el yuyal.

A pocos pasos de la carpa habló don Nicomedes:

—¡Van a tener que pensar en marcharse, amigaso! —le dijo—. Esto no puede seguir así. Unos días está bien, pero...

—Yo creo lo mismo, comisario; esto no da para mucho tiempo...

—No, por mí podían quedarse pa siempre, pero tengo miedo que alguno medio seriote me presente queja. Hay gente que no entra por esas cosas.

—Yo digo —se explicó don Pedro— porque no variamo el programa. Pero ¿de qué pueden quejarse? ¿No les pago el alquiler de la plaza?

—Sí, pero no p'hacer de esto lo que están haciendo —dijo el comisario, parándose de golpe.

—¿Qué hacemos? El circo no puede ser mejor para un caserío como éste...

—No se enoje, mi amigaso, y no se haga el desentendido... Yo le hablo del cojinche ese que están armando... ¡Eso no puedo tolerarlo por mucho tiempo, canejo!
—retrucó don Nicomedes con voz ronca.

—¿Qué cojinche es ése?... Yo no sé nada... —aseguró don Pedro.

—¡Avisé, si me quiere hacer pasar gato por liebre! —lo encaró don Nicomedes, levantando su mano hasta la reja de la comisaría, como para sostener su pesado cuerpo. Y prosiguió enérgico—: Le hablo de ese negocio que han formau las carperas en combinación con su gente. Cuando se les acaban las fritangas y la rapadura empiezan a vender lo que no puede permitirse... Entre la vieja Secundina y el Matacabayo ése, han armau un negocio muy productivo... Las hermanas que jinetea, ya lo habrá visto usted, también se han enrolau... ¿Acaso usted no lo sabe? ¡Déjeme de cuentos, amigaso!... Yo se lo permito por unos días, porque me gusta la alegría, pero más de una semana, imposible. ¡La justicia no lo puede tolerar, amigaso!

...

Don Pedro, rojo de indignación, juró ignorar el negocio. Dijo que habría de vengarse de aquella gente, que echaba a perder el oficio.

Don Nicomedes terminó el diálogo con una orden:

—Hay que preparar la retirada. Mañana deben empezar a levantar el toldo, y con la música a otra parte. Yo sé que las chinas pasteleras, la Leopoldina, Rosita y la vieja esa que las ayuda, son las que han inventau la cosa. Usté no tiene la culpa. ¡La indiada anda alzada y puede ser peligroso si a algún borracho le da por hacer escándalo una noche de éstas!...

A don Pedro se le ocurrió una idea. Y, hombre de empresa, se decidió a ejecutarla. Para ello sólo le hacía falta el apoyo del comisario:

—¿Me deja una noche más, comisario? Mañana es domingo y va a caer gente al circo. Sólo le pido un favor. Obligue a que en la carpa de las vendedoras de quitanda no se pueda hacer fuego, ni encender luz, después de medianoche.

A don Nicomedes no le gustó mucho el pedido. Rogó al director que le explicase sus planes. El hombre no tuvo reparo en ello, desde que, sin la colaboración del comisario, le sería imposible vengarse. Lo enteró de un plan ingenioso para burlar a las atrevidas.

—¡Sabe que es muy gracioso, amigaso, muy gracioso!... ¡La pucha que había sido vivo usté!... Bueno, hágalo, pero ni mus de habérmelo contau... Como me comprometa, lo meto preso... ¡Ja, ja, ja, que había sido bicho! ¡Me gusta ese escarmiento! Así no tendremos que proceder y recibirán una buena lición esas locas... ¡Pucha que me voy a rair con esa treta! ¡Acetau, amigaso!

Don Pedro triunfaba, y se mostró satisfecho.

El asistente de don Nicomedes, que los había seguido sigilosamente, sin ser visto por el director, abrió la puerta de la comisaría. Rechinaron los goznes y salió un perro de la casa, coleando y haciéndole fiestas al comisario. Entraron los dos hombres y, frotándose las manos, el director se dirigió hacia la carreta donde tenía su cama tendida. Antes de cerrar los ojos para buscar el sueño, exclamó, fuera de sí:

—¡Malditas perras, me las van a pagar!

A lo lejos, se arrodillaba una capillita tocada de gris. Amanecía.

III

En la boletería del circo, un cuartucho de techo bajo de cinc y tablones desparejos, Kaliso, «el flaco Sebastián» y don Pedro reían a carcajadas. Tan insólito era este final de función, tan diferente al de la noche pasada, que Matacabayo y Secundina estaban sobre ascuas.

Antes de dar comienzo a la función, allá por las siete de la noche, había habido una violenta escena en el redondel. Mientras Matacabayo vareaba al tordillo de las «Hermanas Felipe», apareció Casilda, en actitud beligerante. Era la primera vez que se atrevía a enfrentar a su marido en presencia de extraños. Descargó sobre él una serie de improperios que fueron multiplicados ante la llegada de Secundina. Su presencia irritó a la mujer, repartiendo sus insultos por igual. Desde lo alto de su cabalgadura el jinete dirigía aquel enconado debate de celos con boca florida. El caballo daba saltos encabritándose ante el castigo de las espuelas y las voces agrias de las mujeres. Los gritos de las hembras pusieron frenético al animal. Se paró de manos y amenazó dar con su jinete por el suelo. De uno y otro lado se cruzaban soeces insultos Casilda y Secundina.

Matacabayo quería tranquilizarlas y apaciguar al tordillo encabritado. Su concubina halló a mano un pedazo de madera y se lo arrojó. Casilda intentó manotear las bridas del corcel, pero al acercarse, sólo consiguió ponerlo más brioso.

El escándalo atrajo al director, quien desde la puerta de entrada alcanzó a ver el epílogo de la trifulca. Dijo, sin darle importancia:

—¡Parecen que ensayan un número para esta noche!

Dos perros, que habían permanecido en actitud contemplativa como don Pedro, comenzaron a ladrar furiosamente.

—¡Chúmbale!... ¡Toca!... —Don Pedro los azuzó por lo bajo.

Los perros entraron en la arena, como mastines amaestrados, y uno de ellos se encargó de las faldas de Casilda. El otro intentaba morder las patas del caballo.

—¡Fuera, porquerías!...-gritó Casilda, exasperada.

Pero el can —un cuzco decidido— no soltó las faldas de la mujer. Salió, por fin, Matacabayo de la arena, haciendo mutis por el fondo. Los perros continuaron sus ladridos hasta que las mujeres abandonaron la carpa, dando fin a la reyerta.

Cuando Casilda quiso presentar sus quejas al director, el hombre encendió la pipa parsimonioso y, sin quitársela de la boca, le dijo cuatro frescas. Ella salió masticando palabrotas. En la puerta del circo la esperaba su Alcira, flaca, con las piernas magras llenas de picaduras y dos trencitas escasas que le golpeaban las espaldas.

Aquella escena tuvo comentadores entusiasmados al comienzo de la función, cuando al ver a los tres hombres reír en la taquilla, Secundina y Matacabayo creían que se mofaban de ellos.

Pero en otra cosa mucho más interesante estaban empeñados los tres extraños sujetos. Don Pedro frotaba entre sus manos, al parecer, billetes de banco. Los contaba

y se los iba entregando a Kaliso, quien, después de manosearlos, se los pasaba a Sebastián.

¿Qué dinero se repartían aquellos tres hombres? El director dijo socarronamente:

—Clorinda le pidió plata a una estreya.

—La va a tener... —aseguró Sebastián.

—¡Y de la buena, caray!... —terminó Kaliso, acariciando los billetes.

—Éste está muy grueso. Hay que mejorarlo.

—Dejá nomás, que yo lo arreglo —contestó el boletero, recogiendo el billete.

—¡Qué buenos falsificadores somos!... —dijo Kaliso, sentándose, pues sus pies ya no podían sostener aquel abdomen, embolsado en la cintura del pantalón.

Los tres sujetos parecían niños empeñados en un juego diabólico. Se habían tomado un trabajo singular. Luego de comprar una hoja de papel secante oscuro, con gran cuidado fueron cortándola en pedazos del tamaño de un billete de papel moneda. Después de darles la forma y la suavidad de billetes de banco, los frotaban entre sí, y se los iban pasando sin mirarlos para comprobar si era fácil confundirlos con el modelo.

—¡A ver, vamos a experimentar! —observó picarescamente «el flaco Sebastián»—. Yo voy a sacar del bolsillo el peso verdadero.

Hizo la experiencia y sacó uno de los fabricados. El éxito estaba asegurado. Sin mirarlos, fácil era confundir los billetes. Radiantes de alegría, los pasaban de mano en mano, ya estirados, reunidos en un rollito misterioso.

—Esto va a colar muy bien —aseguró don Pedro, en el colmo de la dicha—. Tendremos una venganza de primer orden.

Fabricada la moneda para pagar los servicios de aquellas prostitutas debutantes, que merecían castigo por desertoras, sólo les restaba convencer a los troperos y peones de las estancias vecinas, de que participasen en la treta.

Eligieron para el caso cinco de los más arteros, capaces de engañar a las vendedoras de quitanda. Y no les fue difícil alcanzar la complicidad de aquella gente, dispuesta siempre al embrollo y la picardía. Aparecieron en seguida voluntarios. Tres peones, dos de ellos asiduos visitantes en las pasadas noches, quienes frecuentaban a las pasteleras y miraban con codicia y ardor a las «Hermanas Felipe».

La venganza debía comenzar por vejar a las Amazonas, y no era difícil treta, ya que ellas eran las más decididas en hacer dinero a ojos cerrados...

Se repartió la moneda, pedazos de papel secante, entre la mozada más decidida. Tan sólo era de esperar que la orden del comisario no fuese violada.

Don Nicomedes repitió una vez más, al terminar la función, por si hacía falta, que debían abstenerse de encender candi les, so pena de pasar al calabozo a los desobedientes.

—¡M'hijitas, si quieren andar bien con la justicia, no me comprometan y cumplan al pie de la letra lo ordenado! —dijo el comisario, muy serio. Y explicó enseguida—: Ya tengo quejas del vecindario. Me dicen que se pasan la noche despiertas y que

desde las casas se ven las luces, andar de un lado p' al otro, como ánimas en pena. Esta noche, si quieren aprovecharla bien, cuiden de no dejar encender fósforos a los paisanos. ¿Entendido?

Las pasteleras, las vendedoras de quitanda y otras chinas que, conocedoras del éxito de aquellas reuniones, habíanse incorporado a la empresa, estaban satisfechas con la determinación. Sin luz, en plena oscuridad, salían favorecidas. Creyeron que en esa forma podrían desvalijar tranquilamente al paisanaje.

Secundina y Mata cayeron en la trampa. Pensando bien del bonachón de don Nicomedes, esperaron una noche provechosa.

Los peones y los troperos —formaban un total de quince clientes— alardearon de ricos. Había en sus palabras esa seguridad que da el cinto repleto, el estómago lleno y el deseo libre para hacerse el gusto. Se hablaba en las ruedas de diez y veinte pesos con un coraje que infundía envidia. Un mulato retacón, hombre capaz de pasarse toda una noche mirando fijamente a una mujer que le gustase, ofreció a la Clorinda cinco pesos «por un rato». A la «leona», uno de los troperos le hizo promesas por demás atrayentes. Las vendedoras de quitanda veían una noche redonda de ganancias, y nadie se preocupó de los pasteles y las tortas. La rapadura, el ticholo y las cuerdas de tabaco en rama eran despreciados y en líos andaban por el suelo. Servían para que, sobre ellos, se dejase el sombrero aludo, el cinto con revólver, la vaina con su cuchillo de puño de plata, el par de botas con espuela o alguna prenda interior...

El chinerío, aumentado considerablemente por tratarse de la última noche, trabajaba sigiloso en las sombras, y ya era una que se marchaba abrazada de un paisano, ya era otra que discretamente se metía en las carpas. En la confusión provocada por la oscuridad, saltaban las risas nerviosas de las mujeres y rebotaban las palabrotas de los hombres. Los ayes de las mujeres se apagaban bajo las pesadas lonas. Alguna salía y entraba indecisa; otra se defendía de los requiebros. Cedían todas, al fin. De vez en cuando un chistido como de lechuza, imponiendo silencio. Era unas veces misia Rita, la que administraba a las vendedoras de pasteles. Era en otras ocasiones la celosa Secundina, quien indignada por el barullo, por el cosquilleo que los hombres exigían a las muchachas, se asomaba a la puerta e imponía silencio con una gruesa palabrota. Temían el escándalo, porque al comenzar la reunión no se pudo contener a las pasteleras excitadas, quienes se sentían como niñas jugando a las escondidas. Era picante aquella oscuridad para las hembras. Y, sin duda, motivo de regocijo la comedia representada por los hombres, cuyos protagonistas esperaban echar una cana al aire, pagarla en papel secante y desaparecer de la toldería.

La crueldad tiene formas inesperadas de alegría. La trampa, el embrollo, el engaño, matizaban los amoríos y la escena de la farsa los avivaba, poniéndolos charlatanes y nerviosos. Estafarían con todas las de la ley. Alevosía y nocturnidad difíciles de despreciar para aquellos que recorren los rancheríos, dispuestos siempre a la aventura, contentos de poder contar en otros fogones picarescos, los más arriesgados trances. Don Pedro, el boletero Sebastián y Kaliso, pícaros del tinglado

tradicional, farsantes y cómplices de tretas y engañosas, estaban siempre prontos a vengar agravios, a ir en pos de la aventura, a explotar a las hembras y engañar a los hombres.

—¡Hasta el linyera va a mojar!... —aseguró el boletero, finalizando el comentario—. Le conté la cosa y abrió unos ojos más grandes que dos de oro.

Un pobre linyera hacía días que rondaba el circo en busca de trabajo. Rubio, de ojos claros, llamaba la atención porque de todo y a todos sonreía. Una sonrisa infantil ponía al descubierto una dentadura de incisivos pequeños y parejos, que lo mostraban más inofensivo aun. Al reír se le veían las encías rosadas. No tendría más de treinta años, pero las patas de gallo, las arrugas en la frente y su natural agobiado le aumentaban la edad.

Había que hacerle dos o tres veces una pregunta para que respondiese. De primera intención no iba más allá de una sonrisa. Mugriento, raído, con un insignificante lío de hierbas al hombro, cayó a Tacuaras.

Hizo amistad con un paisano cuentero de ley quien «improvisaba» a cada instante y con cualquier motivo. Con él andaba el linyera. Lo seguía como un perro.

Desde luego que el paisano, con su labia, lo tenía cautivado. Era un tipo ladino y receloso, que hacía pocas amistades donde iba. Lo llamaban «El Guitarra», y, aunque le hacían gracia las improvisaciones del paisano, no era personaje simpático.

—¡Parece que tiene malas costumbres! —le dijeron al linyera.

El rubio sonrió.

—Tenga cuidau, muchacho, no le afloje la rienda —aconsejóle el mismo—. Yo sé de alguna historia feasa...

Dos troperos que rodeaban al linyera, insinuaron al enterado que contase el cuento.

—¡Pucha!... ¿Cuento le yamá a eso? ¡Si se escaparon los gurises por milagro'e Dios! En yegó a las casas y apenas vio dos lindos paisanitos rubios como este linyera... de entrada nomá si hizo el distraído y largó su matungo sotreta en un potrero que tenía un bajo, de ande no se veía las casas... Preguntó si podía largarlo ayí... Él estaba enterau que era una invernada y se hizo el sorprendido: ¡Canejo!, gritó, chicotiando un palenque; no lo había pensau... Y entonces le pidió a uno de los gurises... que, como les digo, eran lindazos como una muchacha de lindo; le pidió que le ayudase a tráir el matungo. ¡Pa qué habrá dicho que sí el gurí! ¡Cuando estuvo en el bajo le yevó la carga! ¡Había de ver la disparada del gurí! Aura le conocen las mañas al «Guitarra». Cuando cai por los pagos donde lo tiene marcau, las mujeres sienten asco y los gurises le arisquean.

—¡Tené cuidau, linyera! —díjole uno de los oyentes, golpeándolo en la espalda.

El linyera sonrió una vez más.

—¡A lo mejor al mozo le gusta! —bromeó el paisano de la historia.

—¡Buena porquería!

—¡Eso no es pa los cristianos!

Y, en ese instante, se oyó la voz de «El Guitarra», quien improvisaba payadas en un círculo donde abundaban las parejas.

—¡Pará la oreja que'l «Guitarra» rasca la tripa!

Acompañado por un rasgueo de guitarra, escucharon esta improvisación:

Esta noche la junción
va a ser a candil dormido,
¡nunca cosa igual se vido,
parece en rivilución!
Cuando el jefe nos mandaba
volcarle el agua al fogón
y naide hacía custión
ni nenguno se mamaba.

Aurita va a ser ansina
tuitos de pico cerrau,
algún manotón de ahogau
en la teta de una china,

que si es gauchasa y ladina
va saberlo aprovechar.
¡Está lindo pa gatear
de la sala a la cocina!

¡Que nenguno se entreviere
ni sufra una reculada!
¡Ya toda la paisanada
puede tantiar lo que quiere!

Los autores materiales de la farsa descansaban en la carreta, fumaban y reían, distantes unos doscientos metros de las carpas de las vendedoras de pasteles. Vigilaban el escenario, esperando el resultado de la estratagema, listos ya para levantar campamento al día siguiente, con todo lo que de valor tenían en el circo. Los caballos, las lonas, instrumentos de música y las «Hermanas Felipe». Con ellas habría que arrear también.

Don Nicomedes esperaba, asimismo, el resultado de lo que él consideraba una lección para terminar con la extraña especie de mujeres, tan nueva por aquellos pagos. Apostado a pocos pasos de la carreta, conversaba con un vecino, un almacenero del lugar. Éste estaba al tanto de la tramoya y ponderaba la picardía de don Pedro, seguro de que aquello serviría de escarmiento.

El asistente del comisario, un sargento más serio que un mojón, había sido comisionado para vigilar las tolдерías. Pasadas las doce de la noche, se acercó a su

superior y le enseñó los papeles que le había entregado misia Rita.

—Mire lo que me dio la bruja esa, comesario —dijo, alargándole dos papeles de los preparados por don Pedro. ¡Pa comprarme un par de botas, dijo la Mandamás!...

Don Nicomedes cogió los papeles y curioseó:

—¿Y qué hace la vieja esa en la función?...

—¡Y... es la capataza, mi superior, la que guarda la plata! Sentadita en el suelo, la muy disgraciada, no pierde el paso a la Leopoldina, la Rosita y l'otra paisanita de la quitanda... La vieja es la que manda más, la que capitanea a las carperas.

—Pero son diabras estas paicas —comentó el almacenero—. Venirse al pueblo nada menos que a hacer esas porquerías. ¡Cochinas! ¿Se da cuenta?...

—¡Pero se las ha fumau lindo el gringo del circo, amigaso! Me gusta el hombre ése, pa lidiar con mujeres. Al ñudo no más, es el que los capitanea a todos éstos...

El asistente reía disimuladamente, pasándose la mano por los caídos mostachos.

—Me voy, pa no dar lugar a desconfianza —dijo el comisario. Y, al tenderle la mano al almacenero, aseguró—: ¡Mañana no queda ni rastros de toda esa gentuza, y a vivir tranquilos en el poblau!... ¡Pero hacía falta una lición ansina, para estas emputecidas del otro lau!...

En la toldería, el entusiasmo continuaba. Secundina y la bruja Rita hacían rollitos con la plata. Después iban los supuestos billetes bajo la media o el corpiño.

Entraban y salían los paisanos. Algunos alejados de las carpas, fuera de la vista de la Mandamás, en el pasto, cumplían con el deseo. Había también pasteleras desinteresadas que tenían sus simpatías y preferencias para tirarse entre los tuyos.

Clorinda y Leonina pasaron hasta la madrugada conformando bocas sedientas y manos ásperas, sin decir palabra, sin explicar los hechos, sin contener las ansias. A Clorinda le tocó en suerte un hombre extraño, que formaba parte del núcleo de los troperos. Era un sujeto alto, de cara despejada y facciones nobles. Vestía de luto y tenía esa mirada tan característica de los hombres que sufren en silencio. Al ver el entusiasmo de sus compañeros en la treta de estafar a las mujeres, no titubeó un momento en ser partícipe de la canallada. Entre los hombres de campo hay una solidaridad mucho mayor que entre la gente de la ciudad. No podía aquel extraño sujeto traicionar a su grupo. Tendría unos treinta años, y se llamaba Chaves. Treinta años de soles y vientos ásperos, que bien pueden sumar cuarenta de vida. Se dejaba llevar por la alocada algarabía de sus compañeros y había aceptado ser de la partida ideada por don Pedro. En su bolsillo tenía unos diez o quince pedazos de papel secante. Convenció a Clorinda y con ella se fue a la carpa.

No procedió como los otros, que se lanzaban sobre la presa. Se sentó en un cajón de kerosene, y acariciándose la caña de las botas, provocó la curiosidad de Clorinda. La muchacha, tirada en el suelo sobre unas mantas, le aguardaba.

—¿De ánde sos? —le preguntó muy por lo bajo Chaves.

Aquella apremiante pregunta bordeada de oscuridad, sorprendió a Clorinda.

—¿Qué importa de dónde? —le contestó bostezando.

—¿Venís del sur?...

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que estás con esa gente?

—¡Parecés comisario! Te da por preguntarme ahora... Durante el día te quedás cayadito como con miedo y ahora querés conversar. ¿Sos casado?

—No, soy viudo —contestó con voz velada—. Hace poco tiempo perdí a mi mujer.

—Me lo imaginaba, por el luto... ¿Sos de por aquí?

—De muy lejos, m'hijita... ¡Y m'enredau en tanto camino, que cada día me parece que está más lejos mi casa!...

—Vení, acostate, y me contás de dónde sos... Yo también he andado mucho. Pero no con el circo. Con un corredor de ferretería, por todo el norte...

—¿Dónde aprendiste a jinetear?...

—De chica, en una estancia. Mi padre era puestero y yo caí en la bobada de acostarme con el capataz. Mi padre lo mató de una puñalada...

—¿Está preso?

—Sí, y tumbado por una tuberculosis a los huesos. No puede moverse. ¡Ya va para tres años que no lo veo!

—¡La cárcel es cosa brava y sucia!

—¿Nunca estuviste preso?

—Sí; despaché a un bolichero p'al otro mundo y me tuvieron dos años a la sombra. Lo maté peliando.

—¡A mí me gusta el hombre capaz de pelear! Una vez conocí a uno que tenía el costurón de una feroz puñalada como una víbora que arrancaba del pescuezo y caía hasta la vejiga. ¡Parecía imposible que hubiese estado así, abierto como una res!...

—Tocá este tajo que tengo en la espalda —dijo Chaves, acercándose y guiando la mano de la mujer bajo la camisa.

—¿Una puñalada de a traición?

—¡Eso mismo, pero el que me la dio es el que está bajo tierra!

La mano de Clorinda quedó junto al cuerpo del tropero. Era una mano fría y pequeña, sobre la piel sudorosa de Chaves.

—¡Acostate, querido!... —le insinuó la mujer.

Volcó su cuerpo el hombre. Cayó como un saco pesado. No se movió hasta que Clorinda quitó su mano de la cicatriz. Las ropas, traspasadas de sudor, olían fuertemente. Ella lo besó en el pescuezo y comenzó a respirar hondo, cerca de su oído.

—¿No te cansás de esta vida? —volvió a interrogar Chaves.

—¡Claro que me canso!... ¡Si por lo menos sacásemos algunos pesos!... Pero el negocio del circo es un desastre. Se nos escaparon dos pruebistas con toda la plata que hicimos en la ciudad. Es lo que cuenta don Pedro...

—Me gusta verte saltar sobre ese tordillo. No falté a una sola de las funciones.

Aura me gusta tocarte las piernas y pienso que no son las mismas que saltan sobre el pingo...

—¿Qué creés? ¿Que tengo piernas de respuesto? —rio nerviosa.

—No, pero me parece que no sos la misma.

Le acariciaba los muslos con suavidad. La muchacha reía de aquella ocurrencia. Al pasar las manos por los músculos de las pantorrillas se detenía, y los apretaba un tanto. Al llegar a las ligas sostenes de las medias, hacía picar los elásticos sobre la carne.

—¡Che, que me duele!... —protestaba Clorinda.

Se quedaron un rato silenciosos. La oscuridad que los envolvía parecía pesar sobre los cuerpos, juntándolos.

—Me gustaría verte a la luz, las piernas desnudas... ¡Lástima que no se pueda ni encender un fósforo!...

—¡Viejito caprichoso!...

—Tenés la misma voz que la finada... Así me decía ella siempre: ¡Viejito caprichoso!...

—¡Dejate de hablar de muertos, caray!... Cerrá los ojos y dame un beso...

—Si abro los ojos no te veo lo mismo...

Se quedaron silenciosos, respirando juntos. La mano de Clorinda iba y venía por la cicatriz de la espalda de Chaves, como si con ello se distrajese. Chaves seguía acariciándola sin articular palabra. Pasaron varios minutos sin ninguna variante. Clorinda pensaba en cosas lejanas. El cuerpo de Chaves le daba calor y se dejaba estar sin pedir más. El tropero, con la boca posada en el pescuezo de Clorinda, permanecía silencioso. Trataba en vano de reconstruir las escenas de acrobacia. Concentraba toda su imaginación, a fin de revivir los momentos cautivantes del circo. Quería tener en aquel instante el mismo deseo de posesión, de cuando veía a Clorinda sobre el caballo. Inútil mente esforzaba su imaginación. No podía. No sentía su cuerpo adueñado por el sortilegio de la acróbata. Pensó que pasándole las manos por los cabellos, tan seductores al verlos caídos sobre las espaldas, podría representarse la ansiada visión. Pero era imposible. Se le aparecían cosas vagas y lejanas, pensamientos absurdos, sin ninguna relación con lo anhelado. Aguardó unos minutos más, y en un momento creyó ver a la muchacha saltando sobre las ancas del tordillo, con sus piernas bien contorneadas, con la cabellera rubia al aire, con sus faldas de colores vivos. Encendido de deseo, volvió a reconstruir la escena y a acariciar a Clorinda; pero se esfumó de pronto la visión feliz y vio a un amigo suyo domando un potro del mismo pelo que el de la acróbata. Abrió los ojos y por la abertura de la carpa descubrió las estrellas. Fastidiado, sin advertirlo, repentinamente se incorporó:

—Bueno —dijo, como si saliese de una pesadilla—. ¡Dejame ir! Tomá esos pesos.

Clorinda, desde el suelo, bostezó ruidosamente y tendió la mano.

Cuando Chaves palpó los billetes falsos, se detuvo sorprendido. Había olvidado

por completo la farsa. Arrojó al suelo los pedazos de papel secante y, buscando en el cinto unos pesos:

—¡Tomá, pa comprarte algo!... ¡Me voy!... —dijo con rabia.

Apenas había dado unos pasos, cuando la mujer le chistó.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Qué tenés?... ¿Estás enfermo? ¡Hablá!

Chaves iba a encender un fósforo para dar fuego a un «charuto», cuando se acordó de la orden.

—¿Qué te pasa?... ¿No podés decirme? ¿Tenés algo o no te gusto?...

El tropero enlutado bajó la mirada buscando el bulto de la mujer.

Ante su inexplicable silencio, insistió Clorinda:

—¿No te gusto, habló?

Y él respondió, fuera de sí:

—¡El finau no me deja!... ¡Maldito sea!... ¡Desde hace tiempo no puedo hacer! ... ¡No me deja, canejo, no me deja hacer!... ¡Maldito sea!...

Y salió al campo, haciendo sonar con rabia las espuelas en el yuyal, pisoteado por los que lo habían precedido.

Afuera continuaban formados los grupos y las conversaciones en baja voz. Alguien dirigió la palabra al tropero, pero él continuó como si nada hubiese oído. Se fue como una sombra, sin decir palabra. Secundina llamó a Clorinda. No demoró ésta en salir y una pareja aprovechó el lugar que ella dejaba, con la premura de quienes desean aprovechar bien el tiempo.

Eran varias las carpas. Las vendedoras de quitanda, charlatanas de oficio, animaban a la concurrencia.

Entraban, salían... Se dejaban llevar por la cintura o simplemente esperaban atentas boca arriba al hombre que les tocaba en suerte.

Saciaron sus apetitos, calcularon sus ganancias, entre un desorden de cojinillos, arpilleras, sacos y paquetes de tabaco y rapadura. El aire fuertemente impregnado de olor a tabaco las había trastornado. Los silencios que por momentos se hacían afuera, les infundieron miedo. Era la soledad agigantándose.

Por la tiniebla de la carpa pasaba el de los cabellos largos y lacios; el de fuerte musculatura y el de magras carnes; el de violento olor a cueros; el de boca carnosa y bigotuda; el desdentado; el de barba y el lampiño, el de largo facón o el de pesado revólver, todos diferenciados, ya sea por la indumentaria o por algún atributo natural sobresaliente, pero idénticos en el fondo: bestias sedientas de placer. Así fue pasando el pesado desfile de varones, cruel y sensual. Jauría que don Pedro había preparado para lanzarse sobre ellas.

Pasó por la oscuridad aquel paisanaje mentiroso; pasó frenético, sediento y áspero, dejando en las manos de las hembras o bajo los jergones de las camas improvisadas, papeles inútiles. Pasó caliente y pesado por los brazos sumisos de las mujeres; bajo la parda joroba de las carpas.

IV

A uno y otro lado del camino, las tierras laboradas ofrecían un armonioso conjunto. Hondonadas y cuestas, abiertas en surcos la tierra negra, infundían en el ánimo un estado noble de amor al trabajo. La entraña partida por el arado exhalaba un olor penetrante. Paralelos los surcos, determinaban un orden perfecto en las ideas de los que los contemplaban. A lo lejos, un rancho daba la sensación de la propiedad, lo que llaman el progreso lento y seguro. Un labriego, de pie en el medio de la tierra arada aparecía como surgiendo del surco. Alta y fornida estaca de carne y hueso, que traía a la mente una idea sana y alentadora. Imágenes de salud y de vida surgían al contemplar la labor realizada tal vez por aquel ejemplar humano, de pie sobre la tierra. Aquel hombre, vegetal, resuelta bestia de labranza. Era cuanto contemplaba.

Clorinda, cabizbaja, dejando ir sus ojos por la tierra arada. A lo lejos se perdían las últimas casas del pueblo, cada vez más pequeñas, a cada paso más insignificantes.

La carreta avanzaba. Clorinda iba silenciosa. Leopoldina y Rosa, dos chinitas vendedoras de quitanda, parecían viajar muy contentas y alegres. Entre las dos iba una brasilerita robusta y sana, una muchacha de escasos quince años, de pechos opulentos, carota rosada y trenzas a la espalda. Se llamaba Petronila. Tenía unos ojos picarescos y una dentadura pareja, fuerte y blanca, que al reír le aclaraba las facciones.

Adelante iban Secundina y Chiquiño. El muchacho arreaba los animales, conduciendo el carro.

Del circo había salido esta aventura hacia el norte. Matabayo, dueño de la situación, catequizó, juntamente con Secundina, a la rubia Clorinda. Leonina no quiso correr la suerte de su hermana y, apresuradas por el comisario, tuvieron que decidirse sin pensarlo mucho.

La reconciliación de Clorinda con don Pedro no pudo realizarse. Las «Hermanas Felipe» supieron quién era el canalla que había armado la trampa de la última noche. Todas las culpas cayeron sobre el director. Sebastián y «la leona» casi no tuvieron resentimiento. El tordillo acróbata, por ser el boletero quien más dinero tenía invertido, quedó en manos de Leonina. Esa misma tarde cruzarían el río para seguir hacia el norte, con Kaliso, su mujer y su oso. Don Pedro se insolentó con el comisario y fue pasado al calabozo. Se guardó los pesos de las últimas funciones y entregó uno de los carretones a Matabayo, quien lo adquirió por una bicoca. Pagadas las deudas en un santiamén, huyeron todos y quedó don Pedro a la sombra, con el dinero, tranquilo, resignado, pipa en boca y negra y misteriosa mirada.

Clorinda divisó las últimas casas. Una congoja le apretaba la garganta. La tierra partida con honradez, el apacible paisaje y aquella visión de paz que le infundía el rancho clavado en medio del labradío, terminaron por entristecerla del todo.

Oía la conversación animada de las muchachas. No eran más jóvenes que ella las dos carperas, pero tenían un carácter más libre de acechanzas. Nada les importaba

dejar el caserío, si tenían promesas de Secundina de acampar en la proximidad de una pulpería, donde se realizarían carreras al día siguiente. Clorinda pensó si no sería mejor entregarse como aquellas tres mujeres y confiar en el porvenir. Pensó, para su tranquilidad, que hallaría otra vez a los mismos troperos. Tal vez el de negro, Chaves, volvería a preocuparla.

La Secundina se lo había dicho:

—Te tengo reservado un estanciero que me pidió te llevase a las carreras. Si te acomodás con él, te vas a ráir de todas las mujeres de la tierra.

Un vecino del lugar le había insinuado a Matacabayo su deseo de entrar en relaciones con la rubia.

En aquella promesa fincaba el viaje de Clorinda.

El sol se ocultó tras las casas del pueblo, y la tierra arada, más negra en el crepúsculo, fue quedando atrás. Una nube de polvo velaba el horizonte. Las ruedas sonaban en las piedras del camino. Los cuatro caballos que lo arrastraban eran fustigados por Secundina. Las bridas, en manos de Chiquiño, convertido en un hombre responsable.

Matacabayo había ido adelante, para conseguir lugar donde ubicar el vehículo.

Se hizo la noche y las mujeres se cansaron de reír y comentar las escenas de la jornada anterior. Se habló de misia Rita, quien prometió venir con pasteles y fritangas a las carreras. Se pasó revista a uno por uno de los troperos.

Secundina no quiso terciar en la conversación.

Ya entrada la noche, resolvieron acampar. Las tres horas de rodar por malos caminos habían hecho enmudecer a las vendedoras de quitanda. Pero cuando vieron las luces de un nuevo caserío se animaron. Era el rancherío de Cadenas.

—¿Vamo hasta las casas? —propuso Rosa.

Secundina paró la oreja, y cuando Leopoldina, la otra chinita entusiasta, incitaba al resto a dar un paseo por el boliche, la mujer se interpuso:

—¡No, no! Ya saben que la Mandamás soy yo —dijo con tono enérgico—. Tenemos que dir primero con la Clorinda. Después van ustedes.

Clorinda no respondió. Se dejaba llevar, embargada por una pena inesperada. Pensaba en don Pedro, entre rejas, solo, abandonado, y le vinieron ganas de llorar.

Chiquiño largó los caballos al callejón. No bien terminó la tarea, se hizo presente Matacabayo. Montaba pingo escarceador.

Pocas palabras para entenderse con Secundina.

—¡Nos están esperando! ¡Vamos!

Clorinda no se opuso y marchó al caserío animada por la curiosidad.

A caballo el hombre. Las dos mujeres al paso, por el ancho camino.

Petronila y Rosa, preparadas las camas, se echaron adormir. Bajo el carromato, Chiquiño y Leopoldina tomaban mate.

No se cruzaron una sola palabra, no se miraron una sola vez. Los ojos de ambos estaban fijos en la llama de la pequeña lumbre. Al pasarse el mate, o arreglaban un

tizón evitando mirarse o se acomodaban alguna de las pilchas de su vestimenta. Chiquiño lo saboreaba hasta hacer ruido con la bombilla. Revolvía la yerba, hurgaba sin necesidad y volvía a llenarlo para pasárselo a la muchacha. Cada vez que ella se inclinaba para alcanzar el mate, dejábase ver sus senos firmes dentro del corpiño abundante. El muchacho parecía rehuirle, esquivar la mirada, empeñado en mantener el fuego del fogón agonizante.

Leopoldina era pequeña, baja de estatura, invariablemente pálida y ojerosa. Empolvada con exceso, tenía polvo hasta en las cejas y las pestañas. En las manos lucía tres sortijas. Un cinturón le ajustaba la cintura partiendo su cuerpo en dos. Arriba los senos túrgidos. Abajo, las piernas gruesas, muslos de gran curva hacia adelante. Dos o tres veces se puso de pie, para verificar si Rosa y Petronila se habían dormido. Al volver a sentarse, cuando cruzaba las piernas, le saltaban las rodillas de bajo las faldas, como dos caras de recién nacidos.

No se dijeron una sola palabra; no se miraron cara a cara ni una sola vez. El uno no buscaba los ojos del otro. Antes bien, evitaban el encuentro, como si mutuamente temiesen reprocharse algo.

Poco a poco se fue apagando la luz de la lumbre. Quedaron dos tizones ardiendo y un humo azulado de leña verde subía hasta las dos caras, irritándoles los ojos. El agua estaba fría; no obstante, seguían mateando. Sin decir palabra, sin cambiar una mirada, inmóviles el uno frente al otro, tizones por medio, el humo entre ambos. Chiquiño, con la mirada baja, los ojos adormecidos, sobre la frente el sombrero, defendía su ánimo cobarde. La mujer, aparentemente fría, dibujaba círculos en la ceniza con la punta de una ramita.

Se quedaron sin lumbre. Apenas se distinguían las caras. En la penumbra, aprovechando aquella semioscuridad que ensombrecía los rostros, de pronto se miraron. Se miraron fijo, como si se hubiesen arrepentido al unísono; Chiquiño forzó una estúpida sonrisa. Se le aclararon las facciones a la muchacha y picarescamente aguzó la mirada. Fijos los ojos, mantuvieron la mirada, transformándose, cambiando los rasgos fisonómicos. Al «gurí» le pareció demasiado penoso el mirar. Breve en cambio, a Leopoldina, cuyo coraje se afilaba, en un amago de sonrisa.

Titubearon sin saber porqué, en un indeciso malestar, sin fuerzas para salir del oscuro trance.

Movidos por idéntico pensamiento, como si temiesen ser descubiertos, a un mismo tiempo tornaron ambos la cabeza, escudriñando la noche que se interponía entre el carro y las luces del boliche. El oído atento no recogió un solo eco. Buscaban el ruido anunciador, la pisada delatadora de algunos pasos. La noche reducía el camino al tamaño de una senda. La soledad les dio un valor inesperado que se hizo deseo en Leopoldina; impulso en el muchacho.

—¡Vení, vení!... —alcanzó a articular la boca de la mujer. Y no había terminado su invitación cuando Chiquiño la hacía rodar sobre el pasto. Como dos sombras unidas, proyectadas por una luz que cambia de lugar, se apretujaron contra una de las

ruedas del carro. Luego la vibración del cuerpo de Chiquiño y el largo suspiro de Leopoldina, sin palabras ya, dominando el deseo tartamudeante del muchacho.

El campo exhalaba un olor fuerte, a yuyo quebrado y húmedo.

La lumbre tenía dos puntas de fuego en los tizones. Y una nubecilla de polvo cruzó por el humo, dorando la pálida claridad.

V

Era domingo en las enaguas almidonadas de las chinas; era domingo en el pañuelo blanco, rojo o celeste que engalanaba a los hombres; era domingo en el caballo enjaezado con primor... Domingo en la lustrada bota, en la espuela reluciente, en la crin recién tusada de los pingos. Era domingo en el camino trillado y en el vaso de caña servido hasta los topes. Era domingo, en los palenques, cruzados de cabestros. Domingo en la veleidosa taba dando tumbos en el aire y en la cantada apuesta corajuda. Domingo ruidoso en los cintos gordos de patacones. Domingo ruidoso en el moño primoroso, oscilante en las trenzas, secreto en los corpiños. Domingo tendido sobre los mostradores, bañados de vino. Domingo en el chaschás de las bolas de billar y en la confusión gárrula de los tacos. Domingo en la carcajada y en las palabras sin control. Y domingo en la seriedad responsable del comisario, en la preocupación avarienta del bolichero y en las artimañas celestinescas de la Mandamás.

«La Lechuza» —veinte casas a lo largo del camino— era un caserío para los domingos. Tres o cuatro boliches en cuyos palenques alardeaban filas de cabalgaduras de todos los pelajes, de todas las marcas. Las colas inquietas, alzaban nubes de moscas, y el piso, verde de bosta fresca, ponía una nota de color en la tierra pardusca y árida.

Volantas, sulkies y jardineras, próximos a una enramada, de techo raído por los vientos.

El boliche más frecuentado era una casa baja, la fachada de un rosa desteñido. A la derecha, maizales. A la izquierda, la cancha de carreras. Quinientos metros aplanados, donde se abría un trillo polvoriento: el andarivel.

Los ponchillos de verano aleteaban en la puerta del boliche y bajo de ellos se movía la mano que registra el cinto, sube la bombacha caída o palpa la culata del revólver o el mango del cuchillo. A los borrachos se los desarma. A los ricos se les respeta el derecho de permanecer armados.

A pocos pasos de la pulpería, próximo a un rancho de totora, manipulaba un par de gatos barcinos un personaje llamativo. Vestía camisa roja, bombacha azul y alegraba su cabeza de negro motudo un chambergo de paja, cuya ala estaba unida a la copa por un broche dorado. Se llamaba Paujuán.

Con una carcajada de loco atraía a los habitantes de los ranchos que no concurrían al boliche. Como era oriundo del Brasil, explicaba en una jerga pintoresca la utilidad de los gatos.

La concurrencia, mujeres y niños en su mayoría, se mostraba incrédula. Paujuán presentábalas las carreras de gatos y hacía un formal desafío a los felinos de «La Lechuza».

Las carcajadas del negro atrajeron público. Mientras preparaba la cancha, lanzaba pullas, zahería a alguien, bromeaba con los «gurises».

Se había formado una rueda de curiosos. Demoraba expreso para atraer a la gente.

Desembolsó por fin la pareja de gatos enardecidos, con la que tres o cuatro veces había amenazado a los circunstantes.

De la pareja, uno era rabón, con las orejas cortadas. De no entrar el maullido en su cuerpo, como entraba, largo y lamentable, la gente hubiese dudado de que se trataba de un gato.

Paujuán sacó del bolsillo un reseo marlo de choclo y, dejándolo caer, cogió por la cola al otro gato. Lo levantó en el aire y fue acercándolo poco a poco al marlo. Furioso el animalejo, estiraba las patas, armadas las uñas, buscando algo de qué prenderse. Con un manotón, alcanzó el marlo y el enfurecido animal llevóselo a la boca, hundiendo en él sus colmillos. La escena duró unos instantes, hasta que el negro sonrió satisfecho, sentenciando:

—Istá furioso.

Soltó el gato dentro de la bolsa, donde maullaba el compañero rabón. Ante la expectativa de muchos —ya aumentada considerablemente la concurrencia— comenzó a desenvolver un ovillo de gruesa cuerda. Arregló cuatro estacas y, clavándolas a cierta distancia, preguntó si en el boliche había gatos. Unos chicos comedidos trajeron al momento dos ejemplares negros que maullaban amenazados por los perros.

Al verlos, el negro opinó que estaban muy gordos y pesados para correr.

Los paisanos lo observaban. Matabayoy y Secundina se acercaron a curiosear.

Colocadas las estacas una frente a otra, a una distancia de diez pasos largos, unió las dos primeras con la piola. Luego hizo la misma operación con las restantes.

La expectativa se fue haciendo cada vez mayor. Aparecieron dos chicos más, con sendos felinos. A uno y otro lado del negro maullaban gatos de varios pelajes. Miserables sarnosos.

Terminada la tarea de extender las líneas, exclamó:

—Bueno... Isto e pra meus bichinhos... A segunda volta eu desafío a todos os gatos de «La Lechuza».

Se apretó más aun la rueda. En el centro, el negro se sentía admirado. Resaltaban espectaculares, su camisa roja y su bombacha azul.

El negro se encaminó con el gato rabón hacia una de las estacas. Un collar de trapo se ajustaba alrededor del pescuezo del animal. En el mismo, una argolla, en la cual ensartó la piola, que volvió a atar fuertemente a la estaca. Así amarrado, el rabón se quedó quietecito maullando.

Con el otro felino hizo igual operación. Como a los gallos antes de entrar en el reñidero, trató de enfurecerlos con el marlo.

Cada gato en la estaca correspondiente y en medio el negro, con el saco de arpillera en la mano.

—¡Bueno, hay que apostar! —gritó. Y, encarándose con Matabayoy, lo interrogó

—: ¿A queim aposta, o senhor?

—Hacélo correr, nomás... Dispués apostamos.

—¡Ah no, senhor! ¡Dinheiro, dinheiro!

Dos paisanos quisieron apostar entre sí.

—Voy al rabón.

—¡Yo voy al barcino coludo, cinco pesos!

Y uno del grupo que permanecía atento bromeó con el que ofrecía cinco pesos contra el rabón:

—¡Qué vas a apostar vos, si tenés la bolsa como buche de pavo rastrojero!

Un pavo que se alimenta en los rastrojos tiene el buche lleno de pajas inútiles. El herido con aquel dicho abarajó la broma y se adelantó:

—¡A vos mismo te los juego!

—¡Pero si no corren ni nada que se le parezca! —terció otro.

Ante la incredulidad de la gente, Paujuán, gran conocedor de su público, creyó conveniente hacerlos correr para demostrar la forma como se desempeñaban los felinos.

—¡Eu vo facer una experiencia!

Y, dispuesto a la demostración, de pie entre los dos animales, pidió cancha para sus pupilos.

Levantó el saco en alto, en ademán de dar la orden de partida y, lanzando un ronco ¡Aura!, bajó el brazo, golpeando en el suelo. Y la pareja de gatos rompió, asustada, en feroz carrera, ante la amenaza de un castigo. Huyeron bajo la tendida cuerda sin apartarse de ella, hasta dar con sus cuerpos en la otra estaca. Chocaron en el extremo de la cuerda y se tumbaron. El rabón llegó primero e inmediatamente revoleó por el aire la cola el otro animal. Como dos briosos caballos, al finalizar la carrera, los gatos daban saltos, amarrados a las estacas.

Una descomunal gritería saludó el triunfo. Era una realidad la carrera de gatos.

El comentario cerró más el círculo de curiosos. Matacabayo se entusiasmó:

—¡Lindo, canejo, lindo! —exclamaba, fuera de sí.

Dos o tres paisanos, alejados del grupo, cuchillo en mano, preparaban estacas. Se buscó cuerda en la pulpería y estaban dispuestos a acollarar a los gatos que habían traído los chicos.

Al poco rato había tres felinos más, prontos para participar en las carreras.

Matacabayo levantó apuestas y aparecieron contrincantes y jugadores.

Caía la tarde del domingo.

Cayeron silenciosos Chiquiño y Leopoldina, primero. Después Rosa y Clorinda.

Se fue haciendo el crepúsculo. Terminadas las carreras de caballos, se acercaron los jinetes a ver lo que acontecía en aquella rueda.

Apenas se veían los objetos en las medias tintas del ocaso. No obstante, se

repetían las apuestas y saltaban los gatos envueltos en una nubecilla de polvo dorada por las luces últimas del crepúsculo. Y las cabezas gachas, los cuerpos inclinados y los gritos de los jugadores entraron en la noche, cerrándose la fiesta con maullidos de gatos.

En la pulpería —que ya se sabía de la expulsión del pueblo vecino de las vendedoras de quitanda— se comentaba el hecho y se dijo que el negro formaba parte del circo.

Matacabayo invitó a Paujuán a seguir andando en su carro, con las chinas carperas.

Si Matacabayo y Secundina conquistaban al negro, perdían, por otro lado, a Clorinda. La amazona no podía resistir a la atracción de don Pedro. Aprovechó el regreso de la gente de Tacuaras, y en una volanta, sin despedirse, regresó en su busca.

La noche en el carretón fue triste. Rosa, Petronila y Secundina no recibieron visitas. Matacabayo, en la pulpería, fue empujando el codo —uno tras otro vaso de caña— hasta caer borracho.

Chiquiño y Leopoldina habían desaparecido en uno de los caballos del carro. Se los había visto camino del rancherío de Cadenas.

En la borrachera oyó Matacabayo insultos, vejámenes y toda clase de humillaciones.

—¡Andá con tus quitanderas! ¡Aprendé, viejo sonso, a domar mujeres! ¡Para nada te sirve haber mandado tantos matungo[s] al otro mundo!

Las primeras quitanderas sufrían el primer fracaso.

VI

«El Paso de Mataperros», bordeado por un bosque seco, pleno de resaca. Los árboles, de un color pardusco, mostraban ramas tronchadas, hojarasca en las copas, plumas, esqueletos de pescado, trapos y hasta alguna viruta de latón enredada entre el ramaje. Hacía apenas unos quince días que el arroyo se había salido de su cauce, arrastrando cuanta basura hallara por las riberas.

Desde lejos se veía el cambio de color de los árboles. Tan sólo los más altos enseñaban un verde viejo marcando el nivel de las aguas.

La entrada del paso, aunque se marchase a caballo, se mostraba dificultosa. Había que ir apartando ramas secas, plagadas de resaca que parecían nidos metidos en las horquetas.

Abajo, en el cauce, corría un hilo de agua. A simple vista nadie podía creer en unas crecidas capaces de arrasar con los montes.

Entre la maraña, Chiquiño en cuclillas, y tirada en el suelo Leopoldina, se hallaban desde hacía más de dos horas. La mujer no podía continuar el viaje. Se quejaba de un agudo dolor en la cintura. Tirada en un barranco, ante la pasividad del hombre que la había sacado campo afuera.

Chiquiño se sentía en su medio natural. El campo abierto le parecía suyo, como cualquier otro siente la sensación de la propiedad, en un cuarto de tres por cuatro. El mundo, el campo que tenía por delante, era suyo, con sus montes, sus cerrilladas, sus arroyos y sus cuchillas. Suyo, para andar con aquella china que había ganado bajo un carretón, una noche, en plena soledad. Se la había ganado a su padre, a la Secundina, a los del circo, a la noche y a todos los que se la quisieron escamotear. Era cosa suya, la primera cosa conquistada.

Rodaron por los callejones. Hizo dos o tres jornadas provechosas, en las esquilas, mientras Leopoldina lo aguardaba en un zanjón cualquiera, lavando su ropa para no aburrirse.

Con aquellas changas, pudo seguir adelante, guareciéndose en los montes si llovía, pidiendo posada en las estancias, donde generosamente engañaban su hambre con algunos mates lavados.

Cualquier cosa, hasta robar, cuerear ajeno, antes que volver atrás, regresar a Tacuaras o «La Lechuza». Y menos aun por un dolor que a él no le dolía.

En «el paso de Mataperros», acampados, vieron venir la carreta. Andaba lentamente, tirada por dos yuntas de bueyes, bajo un vuelo violento de teros anunciadores. Cuando cayó al paso, reconoció al caballo de su padre. Tocando los bueyes, venía Matabayo, paso a paso. Oyó su voz cavernosa:

—¡Lunarejo!... ¡Negro!... ¡Güey, juerza güey!

Tirados en el zanjón, no se movieron. A Chiquiño le latía el corazón y sintió desmayársele las fuerzas.

—¡Es tata, seguro que es tata! —díjole a la muchacha. ¡P'ande irá!...

Cayó «al paso» la carreta, dando tumbos en las piedras, haciendo sonar su techo de cinc, desvencijado, crujiendo las ruedas y rechinando los ejes. El cencerro de los bueyes se apagaba a veces, para oírse la voz de Matacabayo:

—¡Lunarejo! ¡Güey!... ¡Tire, canejo! ¡Negro, Negro, derecho, derecho!

Salvadas las piedras, cayó la carreta en el pedregullo de la costa.

Matacabayo detuvo la marcha, y los bueyes, en el agua miraban pasar las ondas, tal vez sedientos, agitando las colas, con las cabezas tiesas, rígidas, inmóviles. Sólo la cola daba la impresión de que vivían, de que eran algo sensible en el conjunto.

Chiquiño espiaba todos los movimientos. Vio bajar a Secundina y esconderse tras unas matas. Vio apearse a su padre y abrir las piernas, mirando para abajo, muy junto al encuentro de su caballo. La picana vertical al suelo y la inclinada cabeza de su padre le dieron ganas de correr hacia el autor de sus días. Estaba viejo, parecía cansado. Ya habían llegado a los oídos del hijo las noches de borrachera de Matacabayo.

Conocedor de ciertas amenazas que Matacabayo habría proferido en contra, «de ese gurí desalmao», Chiquiño no tuvo coraje de acercársele. Aunque su padre tal vez supiese un remedio para curar a Leopoldina, prefirió evitarlo. Tenía pensado dirigirse al rancho del curandero Ita, un indio ayuntado a una china milagrera y «dotor en yuyos».

Observaba con miedo los movimientos de su padre.

Y no tuvo valor. Dejó que la carreta siguiese su marcha, con Secundina y otras mujeres que se asomaban al caer al arroyo. Dejó pasar la carreta, último negocio de su padre, cuyas fuerzas perdidas parecía haberlas recogido la Secundina, para dominarlo definitivamente. La vio repechar, con sus bueyes pachorros, la cuesta empinada, y oyó los gritos de Matacabayo, entre el cruji del techo y el rechinar de los ejes.

Por entre el ramaje se fueron perdiendo de vista, poco a poco, el callejón encrespado de cardales y el horizonte mezquino. Un revuelo de teros zigzagueaba bajo, casi rozando el arqueado techo de cinc.

Cuando su compañera dejó de quejarse, era casi entrada la noche. Cargó con ella, la puso sobre el lomo de un bayo bichoco que había comprado a un borracho de «La Lechuza» y rumbeó en dirección al rancho del indio.

Se sorprendieron al ver que llegaban tan pronto. Se vieron en el camino del indio Ita. Un sendero viboreante, entre matas de miomío y cola de zorro. Al fondo del potrero, un rancho de totora, raído por el tiempo, sin un árbol, chato y rodeado de maleza; de esos yuyos que se forman robustos al crecer en tierra abonada por los desperdicios. Los cardos de metro y medio de alto; el maíz desarrollado hasta el vicio.

Había entrado la noche y los perros no salieron a ladrarlos.

—¿Qué habrá pasau? —interrogó el muchacho—. Tengo enyegau muchas veces y nunca dejó e ladrarme «El Sentencia»...

«El Sentencia» era un mastín cimarrón, propiedad del indio Ita, conocido en veinte leguas a la redonda por su tamaño. Tan «mentau» era que aparecía en las pesadillas del paisanaje.

El indio Ita vivía con su mujer, una china esquelética a la cual le quedaba pelo apenas para hacerse un par de trencitas de cuatro dedos de largo.

«La Pancha», así se llamaba la mujer, era experta en yuyos y milagrera. No había enfermedad conocida que ella no curase, desde «la paletiya caída» hasta el «grano malo». Como no salió «El Sentencia» a rezongar, Chiquiño comprendió que algo grave pasaba en el rancho del indio Ita.

—Luz hay —aseguró Leopoldina—, pero naide se mueve en el rancho.

Avanzaron unos pasos más, y, cuando estaban a cincuenta metros, ambos se apearon, rienda en mano, y siguieron silenciosos por el sendero.

Cacarearon unas gallinas, que dormían entre las zarzas. Al enfrentar la puerta entreabierta, por donde salía un chorro de luz, Chiquiño golpeó las manos.

Nadie chistó. Se miraron sin comprender lo que pasaba. La luz escasa del candil que humeaba dentro del exiguo rancho no les permitía ver el desorden de bancos de ceibo, cajones vacíos y trastos viejos que se hallaban diseminados a la entrada. Sin duda, habían estado varias personas reunidas.

No se oía ni un murmullo.

—¡Andarán por el campo, seguro! —dijo un tanto fastidiado Chiquiño.

—Tengo miedo, viejo... Aquí se güele el tufo que deja el diablo al pasar...

—¡Cayate, vieja; me tenés cansau con tus sustos. Ta con las mujeres!

Y, sobre las palabras de su compañera, golpeó sus manos con violencia.

Al instante, se abrió la puerta y apareció en la semiclaridad la silueta inconfundible de Chaves, el tropero enlutado de la noche de Tacuaras. Tuvo que agacharse para trasponer el umbral.

—Güenas noches.

—Güenas, Chiquiño... Yegás justo en las boquiadas de «la Pancha»... ¡Entregó su alma a Dios, la disgraciada!

—¡Dios me perdone! ¡Qué mala seña! —exclamó Leopoldina.

—Y ¿qui hay con eso? —corrigió desafiante Chiquiño—. Alguna brujería.

—Es malo yegar a un lugar en el momento de morir algún cristiano...

Salieron del rancho, sollozando, una vieja y dos muchachas. En seguida les siguió un paisano de pelo largo, sobre la nuca, con el sombrero en la mano.

Las mujeres gemían. El paisano de los largos cabellos sacudía de un lado a otro la cabeza. Chiquiño se asomó a la puerta y vio al indio Ita, arrodillado al lado de la cama de «la Pancha».

—Mató al «Sentencia» de una puñalada —dijo Chaves—, pa conseguir la vida de su hembra... Y ahí lo tiene, solo, tirau al lau de la cama. ¡Qué injusticia!

Leopoldina empezó a llorar. Gimió de golpe, al punto de asustar a su caballo, del cual no había largado la rienda. Chaves se encargó de atarlo al palenque, y entonces

Leopoldina se entregó a un llanto sin medida, quejumbroso, al lado de la vieja y las muchachas.

—De nada le sirvieron sus yuyos —dijo el hombre de los largos cabellos—, ni el sacrificio del «Sentencia». ¡Pobre la Pancha!

Sólo se oía el llanto de las mujeres. Chiquiño, al lado de la muerta, contemplaba al indio Ita, en sus tribulaciones y quejidos. Se agachó y le dijo:

—¡Hay que ser juerte, Ita!... ¡Resinación, amigaso! Aquí estamos pa lo que quiera mandar.

El indio Ita se puso de pie repentinamente. Su figura proyectaba quebrada sombra sobre la cama, sombra que ascendía en la empalizada de paja y se doblaba en el techo, como volviendo hacia él.

—Siguro —dijo el indio—, hay que ser juerte, como era la finada, que aura está peliando con la muerte.

La mirada del indio se hizo dura. Frunció el entrecejo y se quedó mirando el cadáver, inmóvil, como dominado por una idea. Sus facciones finas se aguzaron más aun. Se diría que toda su raza acudía de golpe a dar carácter a su exacta figura.

Entraron en el rancho Leopoldina y una de las muchachas. No cesaban de llorar. Lloronas de profesión, por encargo, ahora berreaban sinceras. Tras ellas, la negra silueta de Chaves.

El indio Ita no se movía. Como era su costumbre, le gustaba sobremanera sorprender al paisanaje con actitudes extrañas. Había llegado al pago hacía quince años. Hizo de su mujer una milagrera. Y él sabía tanto de curtir cueros y cuerear en mil formas zorros, nutrias y venados que se conquistó la admiración de todos. Pero sus usos y costumbres eran muy particulares. No se apartaba de ciertos ritos de su tribu lejana.

Observaba el vuelo de las aves, escrudiñaba el cielo, hablaba con la luna. Todos estos extraños hábitos sorprendieron en un principio. Pero como en repetidas ocasiones acertó, anunciando, con muchos días de anticipación, mangas de langosta, lluvia con granizo y algún otro fenómeno extraordinario, acabaron por creerlo un poco brujo. No se sabía de dónde había venido. Siempre que se hablaba de ello, respondía que la selva impedía ver el lugar.

—¡Vayan p'ajuera! ¡Dejenmé solo! —dijo solemne.

Y cuando las lloronas salían y se agachaba Chiquiño, para salvar la puerta, se oyó la voz del indio que agregaba:

—¡Aura hay que despedirse!...

Aseguró la puerta por dentro. Las mujeres, bajo una enramada que servía de gallinero, cesaron de llorar, ante el revuelo que producía su llanto entre las aves.

Los tres hombres se quedaron silenciosos, hasta que Chaves preguntó a Chiquiño hacia dónde marchaba.

—¡Voy pa la frontera, a buscar trabajo!

—¿Y el viejo Mata? —inquirió nuevamente.

—Juyó con las carperas y la Secundina.

El paisano de los cabellos largos encendió un pucho con su yesquero.

—¡Vaya rezando un padrenuestro, m'hija! —le dijo a la menor de las muchachas—. No hay que olvidarse que la finada le curó el pasmo. ¡Hay que rezar por su almita!

—Bueno, tata...

Y la muchacha, en voz baja, comenzó una oración.

Los tres hombres la escuchaban, mirando de cuando en cuando el cielo, como si buscasen algo.

—¡Pobre «Sentencia»! —exclamó el de los cabellos largos—. Un sacrificio enútil...

—Siguro, pa qué esas cosas, digo yo —agregó Chaves—. Este hombre está medio embrujau. Tuitos lo'jindios dicen que eran ansina.

—¡Cada cristiano tiene su creencia! —dijo Chiquiño—. Y hay que rispetarla.

—Siguro —agregó sereno y firme el de los cabellos largos—. ¡En su tribu, asigún cuenta él, las cosas eran muy diferentes!

Se hizo un silencio todo hormigueado de palabrejas breves o entrecortadas.

Chiquiño se ofreció para ir a comprar velas, pensando en la última frase del indio: «¡Aura hay que despedirse!...».

—No sabemos entuavía cómo quiere velarla —dijo Chaves—. ¡Quién sabe!...

—¡Aura un avemaria, m'hija! —ordenó el hombre a la misma criatura—. ¡Pa' eso se la enseñamo!

Y, en coro, las cuatro mujeres rezaron en voz baja, en la enramada miserable donde las gallinas, de cuando en cuando, lanzaban un cacareo de protesta.

Chiquiño insistió en ir a comprar velas. Como Ita demoraba en salir, decidieron llamarlo. El hombre de los cabellos largos se dirigió a la puerta, y, metiendo la mano en una rendija, agrandó el espacio, logrando mirar para adentro. Un quejido salió de su garganta:

—¡La Virgen me perdone!...-dijo dramáticamente. ¡Joi Dió!

Y, tapándose los oídos, despavorido, corrió hacia donde estaban las mujeres.

Chiquiño y Chaves se abalanzaron hacia la puerta, creyendo que algo terrible debía pasar allí dentro. Como ante esos espectáculos terribles en los que, por un extraño fluido, corre el sentido trágico del acontecimiento, los restantes, erizados de curiosidad se precipitaron hacia la puerta del rancho.

Y, como presas de pavor, los dos hombres, el alto de negro, Chaves, y el muchachón recién lanzado a los caminos, ambos pudieron ver la escena que dentro del rancho acababa de descubrir el hombre de los cabellos largos. Ita, el indio milagrero, estaba desnudo, y desnudo el cuerpo de la finada, desnudo el cadáver de la Pancha. Bárbaramente unidos, frenético el indio desde la vida. La mujer, fría. Los brazos de la hembra caían como péndulos de la cama. Iba la boca del indio de un lado a otro del rostro exangüe, besándola, en aquellas últimas nupcias, a la luz de un

candil parpadeante y amarillo.

Cuando el indio Ita se hubo despedido de su mujer, cuando quedó rígido el cuerpo de la Pancha a lo largo del catre y con los brazos ahora sobre el pecho; cuando se hubo despedido definitivamente, abrió la puerta y la noche, enorme y vacía, se le presentó como una inmensa cueva. Lo habían dejado solo.

Oyó un galope lejano. El indio Ita sintió el frío del hocico de su perro. Le lamía una mano. Y se quedó inmóvil, fijo en su sitio, como un símbolo.

Desde aquel episodio, después de ver al indio Ita «jinetear a la muerte» —como decía Chiquiño al contar la historia varios meses después—, desde aquella primera noche de hombre «acoyarau», no paró.

Las cuchillas lo vieron bordear las cañadas, cruzar los campos, vadear arroyos crecidos. Lo vio la gente galopar bajo la lluvia, portador de un chasque; acompañar a algún forastero, casi siempre contrabandista; servir de guía a la diligencia, cuando ésta se veía obligada a salvar un pantano o evitar un encuentro con la policía, si llevaban tabaco.

Sólo tenía un temor; cruzarse con su padre. Si oía hablar de quitanderas o simplemente de fiestas en los boliches, evitaba pasar por el lugar señalado.

Matacabayo seguía rumbo al norte, midiendo leguas al paso cachaciento de la carreta, unas veces dormido sobre el caballo y otras escrudiñando luces en el horizonte.

Y se perdió internándose en los pagos donde no había pulperías con pedazos de hierro doblados por sus manos, ni monedas de plata arqueadas con sus dientes.

Se lo llevó el camino.

VII

—¡Dejame, dejame ver si pasa el patrón! —rogaba, libertándose de los brazos de Maneco, la china Tomasa—. ¡Dejame, te digo!

Y consiguió asomarse a la ventana del rancho, para ver pasar a don Cipriano, el joven patrón de la estancia.

—¡Ta que sos guisa! ¡Te va'a ver y v'a mandarte que le cebés mate!... ¡No te asomés, cristiana!

Maneco, que había conseguido meterse en el rancho de las sirvientas a la hora de la siesta, estaba ansioso, con las bombachas medio caídas, la golilla por un lado, el cinto en el respaldo de la cama de hierro.

La ventana era más bien alta, y desde la cama, apoyada a la pared, Tomasa, de rodillas, podía espiar al patrón. El corpiño ajustado, dejaba al aire la pulpa de sus abultados senos, rozando en el adobe de la pared de barro cuando la muchacha inclinaba el busto para asomarse.

Maneco metía las manos entre la pared y el cuerpo de la moza, tratando de separarla de la ventana y aprovechándose, para acariciar aquel cuerpo duro, de carnes olorosas.

Tomasa quería ver pasar a don Cipriano, un hombre hermoso, si los podía haber, pero frío e indiferente con las mujeres. Después de hacer una corta siesta, todos los días atravesaba el patio de naranjos y se iba a los galpones, a conversar con la peonada. Tomasa quería verlo pasar, quería darse el gusto de verlo pasar, arrogante, con paso firme, mientras ella tenía a Maneco en la cama, con las bombachas caídas. Arrodillada en el lecho, espiaba, alejando a veces las manos del mozo que, de puro confianzudo, ya iba metiéndolas donde no debía.

—¡Bajate, cristiana boba! ¡Aura que pude ganarme sin que me vieses, debemo aprovechar! —insistía Maneco, vehemente, con la camisa pegada a las espaldas sudorosas.

—Andá, sosegate, dormí un poco. ¡Yo no deajo de mirar la pasada del patrón!

—¡Pucha, ni que estuvieses enamoretiada de don Cipriano! —dijo Maneco.

—No digas sonseras, negro. E pa estar segura de que no me va a yamar.

Maneco no quiso insistir y se limitó a acariciar el vientre, los senos apretados de Tomasa, sin que ésta ofreciese resistencia.

Era un día de sol amarillo, de calor sofocante. En el rancho, la atmósfera era pesada, y por él iba y venía una clueca, que ya no podía resistir más el nido. Con el pico abierto, se acercaba a la puerta y miraba de arriba abajo.

Maneco, arremangado, ora acariciaba el cuerpo de su china, ora se quedaba quieto, con la cabeza junto a las caderas de la muchacha, respirando fuerte, en un delicioso sopor. Tomasa no protestaba. Antes bien, pareció ceder, colocando ambos codos en el marco de la ventana y dejando a Maneco que desnudase las cintas de sus enaguas. De rodillas en la cama, separada ahora del muro, Tomasa se mostraba dócil

al muchacho. Le levantaba las faldas, le acariciaba los muslos, la besaba a su gusto.

No se atrevía a hablar. Comprendió que una sola palabra lo echaría todo a perder. Y, silencioso, se aprovechaba de la licencia que Tomasa le ofrecía, aspirando el olor de la piel.

La moza miraba con ojos encendidos a su patrón, quien, bajo un alto naranjo, conversaba con uno de los alambradores de la estancia. ¡Qué bien quedaba don Cipriano cuando levantaba la mano y se afirmaba en el tronco del árbol! ¡Qué esbelto era y cómo resaltaba su figura! Fumaba. Conversaba. Le explicaba al alambrador algún trabajo y, de tanto en tanto, una mirada, al pasar, iba a darle emoción extraña a Tomasa. ¡Cómo gozaba viéndolo!

Don Cipriano acariciaba el tronco del árbol. Don Cipriano se pasaba las manos por el pecho. Don Cipriano arrancaba una hoja de naranjo, la deshacía entre los dedos y se la llevaba a la nariz. Don Cipriano miraba hacia el rancho, sin querer, pero miraba. Y Tomasa se estremecía al hallar sus ojos, aun a tanta distancia. Don Cipriano se pasó la mano por la nuca, se rascó el pecho. Tomasa devoraba sus movimientos, lo seguía en todos sus ademanes. Besaba los brazos del patrón, sus brazos robustos y blancos, a pesar del sol que tomaban en las faenas. Tomasa habría dado su vida por tenerlo cerca, en aquella aplastante siesta, con toda la modorra de la hora, con toda la molicie del instante, encendida por las caricias del muchacho.

Maneco respiraba como si hubiese corrido tras de un animal chúcaro, de a pie, en el rodeo. No quería hablar, no quería romper el sortilegio. Le caían por la cara gruesas gotas de sudor y había empapado ya las enaguas ligeras de la muchacha. Ella también, dominada por la voluptuosidad, traspiraba y se le iba poco a poco humedeciendo el corpiño ajustado. Al notarlo, Maneco levantó la mano y deshizo el nudo que en la espalda lo sostenía. Y cayeron, firmes y temblorosos, los abultados senos, como caen, sobre el agua de la vertiente, las cabezas de las bestias, sostenidas por los elásticos pescuezos.

Tomasa cerró las piernas y apretó el vientre contra la pared de barro, aprisionando las manos del muchacho. Maneco no se atrevía a encerrarla entre sus brazos y tumbar aquel cuerpo caliente sobre la cama, como se tumba una vaquillona en la yerra.

Sintió que ella cedía lentamente hasta que cayó vencida. Vio los ojos y la boca de Tomasa; su cabeza inclinada, vuelta hacia atrás. Lo miraba como si despertase. Pero, de pronto, la pieza se oscureció. De un resuelto manotón, violentamente, ella cerró la ventana. Y cayeron unidos en el lecho... La gallina clueca lanzó un grito de alarma.

A don Cipriano se lo había devorado el galpón, sin que volviese la cara hacia el rancho del servicio.

Desde la carreta, la estancia se veía sin rencor. Se veía con los ojos de la fatalidad, con la mirada de la resignación, con la sumisión de quienes todo lo acatan. La carreta, el azar, lo que se gana y que se pierde en los caminos, lo que puede hallarse, lo

inesperado, capaz de surgir del fondo de la noche sin fondo; caer del cielo en los días que ni en el cielo se cree.

Desde la carreta se veía la estancia como se ven las rocas en la ladera de las sierras, como se ven los árboles al borde del camino. Como cosas de Dios, del destino, de la fatalidad. Estancias arboladas, casas firmes, algún pequeño torreón. ¿Porqué estaban ellas enclavadas en los cerros y tenía que rodar la carreta, como rancho con ruedas, siempre por el camino, sin hallar un trozo de tierra que no fuese de nadie? ¿Es que no habría un rincón en el mundo, para dar de comer a los bueyes, sin tener que pedir permiso, un palmo de tierra para sembrar un poco de maíz y esperar la cosecha? ¿No habría en la tierra tan grande, tan grande, un pedazo de tierra sin dueño?

Pero de la carreta se veía la estancia como un accidente del terreno, como una vertiente, como una cerrillada.

En la estancia vivían mujeres y hombres, agarrados a la tierra, firmes.

Pasó la carreta. Tan lento era su andar que cambiaban antes las formas de las nubes que de sitio su lomo pardo. Se diría que la iban arrancando a tirones de la tierra, aferrada a ella. Una piedra grande, tirada por una yunta de bueyes.

De la estancia se veía pasar la carreta, desplazarse lentamente, con rumbo fijo. Porque, una carreta que pasa da siempre la impresión de que lleva un rumbo, que va segura hacia algún lado. ¿Para qué moverse en el campo, sino para conquistar algo? Nadie dio jamás un paso, nadie anduvo una legua sin conquistar un palmo de tierra. Sin embargo aquella carreta, únicamente tenía rumbo cuando se detenía en la noche.

Desde la estancia se la veía pasar indiferente. Ya los perros habían vuelto del camino, luego de cerciorarse de que no pasaban enemigos suyos. Olfatearon el barril de agua que pendía entre las ruedas y ladraron, por si acaso, al hombre que iba montado.

La peonada se enteró del paso de las quitanderas. Tomasa oyó el comentario. Por la noche, un sábado primaveral, Maneco, y con él el resto de los peones, rumbeó para el «Paso de las Perdices».

A medianoche, silenciosamente, don Cipriano cruzó el patio de los naranjos. Se lo tragó una sombra, y desapareció en el rancho de las sirvientas.

VIII

Aguas arriba... Aguas arriba... Bajan lentos por el telón del paisaje, repetidos árboles, insistente maleza, uniforme ribera. De vez en cuando, desde la costa, una vaca mira absorta la marcha fatigosa de la embarcación. Se suceden las playas cenagosas, se repiten los árboles seculares y los matorrales y los camalotes y las playas de arena y las temblorosas ramas de los sarandíes.

Bajan las riberas lentamente, mientras la barcaza remonta con dificultad. Seis hombres escudriñan la selva, la floresta salvaje, de donde brotan gritos ásperos y trinos dulzones. El resoplar del motor de vapor va arrancando pájaros de las playas, cuyos vuelos, duplicados sobre las aguas, tienen siempre el mismo zigzag, idéntico planeo. Por momentos, las explosiones del motor parecen obstinadas en agujerear el silencio, donde las horas se pegan como las moscas en un papel engomado. Cuesta salir de una hora para entrar en la otra. Al sol, el tiempo es impenetrable y hay que vencerlo.

Las nubes amenazan lluvia.

Ayer llovió y la cubierta quedó limpia y olorosa. Salieron de la lluvia para entraren el calor. Los seis hombres no se hablan. Las manos inútiles y la boca seca. Cuando el barco se aproxima a la ribera para acortar distancia en alguna curva del río, penetran trinos de pájaros por las ventanas de babor, para salir por entre las persianas bajas de estribor, donde golpea el sol.

Seis miradas buscan en la frondosa ribera dónde posar la visual. Descubren la copa de un árbol de cien metros antes de enfrentarlo, y cuando están próximos se deshace el símil que imaginaron a la distancia.

«Parece la cabeza de un burro», piensa uno. Desde otro punto de vista, el árbol parece una torre, pero al enfrentarlo es simplemente un árbol.

No pasa lo mismo con las nubes. Cuando encuentran la forma de un muslo de mujer, la visión persiste.

Llevan catorce días de marcha sin hallar puerto propicio. Por la noche se detienen a pescar, en «las canchas» apropiadas o junto a «sangradores», donde es fácil sorprender «tarariras» grandes, en las ollas, cuidando sus huevos.

Al día siguiente siguen andando. Son seis hombres, cinco humildes y uno soberbio: el capitán, de robusto tórax, brazos al aire, tostados por el sol; ojos pequeños y dañinos, frente estrecha, bigotes caídos sobre un carnoso labio inferior. Se alegra por la noche y se complace en contar historias escabrosas, cuentos de mujeres de razas desconocidas para el resto de la tripulación. Cinco mestizos, achicharrados por el sol, entecados, enfermizos. Uno con un pulmón de menos, el que va en la caldera. Otro, con asma. Un tercero, desdentado, flaco, roído por alguna enfermedad. Sin bríos los restantes, chiquitos, apocados, mestizones sumisos, doblados de cargar sobre los hombros cajones cuyo contenido jamás conocieron.

Dentro de tres días tendrán un puerto. Cuatro ranchos encaramados en un

barranco. Esto lo saben los tripulantes por el capitán, quien conoce el puerto y, según su entusiasmo, espera pasarlo bien. La víspera del arribo el capitán aparece nervioso. Como los camarotes están separados por un delgado tabique, le molesta la tos del tripulante enfermo:

—¡Callate, podrido! —grita.

Han detenido la marcha; están anclados. En el silencio nocturno se oyen las voces de protesta del capitán. El tictac de un reloj, el ir y venir de las ondas y la música de los grillos en la ribera espesa de bosques.

Y fácilmente se duermen con un zumbido de mosquitos, que hace tiempo dejaron de percibir los oídos.

En la alta noche amarraron la barca. En el rancherío del puerto alardeaban algunas luces. Exaltaban la noche los ladridos de los perros, lejanos y próximos.

El capitán, bien comido y mejor bebido, se golpeó el pecho con las manotas abiertas. Parecía llamar en su cuerpo algo que se había dormido durante el viaje.

Supo, por un amigo que tenía en el rancherío, el arribo de un carretón con quitanderas.

—No son muchas, pero de las tres hay una de mi florlo enteró el camarada de tierra.

Algo distante del caserío, en un fogón bajo la carreta, pestañeaba una luz. Allí era el campamento.

El capitán quería eludir las viejas amistades.

—Traela a bordo a la bonita —ordenó.

—¡Se la mando enseguida, antes que yueva, capitán! —prometió el tripulante.

La precaución no estaba de más. Se avecinaba un chaparrón. Los jejenes estaban rabiosos y había nubes de mosquitos en el aire.

En el primer momento pensó en enterarlos de aquel acontecimiento. Pero luego desistió, pensando que podía ser visto por cierta muchacha a la que prometiera casamiento.

Cuando llegó una de las quitanderas, la garúa arreciaba. Con los cabellos empapados, apareció una cuarterona, ancha de caderas, de piernas flacas, sorprendentemente desproporcionadas con el resto del cuerpo. El rasgo que más sedujo al capitán fueron los dientes blancos, fuertes y parejos.

Como llovía, el comedido volvió a tierra. En su reducida cabina, el capitán no podía estar sino abrazado a la quitandera. De pie o de cubito dorsal, pero abrazado.

Averiguó su nombre, supo la edad, cómo viajaban, para dónde iban, de dónde venían. El diálogo era escuchado por los cinco tripulantes. Simulaban dormir, esperando el instante apasionado.

El capitán mintió, exageró, prometió. Pero todo eso no tenía importancia para quienes oían, unos a través de un tabique y tras de un encerado el resto. Si no hubiese

llovido habrían podido tender las camas en la cubierta. Pero a qué pensar en esas cosas. Resultaba agradable oír las mentiras del capitán, sus invenciones, las falsas promesas. El capitán mintió hasta en lo atañadero al manejo de la barca. No habían desplegado una sola vez las velas y quería hacerle creer a la pobre quitandera que volaban sobre las aguas. ¡Aguas arriba, nada menos! Los tripulantes pesaban las palabras del capitán, pero cuando el hombre comenzó a contar hechos reales, cosas sucedidas en el barco, como una vez que vararon en el paso del Hervidero, les pareció muy aburrida la conversación y dos de ellos se durmieron. Se oyó bostezar a uno, soñar en voz alta al otro. El capitán los adormecía contando semejantes tonterías. El número de bagres pescados, el día que sacaron un zurubí, la vez que se clavó un anzuelo en la barriga. Pero al llegar a este punto de la conversación, los que estaban despiertos oyeron la voz de la quitandera, seguida de una carcajada.

—¿Aquí te clavaste el anzuelo?... —Y golpeó, al parecer, el vientre del capitán.

—¡Sí, aquí! Decí que estaba de verijas dobladas, pescando, y no se me hincó del todo.

—¿Tenés cosquillas? ¡A ver! ¡A ver! —la quitandera reía y el capitán le pidió silencio, explicándole que había cinco hombres a su mando durmiendo pared por medio.

—¿Cinco hombres? —preguntó la quitandera, asombrada.

—Cinco muchachos que deben de roncar. —Hizo una pausa—. ¡Escuchá!

Se oían ronquidos.

El silencio impuesto y aquella breve pausa les hizo cambiar el rumbo de la charla. Empezaron a besarse. Ella lo seducía haciéndole cosquillas, y el capitán, sensible a aquel mimo, daba saltos en la cama.

Arreció la garúa. Corría el agua en la cubierta, sonaban las gotas en la chimenea y en la ventana salpicaban con violencia.

—Esto es como una isla —dijo la quitandera.

—Claro, es un barco... ¿No habías subido nunca a una embarcación?

—En una chalana, hace tiempo, y en la balsa, pero no es lo mismo —replicó desatenta.

Se hizo una pausa. La lluvia parecía amainar.

—De manera que estamos rodeados de agua, solos... —murmuró, impresionada—. Yo no podré dormir boyando en el río...

—Se duerme mejor, más blandito —contestó el capitán, acariciándola.

—¿Y hay cinco hombres más en el barco?

—Cinco.

—¿Dormidos?

—Tenemos que madrugar mañana, para rumbear al norte.

—Cinco y vos seis... —dijo la quitandera—. Sobre el agua, rodeados de agua... Me da miedo...

—Cayate, y dame un beso.

Y, seguida a la palabra, la acción. Y el rechinar de un elástico, protestando el peso de los cuerpos, y la madera frágil del tabique crujiendo, y el golpe de un codazo en la cabecera y palabras entrecortadas por suspiros ahogados.

La quitandera no podía sacarse la idea de los otros hombres, acostados tabique por medio, roncando, tosiendo. Los tenía tan presentes que le era imposible atender como debiera al capitán. Aquellos cinco hombres, ¿cómo eran? ¿Altos, bajos, negros, blancos? ¿Estarían dormidos o escucharían las palabras de amor del capitán? Aprovechó un instante de tranquilidad para llamarle la atención:

—A ver. ¡Parece que uno tosió!

—Dejá quietos a los otros. Dame la boca y cayate. ¡Están dormidos!

Se hizo una larga pausa. La lluvia había cesado. El más leve murmullo podía ser oído en el silencio nocturno.

Los tripulantes no dormían. Los tres desvelados se guardaban muy bien de dar señales de vida, evitando así que la escena se desarrollase.

El capitán manipuló en el farol que pendía del techo. Lo dejó con la mecha baja, poniendo la cabina en una media luz que disminuía poco a poco.

La quitandera fijó sus ojos en la lumbre, hasta contar las tres últimas llamas. Cuando se hizo la oscuridad completa, abrazó al capitán, sin poder desprenderse de la idea obsesionante. Estaba ella sola, sobre las aguas, con seis hombres. Se había acostado con seis hombres a un tiempo, pues oía roncar a uno, toser a otro, darse vuelta a un tercero, y sentíase clavada en el duro lecho por el vigor del capitán. Vigor de los seis hombres, sobre las aguas, bajo la lluvia... Olía a los seis hombres, a las seis bocas envenenadas de tabaco. Olía la boca del capitán. Su pesado cuerpo caía sobre el de la quitandera, ahogándola. En vano, con los puños cerrados, intentó una y otra vez separar aquel cuerpo del suyo.

—¿Qué te pasa? —la increpó con violencia el capitán.

—Nada, que me apreta demasiau...

—¡Bueno, cayate ahora, porque si no te meto el puño en la jeta!

Crujía el elástico, se arqueaba el tabique donde se apoyaba la cabecera del camastro.

La farsa terminó estrepitosamente. —¡Y aura mandate mudar, basura! Hizo temblar los tabiques el insulto, acompañando al puntapié que propinó el capitán a la infeliz quitandera. Los tres tripulantes desvelados levantaron simultáneamente la cabeza. Se oyeron los pasos de la mujer por la cubierta. —¡Canalla, malparido!

No había traspuesto aún el planchón de madera, cuando los tres tripulantes insomnes, descalzos y en paños menores, se agolparon sobre la quitandera. Un paso en falso y el más audaz caía sobre la mujer en una charca barrosa. Disputándose la presa, los tres hombres anduvieron un trecho, como tres hormigas con un pedazo considerable de azúcar. La mujer era una carga ya sobre el hombro de uno, ya entre los brazos del otro, ya entre las piernas del tercero.

Se defendía como podía, lanzando puñetazos en el vacío o certeros golpes por las

espaldas. Mordía, furiosa, gritaba; cuando dejaba de morder, arañaba con furia.

—¡Los ha mandau el canaya! —alcanzó a decir en un momento.

—¡Te juro que no! —aseguró uno de ellos, empeñado en besarle la boca.

Aquel juramento la tranquilizó, dejando hacer. Cayó en una barranca pedregosa, sin oponer resistencia.

—¡Dejala por mi cuenta! —pidió el del juramento—. ¡Dejala conmigo primero!

Para dar una muestra de acatamiento, la cuarterona, que había demostrado una fuerza poco común, dio dos manotones a uno y otro de los tripulantes, reservando para el que había jurado un abrazo significativo.

—¡Qué brutos, qué bestias! ¡Los parta un rayo! —blasfemó la mujer.

—¡Descansá, vieja, descansá! —le insinuó el elegido.

Éste era un mulato retacón, barbilampiño, de largos cabellos y voz afeminada.

—¡Así se le hunda el barco al miserable! —dijo, respirando fuerte, la mujer—. ¡Me ha dau una patada que casi me tumba!

—¡Pobrecita! —agregó uno de ellos.

—Todos son unos lobos y están combinados para esto —aseguró la infeliz.

—No, viejita —dijo el mulato, con su vocecita aniñada—. Nosotros oímos la pelea con el capitán y te queremos defender.

—¡Yo sabía que estaban atrás ustedes, y tenía miedo! ¡La primera vez me dejé hacer, pero después!... —y cortó su explicación uno de los apartados, ansioso de ver terminadas las explicaciones:

—¡Bueno, metele con ése! ¡Dispués venimos nosotros!

Y se alejaron un tanto, atrás del barranco. En cuclillas, frotándose los brazos desnudos, en donde los mosquitos comenzaban a picar, esperaron su turno los dos hombres. Se oía el oleaje golpear en el casco del barco.

La quitandera recibió a los tres, de cara al cielo, de espaldas al suelo pedregoso. Amanecía cuando la dejaron en camino del carretón. Las aguas del río reflejaban el tinte rosado de la aurora. Sorteando piedras, cruzando barrancos, alzando teros, que revoloteaban encima de su cabeza, iba despertando el campo, desfalleciente, embarrada de pies a cabeza, con los cabellos sueltos al aire del amanecer. De sus caderas amplias y voluminosas caían terrones de barro que habían quedado adheridos a la ropa.

Llegada al carretón, tomó cuatro mates y se tumbó en un cojinillo. Dormía profundamente cuando por el río, aguas arriba, iba navegando el barco con los seis tripulantes.

El sol le bañaba el rostro, el aire le agitaba los cabellos y le alzaba las faldas. Algunas hierbas secas se le habían metido entre los senos. Un perro, a pocos pasos, la miraba con el hocico alargado, con el olfato atento. Y, altas, las voluntariosas caderas de la cuarterona parecían desafiar a otros hombres desde el sueño en que estaban guarecidas.

IX

«Correntino» era un paria sobre quien pesaba el apodo de «Marica». Paria de un pobre lugar de la tierra, donde había una mujer por cada cinco hombres.

Chucaro —así lo calificaba la gente del lugar— rehuía al trato y a la conversación, como si huyese de un contagio. No lo vieron jamás a solas con una mujer, ni menos aun rumbear para los ranchos en la alta noche... Correntino no les había visto ni las uñas a las chinas del pago. Cada una de aquéllas tenía dueño o pertenecía a dos o tres hombres a la vez... Los sábados se las turnaban, siempre que alguno no estuviese borracho y alterase el orden, antojándosele ir al maizal. De noche se oían silbidos convencionales de algún inquieto que esperaba turno.

Como todo se hacía a ojos cerrados, en las noches oscuras, a Pancha o Juana —o a cualquiera otra del lugar— se le presentaba difícil distinguir bien al sujeto. A lo sumo podían individualizarlos por el mostacho u otro atributo masculino. A veces sabían quién las amaba por alguna prenda personal abandonada entre el maizal quebrado.

Cuando en la pulpería se hablaba de aventuras de chinas y de asaltos de ranchos, Correntino, ruborizado, enmudecía.

En los bailes, conversaba con las viejas. Se ofrecía para cebar mate, y así pasaba las noches enteras, hasta al amanecer, indiferente a todas. Sonreía al contemplar las parejas que volvían a la «sala» después de un buen rato de ausencia... En los cabellos de las chinas las semillas de sorgo o las babas del diablo hablaban a las claras del idilio gozado...

Cuando lo veían ensimismado, las viejas interrogaban:

—¿No te gustan las paicas, Corriente?

—¿Pa qué, si todas andan ayuntadas?...

Entonces, algún viejo dañino sonreía con la comadre, agregando:

—Es medio marica el pobre, ¿sabe?

Correntino estaba acostumbrado a aquella clase de bromas. Apenas si se atrevía a cambiar para evitar que siguiesen molestándolo.

—Dicen que muenta una yegüita pica —maliciosamente remataba la broma un malpensado.

—Y pué ser nomás —respondía la vieja—. ¡Conozco cristianos más chanchos tuavía!

Correntino tenía tal fama de «marica», que a muchas leguas a la redonda no había quien ignorase la historia del muchacho. En los días de carreras, Correntino era el motivo de las conversaciones intencionadas.

Una tarde, al entrar el sol, cruzó por el callejón, con rumbo al Paso de las Perdices, un carretón techado con chapas de cinc. Lo arrastraba una yunta de bueyes. Al anochecer concluían sus dueños de instalarse en el Paso. Levantaron un campamento en forma.

Al día siguiente, los merodeadores y la policía concurren a averiguar quiénes eran y qué lo que se les ofrecía por aquellos lugares. Los estancieros temían que fuese una tribu de gitanos. El comisario, sin apearse de su caballo, hizo el interrogatorio. Cuando vio asomada a la ventanilla de la carreta la cara sonriente de una china de cabellos trenzados, se apeó y, al cabo de unos minutos, se había prendido a la bombilla «como un ternero mamón».

En la carreta viajaban cuatro mujeres, una criatura como de trece años y una vieja correntina, conversadora y amable, con aire de bruja y de hechicera.

La criatura, a quien llamaban «gurí», uncía los bueyes y dirigía la marcha. Era un adolescente tuerto y picado de viruela, haraposo y miserable. Las mujeres maduras, avejentadas, pasaban por hijas de la vieja. Ésta, una setentona correntina, de baja estatura, ágil y cumplida.

En su mocedad se llamaba La Ñata, ahora misia Pancha o la González...

—¿Andan solas? —preguntó el comisario, con los ojos puestos en la más joven.

—Voy pa la casa'e mi marido, cerca'e la pulpería de don Cándido. Si me da permiso vamo a dar descanso a los güeyes...

Al poco rato el comisario hablaba a solas con la menor, mientras la celestina y las otras mujeres espiaban los movimientos por una rendija de la carpa que instalaban.

La vieja pudo convencer al comisario, mediante la entrega gratuita de la muchacha.

Poco a poco fue atrayendo gente para el fogón, a pesar de la protesta del pulpero. Bastó que la Mandamás concudiese el primer domingo a unas carreras que se organizaron en la pulpería, para que todos se congregasen en el flamante campamento.

—Dispués vengan pa mi carpa. Hay de todo en la carreta, menos ladrones como en el boliche... La vieja González es gaucha y los comprende...

La clientela aumentó. El comisario había hecho «campamento aparte» y mantenía el orden con su presencia. De cuando en cuando alguno se apartaba y subía acompañado a la carreta. Al rato otra pareja, sucediéndose sin contratiempos, salvo una pequeña discusión sobre el precio, que provocó uno de los concurrentes desconformes. La Mandamás calmó al descontento.

—Pero, amigaso, si la Flora le ha aguantau mucho rato —argumentaba la vieja—. Déle un pesito más.

Al clarear el día el comisario subió a la carreta con la menor. La Mandamás dormitaba, apoyando la cabeza en la llanta de una de las ruedas. Un cojinillo le servía de almohada. En la carpa, las otras mujeres intentaban descansar. Gurí repunteaba los bueyes para conducirlos a la aguada.

El sol barría el sucio escenario de los fogones. El caballo del comisario, ensillado y sin freno, se alejaba pastando.

Eran las cuatro de la tarde cuando pasó el comisario seguido de Correntino en dirección a la aguada. La Mandamás, con una de las ambulantes, lavaba unas ropas

en la orilla del río. Cuando vieron venir al comisario con un desconocido, la González se puso de pie y forzó una gran reverencia. Guiñando el ojo, le preguntó cómo había pasado la noche, y quién era el «muchacho lindo» que lo acompañaba. Como Correntino continuó el camino, introduciéndose en el monte, el comisario pudo decirle que se trataba de un «marica».

—Llévelo a la carpa, comesario; yo sé desembrujar maricas... ¡Si habré lidiau con cristianos ansina! —dijo la vieja—. Repúntelo p'al campamento esta noche y verá si no le quito las mañas, comesario. ¡Mi dijunto marido tenía ese vicio!

Por la noche cayó el comisario con Correntino. Ya había gente encerrada en la carreta. Un «tape» que venía todas las noches, proporcionando pingües entradas.

El representante de la justicia hizo fogón aparte. La china más bonita —una cosa del comisario, «escriturada pa'el», como decía la peonada del pago— cuando lo vio apearse corrió a su lado.

—Linda china, ¿verdá, Correntino? —le sopló al oído el asistente del comisario.

Correntino no se atrevió a hablar. Con la cabeza descubierta, lucía su lacio cabello renegrido. Los ojos le brillaban. En cuclillas, emergían los fornidos hombros.

La vieja celestina, lo miraba largamente forcejeando en la memoria. Le preguntó con un dejo de cariño en la voz amiga:

—¿De ánde es el hombre? ¿Se pué saber?...

—De Curuzú-Cuatiá.

—¿Conoce los Sanches de la picada?

—¿Los de la picada del Diablo? Seguro; si ahí m'criau. En el puesto de los Sanches...

La vieja no dijo una palabra más. Y a era suficiente... «Marica» y de Curuzú-Cuatiá... Y se dijo para sí...

—Igualito al finao, igualito...

Las parejas seguían haciéndose regularmente y subiendo y bajando de la carreta con idéntica regularidad. Como la casa-vehículo distaba un trecho del fogón, en el pastizal seco y espeso bien pronto se hizo un caminito recto. La luz del fogón alcanzaba a alumbrar la mitad del tránsito.

De cuando en cuando, una risotada recibía a la pareja que tornaba al fogón... La vieja, el comisario, la querida de éste y Correntino seguían con solapados ojos el movimiento.

A tres metros del fogón del comisario, Gurí, tirado en el pasto, con las piernas caídas en una zanja, tenía los ojos brillantes y fijos en el grupo mayor. Ansioso, parecía asomar la cabeza y esconder el cuerpo. El mentón, apoyado en el borde de la zanja. El tórax y la punta de los pies, eran los puntos de apoyo del puente de carne que arqueaba su cuerpo. Y debajo de aquel arco doloroso, las manos...

En aquella posición permanecía las noches de fiesta del campamento, hasta que rodaba al fondo de la zanja, para quedarse dormido como un tronco, boca arriba, con las manos en cruz sobre el pecho hasta el primer albor...

La celestina pasaba de una mano a la otra piedritas blancas. Cada una de las que aparecían en su mano izquierda representaba una cierta cantidad de dinero que, como administradora, debía reclamar a sus pupilas. Así no perdía la cuenta y ninguna de las ambulantes podía salir con más dinero del que les correspondía. Por distraída que aparentase estar, la González no descuidaba el negocio. Por cada pareja, tenía una piedrita blanca en su mano izquierda.

De pronto, la celestina llamó a una de las mujeres que estaba sin compañero.

—Petronila, vení p' acá; acercate, canejo. Parecés chucara...

Petronila se echó al lado de Correntino.

—¿Por qué no se acerca al fogón grande? —preguntó la mujer.

—Y... pa no despreciar a la señora —contestó indicando a la celestina con un movimiento de cabeza.

La mujer echó para atrás sus cabellos, voluptuosamente, guiñando un ojo a Correntino.

El empolvado pescuezo comenzaba el desnudo. Dejó correr su mano habilísima hasta muy cerca de las piernas del hombre y comenzó a arañarle las ropas, como si jugase con él. Al cabo de unos minutos, Correntino se arrastró por el pasto, alejándose un poco. Sonriente y temeroso, mirando la boca de Petronila, ardía en deseos.

La vieja saboreaba la conquista, como si aquello representase mucho dinero. El comisario se hacía el ciego, acariciando el mate mientras chupaba.

Cuando la mujer pudo acercar sus labios a los de Correntino, fue para no despegarlos más. Se abrazaron de pronto. Revolcáronse en el pasto, hasta que uno del grupo mayor —que abrochándose el chaleco, regresaba de la carreta—, exclamó:

—¡Correntino revolcándose! ¡Si parecen brujerías! ¡Juá! ¡Juá! ¡Había sido picante la Petronila!

—¡Pa mí que le han dau algún yuyo en el mate! —agregó otro.

Correntino, mareado, no veía nada. La mujer, al sentir la risotada, largó su presa y se puso de pie. Miró el cielo tontamente. Las estrellas iban poco a poco borrándose. Se oía a lo lejos arrear animales. Amanecía. El campamento quedó desierto. Cuando todos se fueron para el caserío, Correntino subió a la carreta, esperando allí a Petronila, que hablaba casi en secreto con la vieja.

—Le levantás la camisa... ¡Debe de tener en el lomo unas cicatrices machazas!

Petronila, cuando subió, halló a Correntino arrodillado en el piso de la carreta. La aguardaba. Gateó hasta él.

La luz de la alborada entraba por las rendijas de la carreta. En las paredes, un espejo de marco de tosca madera con una cinta colorada; un cuerito de venado y otro de zorro, estirados hasta ocultar unas tablas roídas por el tiempo; el piso, cubierto en un extremo por un colchón de lana revuelta y apelotonada; del techo pendía una lámpara de kerosene que jamás ponían en uso. Enredados en un montón de crin, dos peines desdentados terminaban la decoración.

Cuando Petronila trepó a la carreta, la inquietud de Correntino se manifestó en una pregunta:

—¿Se jué el comesario, m'hija?

—Se jué pa las casas; no güelva hasta la noche.

—Y la indiada, ¿se jué?

—No queda ni un ánima; acostate, acostate...

Petronila de un tirón se desprendió los broches del corpiño. Con los senos al aire, flácidos y estrujados, se puso a peinar sus cabellos. Correntino la miraba con respeto, inmóvil. Ella se tiró lentamente en el colchón.

Las maderas del piso crujieron. Por la entreabierta ventanilla de cuero entraba el frescor de la mañana.

—Primero cerrá bien, Petronila, ¿querés?

La mujer, ante la desconfianza de Correntino, irguiéndose, juntó el cuero al marco de la ventana. La celestina, escondida abajo de la carreta seguía los movimientos de la pareja. Al hacerse el silencio, escurrió su menguado cuerpo entre los arcos y enseres, para colocarse estratégicamente. Cuando creyó que la pareja estaba entregada al acto vivo y bestial, asomó su cabeza encanecida. La luz que se colaba ayudó a la vieja en su afán de identificación. Al principio la escena le resultó confusa, mas luego fue dominándola. Encima de Petronila, Correntino parecía un monstruo aferrado al piso. La mujer le levantaba la camisa y acariciaba con las manos las espaldas.

La vieja alcanzó a ver las dos cicatrices, anchas y profundas, huellas de dos troncos de ñandubay caídos sobre aquellas espaldas cuando Correntino era niño. Escondiendo la cabeza, la González murmuró:

—¡Es m'hijo!... ¡Marica como el padre!

Y, llevándose a la boca unas hojas verdes que arrancó del pasto, se alejó murmurando por lo bajo.

Desde entonces, Correntino fue de los más asiduos concurrentes a la carreta. Petronila tenía orden de no cobrarle. La vieja quitandera se vanagloriaba de haber desembrujado al «marica». Correntino, desde entonces, resultó un hombre en toda la extensión de la palabra. En el Paso de las Perdices él y el comisario eran los únicos que se quedaban a dormir acompañados.

Correntino fue poco a poco oyendo con gusto los cuentos de aventuras y terciando en las conversaciones. Lo respetaban, como se suele respetar a los aventajados y preferidos.

Pero llegó el hastío del comisario, junto con la protesta de los vecinos, que no podían tolerar por más tiempo a las quitanderas. Una noche el comisario dejó de concurrir al campamento. Al otro día, el asistente llegó con la orden de preparar la partida.

Aunque el asistente hizo la siesta con una de las quitanderas, por la noche comenzó la marcha. Correntino y Petronila se vieron por última vez.

—Yo voy a dir con vos pa l'otro lau, Petronila.

—No se puede, Correntino; en lo'e don Cándido me espera mi marido...

—Y quedate aquí; hacemos un rancho y vivimo junto.

—No se puede; él es muy celoso y te mataría...

Correntino no se animó a insistir. La carreta iba cayendo al paso. La noche era de luna. Gurí, desde su caballo, tocaba los bueyes con la picana, silbando un estilo criollo. La celestina, con un envoltorio en las manos, escuchaba el diálogo con tristeza. Las otras ambulantes, tiradas en el piso de la carreta, tomaban mate. Correntino, desde su caballo, estiró la mano para despedirse.

—Cuando podás ir por lo'e don Cándido, nos veremo —dijo Petronila al darle la mano.

Los ojos de la vieja se llenaron de lágrimas. Porque eran lágrimas de ojos secos y viejos, no se requería pañuelo para secarlas; las enjugaba el viento. En cuclillas, en el borde del piso del carretón, iba la vieja despidiéndose del lugar.

—Hasta la vista, Felipiyó —dijo la madre al estrecharle la mano.

Correntino oyó su nombre, pero le pareció aquello una alucinación, un sueño. No podía ser verdad que lo llamasen por su nombre. Nadie lo llamaba así desde hacía muchos años. Había perdido la costumbre de escucharlo.

El paso resignado y cachaciento de los bueyes daba la impresión de las almas gastadas, de los sexos maltratados.

La carreta repechaba. El agua en el paso seguía corriendo. La noche y la sel va recogían el ruido de la carreta, rechinantes sus ruedas reseca. El canto del muchacho entraba en el silencio de la medianoche. Las quitanderas contaban con una jornada más en sus vidas errantes. Habían pasado por el «pago» del Paso de las Perdices como pasarían, si el hambre lo exigía, por todos los «pagos» de la tierra. Conformando a los hombres y sacándoles sus ahorros; mitigando dolores, aplacando la sed de los campos sin mujeres. Ahora, en la alta noche, el trajín y el tedio de la sensualidad las haría dormir.

Correntino, de regreso, enderezó su caballo hacia la pulpería. Tenía la boca seca y los ojos mojados.

Bebió para refrescar el pecho y secar las lágrimas. Después, borracho, se puso a llorar sobre el mostrador. De allí lo echaron y siguió llorando junto a la tranquera.

Durante una semana no le vieron hacer otra cosa más que llorar como un niño. Borracho o fresco, lloraba siempre.

Y era tan de «marica» eso de llorar «por una hembra», que a los pocos días de la desaparición de las quitanderas Correntino recuperó el apodo de «marica».

Hasta que un día, unos forajidos, para quitarle las mañas, le dieron una paliza en medio del campo. Y, a consecuencia de los golpes, una madrugada lo hallaron muerto en el Paso de las Perdices.

El viejo carretón de las quitanderas siguió andando por los campos secos de caricias, prodigando amor y enseñando a amar.

X

Gruñían ásperamente en el chiquero diez cerdos negros. Pasada la tormenta, los animales, famélicos, hozaban el barro, rezongando en pesado andar de un lado para otro. El cerco de piedra que limitaba el encierro oponíase a las bestias ansiosas de espacio. Llevaban dos semanas sin un solo bocado. Ya aparecían dos ejemplares maltrechos fuera de combate, luego de feroces peleas. En estado miserable, pero aún con fuerzas, quedaban cinco. El resto, tres hembras de tetas flacas, se hallaban echadas en una esquina. Gruñían lúgubres de la mañana a la noche. Se quejaban durante el temporal como si pidiesen al cielo lo que les estaban negando desde hacía tanto tiempo. Con los hocicos rojos de sangre levantaban barro, absorbían el agua densa de aquel pantano pavoroso. Husmeaban en las piedras, miraban el cielo.

Nadie se acercaba al chiquero. No lo permitía Chiquiño desde hacía tres semanas. En la alta noche se oía el lamento de los cerdos. A veces no se podía dormir, la mujer de Chiquiño, sufriendo a la par que las bestias y reclamando en vano, las razones de aquel suplicio.

Chiquiño no respondía. Taciturno, ambulaba, seguido de su perro, un mastín barroso que iba recogiendo la cólera que al andar dejaba caer su dueño.

El rancho aparecía envuelto en una atmósfera asfixiante. Nadie aguantaba allí más de una hora. Chiquiño salía al campo, iba al boliche y volvía siempre cabizbajo, enmudecido. Se arrimaba al chiquero, distante unos cien metros del rancho, y volvía maldiciendo. Su fuente de recursos era precisamente la cría de porcinos. Los vendía muy bien y antes cuidaba de aquella piara con atención y recelo. Temía que le robasen, y más de una noche su mujer lo sorprendió con el revólver en la mano.

Una vez había oído el rezongo de los chanchos. Descubrió que su mujer andaba por el chiquero. Por el camino un jinete se alejaba al trotecito. Buen conocedor, no le fue difícil descubrir al alazán de un vecino, Pedro Alfaro. Si no era éste quien acababa de verse con su mujer, era alguien que había utilizado aquel animal. Desde esa noche no le dio sosiego a su sombra.

A la mañana siguiente anduvo por la pulpería preguntando por Alfaro.

—¿Tiene siempre el alazán marca cruz?

—Hoy se habló de que lo vendía a Fagundes —respondió el interpelado.

A Chiquiño le bastó. Volvió a su rancho y le aplicó una soberana paliza a su mujer. No le dio explicaciones ni recriminó la acción. Ella creyó que estaba borracho y se dejó azotar.

Chiquiño esperó tres semanas. Y Alfaro no pasaba por el camino. Una noche, sábado de borrachera, encontró a su enemigo en la carpa de unas quitanderas. En la francachela y la jarana, Chiquiño aparecía más bien sereno. Acarició a las dos mujeres que venían en la carreta y al enemigo le dio toda clase de seguridades:

—¡Las mujeres son pa todos, canejo!... ¡Tuitas debían ser como éstas!... —decía para que Alfaro no sospechara.

Mirando la carreta, Chiquiño retrocedió a sus días lejanos. Bajo la carreta había tenido el primer encuentro con la quitandera Leopoldina, allá por las inmediaciones de «La Lechuza». Aquel vehículo le recordó su mocedad y le hizo crecer el impulso de la venganza. Mirándola de reojo evocó su pasado. Había en sus ojos un algo misterioso que atrajo a su lado a una de las carperas. Se le acercó con zalamerías, preguntándole cosas sin importancia. Con ella cayó a la carpa, donde conversó en voz baja. Entre las miradas corría una ráfaga helada. Pedro Alfaro, con la cabeza baja, articulaba una que otra palabra, receloso e intranquilo. Nadie sabía por qué no se animaba el diálogo. En vano las quitanderas intentaban bromas y chanzas. Tanto Chiquiño como Alfaro y dos troperos que habían caído a la rueda, se iban sintiendo incapaces de separarse del extraño círculo. Rondaba por allí un huésped desconocido. Los hombres de campo presienten los crímenes, como los animales las tormentas. Bebían para separar aquella idea de su mente. Les roía un presentimiento de reyerta, un anuncio de armas blancas.

El alcohol por momentos parecía acercarlos. Pero era una falsa escaramuza. Alfaro le pasó la botella a Chiquiño.

Bebieron al fin amistosamente y, cuando amanecía, al tranco iban juntos cruzando un potrero.

—No la tengo más a la Leopoldina... La muy rastrera se jué con el sargento... — dijo Chiquiño al enfrentar su rancho.

Pedro Alfaro pensó que no sospechaba de él. Confiado, le tendió la mano para despedirse. Y, en lugar de un saludo, le asestó la puñalada que tumbó a Alfaro del caballo. Los animales no se asustaron. Chiquiño, con un tajo de oreja a oreja, separó del cuerpo la cabeza de su enemigo.

En el barro fresco, a pocos pasos de su rancho, quedó tendido el cuerpo de Alfaro.

Sostuvo su pingo por las riendas, lo ató al alambrado y volvió sobre su presa. El caballo del muerto se alejó, espantado, pisándose las riendas.

No titubeó. Cargó con el cuerpo sobre las espaldas. Ya había aparecido su perro barroso, que lamía la sangre derramada como si le hubiesen enseñado a borrar las huellas. Lo seguía, lamiendo las gotas de sangre sobre el pasto húmedo.

Anduvo hasta el chiquero. Los chanchos gruñían. Iban de un lado a otro, alzando barro. La aurora daba un tinte rosado al redondel pantanoso donde se debatían los animales hambrientos.

Volcó el cadáver en el chiquero. El cuerpo, al caer, hizo un ruido como de pellejo a medio llenar. Se abalanzaron las bestias sobre los despojos de Alfaro. Gruñían, rezongaban, se peleaban a dentelladas, para ver quién aplicaba el mejor golpe de colmillo. En un segundo, andaban las piernas de Pedro Alfaro por un lado, los brazos por otro.

—¡Aprendé, miserable!

El sol iba saliendo. Un rayo rojo a ras de tierra doraba los campos. Ya tenían sombras el perro y la baja figura de Chiquiño. Unas sombras largas sobre la tierra

fresca, sobre los pastos verdecidos. Las dos sombras iban hacia el rancho, paso a paso. En el alambrado, con la cabeza gacha, la resignación pasiva de su caballo.

Chiquiño olvidó su pingo. Los chanchos gruñían demasiado para que se ocupase de otra cosa. Se sentía deshecho. Entró en el rancho y halló a su china dormida boca abajo, hundida en el sueño, como él en el crimen. Cerró el postigo, por donde entraba el sol. Y se volcó en el catre, como un fardo.

Bajo de su cama, el perro barroso se lamía las fauces, mirando hacia la puerta por donde entraba el fresco de la mañana.

XI

Cándido, el loco del Paso de las Piedras, suele salir al encuentro de los forasteros. Descamisado, sucio y en patas, responde invariablemente a todo aquel que le dirige la palabra:

—El Iau flaco, ¿sabe? El Iau flaco.

Muy pocos procuran explicarse las razones que mueven a hablar en forma incoherente a Cándido, el loco descamisado. Sólo les entretiene el hacerle tragar piedras redondas por una copa de «caxassa brasileira»... Se agacha, elige las piedras, se las echa a la boca una tras otra, hace unas muecas, pestañea y su garganta deja pasar, una por una, las piedras redondas... Sonríe después, comprendiendo que ha hecho una gracia, y reclama la prometida copa de caña.

Mientras la bebe —por lo general de un sorbo— se golpea con la otra mano la boca del estómago. Quince o veinte piedras recién llegan a afectar su estómago, y es cuando el loco cree que ha hecho una cosa seria.

Suelen preguntarle los viajeros:

—Che, Cándido, loco sucio; ¿está abierta la tranquera para ir a la balsa?... —O, muy frecuentemente—: ¿No sabés si andan por aquí las quitanderas?

El loco, que camina agachado, mirando el suelo, al parecer eligiendo piedras para su colección, responde:

—El Iau flaco, ¿sabe?...

Ésas son las únicas palabras desde hace mucho tiempo.

Cándido parece buscar algo.

—¿Qué perdiste, Cándido?

—¡El Iau flaco!, ¿sabe?

—Bueno, voy a preguntarle otra cosa: ¿Tienes hambre, Cándido?

—¡El Iau flaco, el Iau flaco!..., ¿sabe?

Si se lo observa, impresionan sus nublados ojos que más bien miran para adentro.

Pero aparece de pronto un nuevo personaje.

Se trata de un curioso holgazán conocido y apreciado por las quitanderas, mezcla de vagabundo y payador.

Lo llaman «el cuentero». Es un tipo apuesto, fuerte, bien formado. Usa melena. Tiene una voz firme y de timbre sonoro. Al momento de entrar en el rancho, se forma una rueda de curiosos que celebra las gracias del habilísimo sujeto. Narra anécdotas, cuenta historias, habla de aventuras picarescas y, entre sorbo y sorbo, entretiene a los parroquianos, sin que decaiga un solo momento la atención de los circunstantes. Jamás comete la indiscreción de hablar en primera persona —y atribuirse así alguno de los «casos»—. Mañoso y despierto vagabundo, vividor de sobrados recursos.

Aquel auditorio festeja los cuentos, porque no significa ningún orgullo para el que los dice. Ellos no podrían tolerar la manifiesta superioridad del cuentero.

Es grande el dominio suyo sobre el auditorio. Maneja los ocultos resortes de la

risa y la sorpresa, del espanto y de la duda. Sabe siempre a qué altura del cuento arrancará una carcajada y cuándo hará abrir la boca a sus oyentes.

Pero llega la noche y comienza a garuar.

En la vieja carpa de las quitanderas entró, casi al mismo tiempo que Cándido, un desconocido.

Es el recién llegado un tropero, de fina figura, moreno, nariz correctamente perfilada, ojos pequeños y recios, ademanes nerviosos, pero sin desperdicio, como si a cada movimiento de sus manos tirase certeras puñaladas a un enemigo invisible.

Su figura esbelta se destaca en el grupo. A la hora de la comida cesa de llover. En el fogón, «el cuentero» continúa sus historias de las últimas patriadas revolucionarias, como si estuviese pagado expresamente para entretener. Consiguió dominar a todos con sus chispeantes narraciones.

—¡Salí, loco'e porquería! —grita uno de los oyentes, dándole un recio empujón a Cándido.

Éste se limita a contestar:

—El lau flaco... el lau flaco..., ¿sabe?

—¡Qué flaco ni ocho cuartos! —grita nuevamente el hombre—. ¡Salí de aquí!...

La voz ronca del «cuentero» comienza la historia de «un caso'e ráirse»:

—Cuando el hombre dentro por la ventana, la vieja en camisa empezó a gritar...

El forastero no ha sonreído ni una sola vez. Una dura rigidez sostiene los músculos de su rostro. Su actitud es la nota discordante en el ambiente.

Cuando «el cuentero» termina su relato, uno de los oyentes sale afuera, arqueado por la risa. Junto con él, a mojarse con la lluvia torrencial, una bandada de carcajadas como pájaros en libertad.

Pero el forastero permanece mudo, serio, de pie, apoyado el codo en el pasador de madera de la ventana.

Y el recién llegado dice, entre dientes:

—Gracioso el mozo... ¿no? ¡Qué me dice!... ¡Gracioso!

Todos clavan la mirada en el intruso. Nadie pronuncia una sola palabra, por unos instantes, hasta que uno del grupo pide al «cuentero» la repetición de la historia picaresca «del chancho colorado»...

Se trata de un gracioso relato, muy conocido en el paraje, al cual «el cuentero» le da cierto aire novedoso enriqueciéndolo con cómicas alusiones al auditorio.

«El cuentero», sin acusar el impacto, termina el relato con un broche feliz que provoca ruidosa hilaridad.

La lluvia arrecia. Azota el vendaval. Tempestad o tormenta que traen hasta las casas a esos pájaros negros que al día siguiente, cuando el sol comienza a secar los campos inundados, desaparecen misteriosamente. Dejan impresión de mal augurio y no se los olvida jamás.

El forastero tiene apariencias de pájaro de tempestad. Al terminar una de las historias más exitosas, pregunta con sorna:

—Y, ¿quién era el comisario en ese tiempo?

El auditorio siente una ráfaga helada.

Las quitanderas, embebidas en el relato, despiertan ala realidad. El forastero aguafiestas se queda inmóvil. «El cuentero» levanta la cabeza con humildad y alza los ojos hasta la recia faz del que se expresa con burla «sobradora». No se atreve a responder. Sin duda alguna, se le ha presentado, por primera vez, el enemigo inevitable e ignorado del «cuentero».

Tiene sentido la frase del loco. Los pájaros negros de la tormenta están presentes.

«El cuentero» continúa su relato. Pero el éxito de sus narraciones no vuelve a repetirse. Sus palabras han perdido el mágico poder. Su voz no llega ya hasta los que lo escuchan. En aquel momento sus gracias parecen ridículas, desabrido su gesto y estúpida su intención de entretener. Se transmite la frialdad del forastero. De un zarpazo invisible, buscándole el lado flaco, el intruso ha arrancado el don singular al bufón campesino, ha desarmado su gracia.

«El cuentero» resuelve partir aquella misma noche.

Seguía cayendo la lluvia torrencialmente. Adormecía el ruido del agua en las chapas de cinc. El infeliz salió sin que lo advirtiesen. Y cuando el sueño envolvía el cuerpo sudoroso de las mujeres, a esas horas, intentó cruzar el Paso de las Piedras.

El río corre allí encajonado, y a las dos o tres horas de lluvia, es tan violenta la chorrada que un objeto pesado, para llegar al fondo, necesariamente debe correr a flor de agua un buen trecho, como si fuese un trozo de corcho.

La balsa no funciona entonces y hay que esperar la bajante.

En la otra orilla, el caserío que circunda el cuartel de infantería allí apostado, ha recibido siempre con buenos ojos la visita del hombre de los cuentos. La tropa sabe retribuir con prodigalidad al «cuentero».

Se larga en el torrente. Un agua negra, salpicada de relámpagos, marcha con árboles y animales. Más que una arteria de la tierra, parece un brazo de la noche. Al resplandor de los relámpagos surge blanco el caserío vecino. «El cuentero» sólo piensa en el halago de la gente que lo quiere y en alejarse del enemigo que le trajo la tormenta.

Al día siguiente, Cándido, los ojos fuera de las órbitas, con los brazos en alto, llega corriendo del Paso.

—¡El lau flaco, el lau flaco!... ¡Ayí, ayí!... —grita desaforado.

Con ambas manos señala un pasaje del monte a pocas cuadras del paso. Acompaña sus palabras con un torbellino de ademanes.

Para comprenderlo, tienen que seguirlo. Va adelante, guiando a las quitanderas.

En la punta de un tronco de ñandubay, partido por la impetuosidad de las aguas, se halla ensartado el cuerpo del «cuentero». Sus ropas, rasgadas, ofrecen al sol su carne fofa y amoratada.

El río ha vuelto a su cauce normal. Allá, a lo lejos, en la cuchilla, marcha el extraño que deshizo el sortilegio del «cuentero», al galope largo de su caballo. Su

poncho negro se agita con aletazos de pájaro que huye.

XII

Florita tenía los ojos orlados de rojo, inflamados de tanto llorar. Su respingada naricita encendida era lo que daba más lástima de aquella carucha inocentona.

Si suspiraba o le salía un ¡ay! lastimero, la fulminaban con una mirada que quería decir, invariablemente: «guacha mal enseñada». Si articulaba una palabra a destiempo, veía acercarse hasta su narices la mano velluda del marido de Casilda. Era él quien la había recogido, sal vándola de la peste, en un sórdido rancherío.

Pero al contemplarla, con trece años, carnes abundantes y el seno abultado, querían deshacerse de ella antes de que algún tunante la dejase encinta. Era difícil que alguien quisiera cargar con ella, pero sacarle partido a su juventud resultaba mucho más factible. Había que rehacerse de los gastos de la crianza...

Cuando el dueño de «Los Molles», don Caseros, le insinuó a la Mandamás de las quitanderas que «le agenciase un cachito sano», pensó en la Flora.

Don Caseros era un animal manso, mañoso y cachaciento. Sabía darse los gustos. Inofensivo y cobardón, no se exponía para ello, teniendo a su servicio una serie de vecinos miserables, a los cuales trataba con aire de señor feudal.

Florita estuvo tres días en capilla. La preparaban para don Caseros, convenciéndola de cuánto ganaría y de lo bondadoso que iba a ser con ella el estanciero, una vez satisfecho su capricho. El hombre había adelantado ya una buena suma de dinero, de manera que la compra de la criatura era un hecho.

La muchacha pasó tres noches sin pegar los ojos. Se había adueñado de su cuerpo un terror indescriptible. Aquel anuncio la tenía subyugada. Por momentos lloraba, por momentos se quedaba pensativa, calculando las perspectivas del encuentro. Don Caseros le infundía miedo, siempre tan silencioso y serio.

Un día lo había visto rondar por Saucedo. Fue en esa circunstancia en la cual averiguó si la Mandamás podía «agenciarle un golpecito»... Flora escuchó estas palabras:

—No me voy a fijar en pesos más o menos...

Y llegó la ansiada oportunidad.

—¡Es un cachito sin tocar!... —dijo la Mandamás—. ¡No le vi'a proporcionar una porquería!...

El hombre se hizo el incrédulo, alzando los hombros.

—¡No, don Caseros, y o no le vi'a dar gato por liebre!... ¡Se la garanto!... ¡Naidés le ha bajau el ala a la botija, por esta luz que me alumbrá!...

Florita lo vio alejarse con una sonrisa en los labios y tosiendo bajito.

El encuentro quedó combinado para un lunes por la noche. La carreta de las quitanderas quedaría sola y tranquila, para que don Caseros dispusiese de ella. Allí lo iba a esperar la «gurisa». Pero el hombre se adelantó y al atardecer apareció por el rancho de los protectores de la muchacha.

Cuchicheó con el matrimonio y pudo quedarse solo con la Flora, frente a frente.

Quería tantear el terreno, para evitar el fracaso.

Florita había estado llorando momentos antes. Al ser castigada por su protector se había «retobado» y fue más grande la tunda.

Al verse sola ante don Caseros, la chica no comprendía lo que iba a pasar. Temió que la llevasen para vivir en la estancia con aquel hombre.

Cuando quedaron solos, don Caseros, al verle el mate en las manos, le ordenó que lo dejase encima del lavatorio. Luego la cogió por las muñecas sin más decir, acercándola con cierto cuidado.

Florita lo miraba desde abajo, con la barbilla apoyada en el último botón del chaleco.

Temiendo que la muchacha opusiese resistencia, la tuvo entre sus brazos hasta dejarse caer en una silla.

—¿Venís conmigo? ¿Vamos a la carreta?

Como Florita no contestaba, repartió sus besos torpes entre la cabellera, las mejillas y el pescuezo. Pero su futura poseída no cambiaba lo más mínimo ante aquella irrupción de caricias y de besos.

A las repetidas preguntas de don Caseros, la «gurisa» respondía con un silencio vegetal y salvaje. Ni una sola palabra de contrariedad. Ni un solo gesto de aceptación. A veces sonreía u ocultaba la cara con vergüenza. En realidad, la chica comprendía que no era tan terrible como pensaba. Don Caseros le pareció menos cruel que su protector.

—Bueno —dijo repentinamente el hombre, como si terminase de esquila una oveja—. Bueno, andá nomás a cebar mate. Pero antes dame un beso en la boquita.

Cedió Florita maquinalmente. Cuando tuvo los ojos cerca de don Caseros, se le puso la piel de gallina. Pero, al sentir miedo y, al mismo tiempo, fuerzas para rechazarlo, el hombre la empujó hacia la puerta, obligándola a salir.

Don Caseros se puso de pie y se subió los pantalones, corriendo un ojal del cinto.

Dio unos pasos sin sentido. Levantó los ojos y detuvo la mirada en un retrato encajado en la luna de un espejo. Era el de una criatura de seis a nueve años, sonriente, de rulos cuidadosos, caídos, ocultando las orejas. En lo alto de la cabeza, un moño de seda exageradamente abierto.

Al topar con la fotografía, don Caseros se quedó pensativo y, rascándose atrás de la oreja con el índice estirado, bajó la vista.

Aquel encuentro, aquel descubrimiento, aquel sonreír de la criatura del retrato, lo perturbó. Era de mal agüero.

Por la noche, [no] resistió a la tentación de ir al carretón de las quitanderas.

No bien se apeó del caballo vio a la Mandamás. Se hallaba sola, al pie del vehículo. Aprovechando la noche de calor, había dejado que las mozas se fuesen a retozar en el maizal del pulpero. Podían hacer una changuita lejos del carretón, y la

noche no estaba perdida para ellas. Apartó el cuero que cerraba el carretón, advirtiéndole a Florita la presencia de don Caseros.

Éste hizo sonar la fusta en sus botas, espantó los perros y se adelantó resueltamente.

Sin más decir subió al vehículo.

—¿Solita, querida?...

El hombre respiraba fuerte, como si hubiese hecho un gran esfuerzo para subir.

—Reciencito se jué la vieja...

Todas las palabras que siguieron salían enredadas en sus caricias. La tomó de las manos. Como la chica se las llevase, medrosa, a la proximidad de los senos, aprovechó aquel acercamiento para acariciárselos con la punta de los dedos. Sonaron sus uñas en el madrás de la bata ajustada.

A medida que avanzaba en la conquista, sus palabras se hacían más incoherentes:

—¿Te gusta, mocosa?

Creía haber empezado bien, pero por momentos le preocupaba su torpeza. Cierta vago temor le cerraba todos los caminos. Y no podía vencer su incertidumbre. Era su más difícil aventura.

Sintió correr el sudor por la frente, rodar gruesas gotas por su pecho velludo. El calor del cuerpo de la muchacha comenzó a invadirlo, a molestarle. Sin valor para tentar un cambio de posición, tomó los dedos de una mano de Florita e hizo jugar su pulgar en cada una de las uñas. Aquella sensación de aspereza lo distrajo un momento. Parecía hacerle olvidar el calor. Dejaba ir sus ojos por el pedazo de cielo estrellado, visible entre el cuero y el techo de la carreta. En mala postura, una de sus piernas comenzó a dormirse, pero no tenía valor para estirla. Florita entregaba sus manos dócilmente al manipuleo sin sentido, mientras fijaba sus ojos en el blanco pañuelo de seda que el hombre llevaba al cuello. Abstraída, oyó el tictac del reloj. Y entre la visión sedosa del pañuelo y el inocente tictac, le asaltó un sueño avasallador. No había pegado los ojos noches pasadas y la faena del día había sido ruda. Cabeceó una vez, pero se rehizo al oír el tic tac del reloj. Ya no distinguía el pañuelo de seda de don Caseros. Cabeceó dos, tres veces más y se quedó dormida, sintiendo las manos del hombre cerca de sus senos. Cayó dormida, como cae un pájaro muerto en el vuelo, sobre las zarzas de un matorral.

Don Caseros la dejó dormir. Era una solución el sueño de la «botija», en el embarazoso trance en el que se hallaba. Don Caseros ya no sabía dónde posar sus manos, qué hacer con la criatura dormida en sus brazos. No era el amante. Más bien parecía el padre de la muchacha.

Aguardó un rato; el tiempo, según sus cálculos, necesario para poseer a una virgen... Divagaba, pensaba en cosas lejanas, oía el tictac de su reloj. Y cuando lo creyó oportuno, tosió e hizo ruido.

La «gurisa» bostezó, estirando los brazos en un desperezamiento sin reparos.

A medio erguir, después de hurgar en el bolsillo, don Caseros extrajo unos

billetes:

—Tomá pa vos, gurisa. Cómprate un trajecito —le dijo en voz baja.

Se compuso las ropas al bajar y, sin más decir, silbó llamando a los perros que, hartos de la espera, merodeaban lejos de la carreta.

La Mandamás, que había permanecido atenta, apareció, solícita, frotándose las manos. Desde su caballo, don Caseros, atusándose el bigote, dejó caer esta sentencia:

—¡Linda la gurisa!... ¡Como güeso de espinaso, pelaíto pero sabroso!

Metió espuelas y, seguido de los perros, se tendió sobre el galope de su caballo.

—¡El diablo te arañe las espaldas! —roncó la Mandamás.

Y Florita, pura, virginal, durmió entre quitanderas un sueño limpio, que el alba acarició entre perros sarnosos y matas de miomío.

En el boliche se comentaba el arribo de las quitanderas. Piquirre, el panadero, entró emponchado, silencioso.

Piquirre era un paisano chiquirritín, de escasa barba rojiza, charlatán, pero de un mal genio constante. Para hacerlo enojar, no había nada tan eficaz como tirarle abrojos o rosetas en el poncho. Cuando no descubría quién era el atrevido, insultaba a todos en general. Una buena «rosiada». Pero, al momento, comenzaba a hacer excepciones.

—¡Se pueden ir a la mismísima!... —gritaba fuera de sí; aunque en seguida, arrepentido, comenzaba respetuoso—: Perdone, don Panta, usté no cái en la voltiada... Es p'al insolente... Ni tampoco usté, don Medina... ¡Perdone!...

Los restantes se echaban a reír a un tiempo.

—¡Quedamos sólo los dos! —dijo el autor de la broma—. Luciano y yo caímos en la voltiada... ¡La rosiada e'pa nosotros!...

—No, pa'vos, Luciano, no es... —Y haciendo una pausa, agregó—: ¡Será p'al insolente que no respeta estas barbas!...

—¡De choclo —se apresuró a responder el muchacho—; de choclo, estamos hasta la coroniya!...

Rieron todos a un tiempo. Piquirre tosió y se mandó al garguero una copa de caña.

—¿Tomás coraje pa' esta noche, Piquirre? —preguntó el bromista.

—Necesitando... —respondió altanero—. Yo soy del tiempo viejo.

—Dicen que la Mandamás de la carreta esa que apareció ayer, es medio caborteraza... —dijo Luciano.

—Asigún con quién... ¡Conocerá bien los güeyes con qui ara!... —agregó Piquirre.

—Pa mí que a vos te dará la vela, Piquirre —dijo el bromista.

—¿De qué vela me hablás?...

—¡Pucha que estás atrasau de noticias!... Andá esta noche a la carreta y verás lo que te pasa...

—Mirá, gurí..., a mí no me vas a enseñara lidiar con esa clase de chinas... ¡Hace

años que sé boliar, muchacho! Cuando vos no levantabas la pata pa miar, yo ya me tenía parau rodeo en más de un campamento...

—¡Oigalé!...

—Sí, así como lo oís... Yo conocí a la Mandamás más peluda, la finada Secundina, que era capaz de darte una cachetada si te pasabas con alguna de las chinas... Era pu'ayá por la frontera, donde no podés yegar vos, muchacho, porque te perdés...

—Sí, pero eso'e la vela no lo sabés...

—No sé, como no sea pa taparte la boca...

—Andá esta noche y verás...

—Yo ya estoy viejo pa'esas perrerías...

—No sabés —dijo entonces Luciano—, pues pa dir con una de las quitanderas tenés que pedirle un cabito'e vela a la Mandamás.

—Y, ¿paqué?...

—Vos comprás un cachito'e vela como de media pulgada, una rodajita'e porquería, y te arreglás con la que te guste...

—Y la velita, ¿qué juego hace?

—Parece que tenés que encenderla en la carreta, y mientras está encendida podés quedarte... En cuantito se apagó, tenés que bajarte... ¡Se acabó la junción!

—Pucha que había sido diabla la vieja, pa buscarle esa güelta a los cargosos... ¿Sabés qu'está bien pensada la cosa?... —argüyó Piquirre. Los abusadores han de poner las barbas en remojo...

—Y si no querés soltar larienda tan pronto, pagas más y te comprás un cacho'e vela más largo... —aconsejó el bromista.

—Está claro, pedís un pedazo'e vela de una pulgada y tenés pa rato... —agregó, ya dueño del caso, Piquirre. Y, largando una carcajada, terminó—: Te comprás una vela como pa'un santo y te la tenés a la china hasta mañana...

El ingenioso sistema no se aplicaba con todos. Era con los abusadores y, sobre todo, la Mandamás de aquella carreta lo ponía en práctica en días de fiesta, pues era difícil explicar a los borrachos que todas las concesiones tenían un límite.

Aquella carreta se singularizó por el original sistema. Durante mucho tiempo, a su Mandamás se la llamaba la del «cachito'e vela».

—¡La pucha que habrá sido grande la vela que compró don Caseros!... —exclamó Piquirre muy serio—. Pero no le acercó fuego el hombre, porque nada se vido desde las casas.

—Tamién vos, charlando y con alcagüeterías... —dijo Luciano—. Te dejás yegar por cuentos...

—¿Cuentos?... Si la gurisa se lo pasó yorando porque sabía lo que le esperaba...

—Mentís, Piquirre; la tenían engañada, lo sé —afirmó Luciano.

—Andá a creerle... La guachita esa se güel ve puro yanto cuando tiene que cumplir con los que la criaron...

—Estás defendiendo a don Caseros porque lo tenés de cliente...

—Es justicia, y nada más... No es cierto que le han entregau la gurisa obligada, como dicen las malas lenguas... La gurisa durmió en la carreta por su gusto... ¿sabes?... ¡Yo la vide dir, y naides puede decir otra cosa!

—¡Me vas a decir a mí, petiso barbudo; a mí me vas a venir con intrigas! —dijo Luciano insolentándose y fuera de sí—. ¡La obligaron!

—¿Y por qué vas a saber más que yo, mocoso'e m...! —contestó Piquirre, acercándose provocador.

—Porque sé calar a los indios fayutos como vos, que se venden por tortas fritas...

Ya estaba el rebenque de Piquirre en el aire. Pero Luciano, que iba graduando sus palabras al mismo tiempo que palpitando los movimientos del panadero, sacó la daga, y colocando su punta a una cuarta del abdomen de Piquirre, le gritó:

—¡Si bajás la mano te achuro!...

Se acercaron los circunstantes. Uno dijo:

—¡Haiga paz, compañeros!

Otro:

—¡A ver, esos bravos!

El bolichero:

—¡Si quieren pelearse, ajuera, canejo!

Luciano, serenado y queriendo quitarle importancia al asunto, lanzó una carcajada, al tiempo que decía:

—¡Que dan pocos barbudos tan reforzaus pal cagaso!... —dijo envainando su daga.

Y, ya fuera de la pulpería, rodeado de los concurrentes, que estaban casi todos de su parte, se animó a sentenciar:

—¡Esta noche, si la gurisa queda en la carreta, menudo cacho'e vela me compro! ... ¡Y van a ver quién es el hombre pa la Flora!

Florita no fue a la carreta. Luciano no necesitó recurrir al pedazo de vela. La Mandamás tropezó con la pareja. Se unieron entre pilas de cajones vacíos y latas de grasa, que había a espaldas de la pulpería. Se amaron bajo el cielo estrellado.

Pero se calló la boca. Luciano era un paisano decidido y valiente.

La noche se hizo templada. Aún no había salido la luna. Los grillos, metidos bajo los cajones, acompañaban a la pareja. Llenaban el silencio de Flora, mientras el de Luciano se encendía con el pucho de chala, que iba a la boca con la misma frecuencia que los labios de la enamorada. En los fondos del boliche, el idilio se cumplía entre trastos viejos. Más tarde, cuando salió la luna, de espaldas en el suelo, Florita pudo olvidar el tictac del reloj y el pañuelo de seda que don Caseros llevaba al cuello. Juntó su boca al pescuezo desnudo del varón, para apagar los ayes de gozo que le brotaban de la garganta.

XIII

Desde el primer día, la misteriosa carreta marchaba rezagada. Al pasar por el rancherío de Saucedo, un viejo que sabía mucho de yuyos y picanas comentó que no era porque sus bueyes barcinos fuesen pachorrientos. «Esa carreta anda como avergonzada —dijo—. Por algo será». Llevaban seis días de marcha hacia el oeste, con el sol de frente. Sol de invierno que en los atardeceres pasaba un hilván dorado, bajo los techos, con excepción de la última, cerrada con cueros negros. Las otras tres, en conserva, ayudándose los carreros mutuamente con gritos roncOS y clavos de silbidos tan agudos como los que lucían las picanas. La huella se estiraba pareja para las tres carretas y al caer la noche se hacía un ovillo en la falda de algún vallecito. Se libraban los yugos y la boyada seguía por el cañadón husmeando la aguada, mientras se calentaba el agua de los primeros mates.

Y recién entonces, cuando los fogones de las carretas punteras aleteaban entre las ruedas, Matabayo, el capataz de la tropa, detenía los barcinos y acampaba lejos como caudillo de la soledad. Fiel a la aventura, aprovechaba el clarín de la asonada, para probar suerte.

—¡Tanto cuidau, tantas partes!... —dijo uno de los carreros, el melenudo Eduardo, un poco mosqueado por el misterio—. ¡Y a lo mejor, lleva cuatro chuzas!

Se quitó el sombrero y como chuzas entraron en el pelo hirsuto, los cinco dedos, arqueados y nudosos.

—Pa mí que lleva pólvora —opinó el petiso Manolo, un tape de alpargatas bigotudas que viajaba impaciente por incorporarse a las tropas revolucionarias para calzar botas de potro que, según mentas, repartirían en la patriada.

—¡Pimienta, qué pólvora ni qué niño muerto! —volvió a cargar Eduardo—. ¡Pimienta y gracias! ¿Qué otra cosa pueden llevar?

—Vaya a saber... Pero es algo que no debemos ver —reflexionó el tape Manolo.

Matabayo no siempre se acercaba al fogón de los punteros. Y cuando dejaba su carreta, paraba rodeo a fin de que se hallasen presentes los cuatro hombres que le respondían. Venía a pie, abriéndose paso en la tiniebla con el pucho encendido y sin perros, porque los dejaba atados a la carreta.

En las primeras jomadas, el campamento distanciado fue motivo de intrigas. Matabayo tenía derecho a desuncir los bueyes donde le diese la gana.

—¿No se acerca, don Mata? —habíale preguntado el más entrado en años, Jerónimo, un fornido guerrillero con vago acento español.

Fue en la pulpería mientras llenaban sus maletas de faraña y fideos. Matabayo no halló malicia en la pregunta, por eso dio gustosas explicaciones:

—Me han pedido, ¿sabe?... que marche un poco separau. Cosas d'estos tiempos de revoluciones...

Y así terminó la cosa. Matabayo contestaba con modestia, como excusándose de permanecer al margen de la tropa. Pero no era por modestia. Lo hacía por temor de

que a un muchacho de veinte años, el rubio Carlitos, mozo inquieto, le diese por sospechar. La gente moza —decía— quiere enterarse de todo lo que no conviene...

En el fogón de la carreta misteriosa pocas veces se veían sombras humanas. Con Matacabayo iba Farías, un viejo de mal carácter, acreditado como sus propios perros. Dos figuras, dos sombras que en la noche rondaban la llama, aunque para Eduardo viajaba alguien de incógnito. Pero nadie se atrevía a acercarse. Carlitos seguía todos los movimientos del distante fogón. Hablaba poco, miraba mucho.

—Este rubio me v'arruinar el trabajo —se dijo Matacabayo. No despega los ojos del fogón.

Durante la marcha, Carlitos no podía ocuparse de la carreta solitaria. Al desatar las coyundas, en cambio, observaba. Una noche creyó ver alrededor del fuego las faldas de una mujer.

—¡Si serás esagerau! —protestó Manolo—. ¡Eso sí qu'es ver visiones!

—¿El viejo Farías anda de culero? —preguntó el interesado.

—De ánde, si no usa lazo desde hace años —aclaró el melenudo.

—Yo vi unas polleras. Miren que no me equivoco. Las piernas de un cristiano dejan pasar la luz —insistió el muchacho.

Los restantes se burlaron.

—Cosas de muchacho —sentenció Jerónimo—. Con la fama de Matacabayo, a su vera sólo se ven féminas.

A Manolo le empezó a arder la imaginación. Aprovechando la ausencia de Matacabayo, volvió con el tema de la carreta solitaria:

—Lleva como mil carabinas, y pólvora para hacer saltar el puente de Tacuabé —dijo semblanteando a Carlitos.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó el rubio.

—Lo soñé —contestó Manolo, sin perder el efecto que producían sus palabras.

—¡Andá a sanar! —gritó Eduardo mientras observaba a Carlitos, que en ese momento quería descubrir, a través de la cerrazón, la llama que parpadeaba a la distancia.

Y a la madrugada, cuando fue a recoger los bueyes, trató de arrimarlos a la carreta. Matacabayo se adelantó. Una mirada de lejos —mirada de perro alerta, de caballo asustado, de hombre receloso— bastó para detenerlo. La carreta, vigilada por el viejo Farías, era un puño apretado, como la zurda de Matacabayo, famosa por la fuerza, reposando sobre el mostrador del boliche.

Jerónimo, el petiso Manolo y Eduardo fueron testigos de la picardía. De manera que al ayudarlo a uncir los bueyes, Manolo le dijo en tono de consejo:

—Andá tranquilo. Es mejor no saber qué es lo que lleva... A ver si nos meten presos por tropear carabinas...

—Mira, por el ruido de los ejes, esa carreta no va cargada —apuntó Carlitos—. Y es eso lo que me tiene con sangre en el ojo.

—¿Y qué lleva, entonces? —volvió Manolo, picado de curiosidad.

—Algo muy livianito... Supongo... Pero muy livianito...

La intriga prendió en el ánimo de Manolo. ¿Y si llevase mujeres, como sospechaba el rubio, y Matabayo, egoísta, no les decía nada? Día tras día, Carlitos seguía escudriñando el horizonte, cuando la carreta casi se perdía de vista. La cabeza del muchacho giraba para atrás, como la de las lechuzas.

Esa noche, en la rueda del fogón, Jerónimo, mirando hacia la carreta distante, dijo fastidiado:

—¡Qué se habrá creído, Mata! ¿Que vamos a denunciarle la carga?

—Andará medio celoso —opinó Eduardo, apretando la bombilla entre los dientes.

—Lleva una mujer —afirmó el muchacho con rabia. La reacción en el ánimo de Jerónimo se hizo violenta:

—¡No pensás más que en pamplinas! —volvió sobre él, como reprimiéndolo—. Hay que dejar esas cosas a un lado cuando se va a pelear... ¡He dicho que lleva pólvora, y basta!...

Las palabras del guerrillero parecían avivar la llama. Pero él no quería pensar en mujeres.

—Aunque no me gusta esa desconfianza —dijo sin mucha convicción.

El petiso Manolo no pensaba en supuestas cargas de explosivos, ni le interesaba otra que la vecindad de una mujer.

—Queda mal cortarse así... —dijo—. Me parece feo...

—Por eso se corta, pues, pa que no se las descubran —se animó a insistir Carlitos—. Ese viejo zorro no ha perdido las mañas...

Para el guerrillero, era más afrentoso que le ocultasen la carga de pólvora. Le molestaba cualquier otra sospecha. No eran momentos para andar con mujeres por el campo. Tenían orden de viajar, a corta distancia y sin perderse de vista. Podían ser atacados.

—¡Si ese desvergonzado no sabe más que acariciar mujeres! —dijo Carlitos escupiendo con asco.

—Usted se calla, mi amigo, cuando opina la gente grande —dijo en voz baja Jerónimo.

—Eso de callarme... estamos por verlo. Yo digo lo que me parece. Y allí hay una mujer. Sí, señor, una mujer, y yo sé quién es y no me callo... Y si me da la gana...

Hizo un ademán de levantarse con toda la violencia de sus veinte años, dirigiendo su mano al arma que le calentaba los riñones.

Manolo le agarró la vaina. La hoja del cuchillo corrió un tanto.

—¡Había sido resuelto el mozo!... —dijo Jerónimo levantándose—. Así me gusta, pero no es para tanto. Si dice que lleva una mujer, usté sabrá...

Y se alejó hasta su carreta, poniendo fin al altercado.

La convicción de Carlitos llenó de fantasmas la noche de los carreros revolucionarios. Iban tirando sus cueros para echarse a dormir, cuando oyeron pasos. La perrada, que había reconocido al caminante, hacía un círculo amistoso a su

alrededor. Era Matabayo. Se acercaba a pedir tabaco, a pesar de que nunca le escaseaba. Pretexto suyo para hacerles una visita de sorpresa.

Resobando una chala, dio la orden:

—Mañana me dejan ir adelante, ¿eh? Tengo que campear unos fogones, que son las señales convenidas con nuestro hombre.

«Nuestro hombre» era la primera mención del jefe revolucionario para el que portaban la carga de las tres carretas y la supuesta pólvora o las armas de la carreta solitaria.

—Como le mande —contestó Jerónimo secamente.

Matabayo olfateó el altercado. La velada de sus secuaces carecía de la alegría habitual. Buscó los tres rostros. No pudo explorar el de Carlitos, oculto bajo el ala del chambergó. Y se alejó contando los pasos.

No había despuntado el alba, cuando se adelantó la carreta solitaria. Iba remolona, desperezándose. El farol todavía con lumbre bamboleaba entre los ejes. Para Carlitos no pasó inadvertido un detalle: en la jaula donde llevaban gallinas, tan sólo alardeaba un gallo bataraz.

—Ahí va gato encerrau —dijo Manolo con ánimo de provocar al muchacho—. ¿No te parece?

—¿Gato?... Sí, tenés razón, gato de los finos, de esos que comen gallinas... carnecita tierna —contestó lamiéndose los labios.

No era momento para pensar en mujeres. La escarcha cubría los pastos. La imaginación debía de estar aletargada. No obstante, Manolo los tranquilizó con una versión muy de tener en cuenta. En la carreta de Matabayo viajaba un señorón de la ciudad, un fugitivo. Y metió espuelas a su fantasía revolucionaria.

—Debe de ser maula el hombre pa ir así encerrau, sea quien sea —opinó ajustándose el poncho arrollado en el pescuezo—. Pa mí que vos sabés quién va escondido allí, y decís que es una paica p'ayudarlo a juir...

Sujetó su caballo. Se disponía a montar, y el pingo, de lomo duro, caracoleaba.

Carlitos, en respuesta a la sospecha del petiso, le hizo una confidencia.

Recostados a un buey manso que les daba calor mientras el sol luchaba por romper la escarcha, le contó que tenía una novia en el pueblo a la que no había podido ver antes de su partida, porque la madre quería entregársela a un caudillo revolucionario que le había prometido casamiento cuando ganase la partida.

El relato resultó inverosímil para Manolo. Increíblemente, no le dio ninguna importancia. Montó a caballo por todo comentario. Pero por la noche, calculando que era una de las últimas que le quedaban, pensó a su vez en una mujer, en la suya. Pensó en su suerte si perdía la batalla. Se lo dijo a Jerónimo y se lo contó a Eduardo, y los cuatro hombres no conciliaron el sueño como otras noches, preocupados con el destino de sus mujeres.

Matabayo participó en la vigilia porque esa última noche, mientras tajeaba un costillar con el humo del fogón que se interponía entre él y Carlitos, dijo secamente

con los ojos llenos de crepitantes brasas:

—Vos podrías quedarte en el Paso del Cementerio. Tu viejo me pidió que no te enrolase hasta no saber cómo andan las cosas.

—Eso dice él —contestó el muchacho—. Yo quiero pasar p'al otro lau...

—Conmigo, no... De manera que ya sabés... Si no te quedás en la Picada, cortate solo... Con mi tropa no pasás, se lo prometí a tu padre. Estás muy tierno pa estas patriadas y querés saber más de lo debido. En estos tiempos una sola palabra puede perdemos a todos...

Se hizo una pausa llena de crujidos de leña verde y gotas de salmuera en los tizones.

—Ta bien —dijo Carlitos, limpiando su cuchillo en la bota de potro. Dejó caer los cabellos sobre la cara. Se pasó la mano por la frente después, y despejó su rostro. Corajudamente expuesto a cualquier mirada que quisiese ver más de lo corriente, repitió desafiante:

—¡Ta bien, entendido! Yo me quedo en la Picada. Si entro en las filas, es por mi cuenta.

Matacabayo supo aguantar el reto. Se puso de pie y dio las buenas noches. Montó a caballo. En la noche sombría, ya en vecindad de policías y fuerzas armadas, sintió a sus espaldas la ira de Carlitos. Hasta su campamento lo seguían las desafiantes miradas.

El rebelde aguantó un día más de marcha. Hasta la Picada del Cementerio. No le arrancaron una sola palabra. Se lo veía fumar hasta quemarse los labios. Los bueyes sangraban sus golpes de picana. No perdía de vista a la carreta solitaria, distanciada a veces más de media legua.

Quedó en la Picada del Cementerio. No se despidió de nadie. Las carretas siguieron su marcha hacia el oeste. Matacabayo aseguró que a pocas leguas hallarían los primeros indicios.

Y así fue. Tres rastros perfectamente claros indicaban que el caudillo dominaba el pago. Cenizas, huesos calcinados y troncos en cruz, tal como estaba convenido. Matacabayo hizo andar su carreta adelante, con el viejo Farías, y se mostró amable, enterando a sus hombres de las huellas que iba descubriendo. Los fogones tenían leños en cruz y en todos los casos eran tres, como lo esperaba Matacabayo. Al parecer, las cosas marchaban bien.

Una noche quemó con sus ayudantes una damajuana de caña. El viejo Farías se mantenía alerta. Jerónimo ante la vecindad de las tropas revolucionarias olvidó el agravio de Matacabayo. Culpó al rubio Carlitas, que los tenía en jaque con la obsesión de las mujeres.

Por fin, los residuos de los fogones eran recientes. Matacabayo anunció la víspera del encuentro. Vieron frescas huellas de carretas —sin duda del parque revolucionario— y el rastro salpicado de las caballerías.

Carlitos no se había dejado ver en la Picada. No bien rumbearon las carretas,

cortó camino por las cuchillas y en unos cardales primero, y más tarde entre los marcos divisorios, tuvo fugaces encuentros con paisanos rebeldes de uno y otro bando, huidos de los rancheríos dispuestos a vivir a monte, a campo abierto. El gaucho perdido y el chucaro que se esconde; el que no quiere pelear por ninguna causa, pero capaz de hacerse matar por un sobrepuesto o cojinillo; el rebelde porque sí, el montaraz atento a la aventura. Por ellos supo que iban a ser derrotados los revolucionarios, y que la treta consistía en dejarlos entrar en el país para exterminarlos. Por el último rebelde que descubrió en un abra mirando el río, uno que lo creyó del gobierno y le apuntó con su revólver, supo más que por los restantes. El caudillo revolucionario, que días antes había cruzado la frontera, creíase seguro en su tierra. Esperaba víveres, pólvora y caballadas, y marchaba al encuentro de la tropa de carretas.

Carlitos sabía con toda certeza dónde se hallaban Matacabayo y los suyos. Los había seguido a la distancia con la misma ansiedad, creyendo ver en la carreta solitaria, asomada tristemente a la huella, a una mujer que bien podía ser su novia. A lo lejos, allá por las cuchillas, azuladas al atardecer, y entre los arreboles crepusculares, la carreta de Matacabayo aparecía magnificada. Alta presencia en la desolada inmensidad.

Luego, la noche se la escamoteaba, hasta que las primeras luces volvían a ofrecérsela trepando las sierras.

Y una tarde anubarrada, gris en el cielo y verde húmedo por los valles, se dibujó en el horizonte la caballería gubernista, batallón disciplinado empenachando los cerros. La caballada pareja, la línea de hombres recortada en el cielo, marchando en fila, indicaba a las claras que eran tropas del Gobierno. Seguían lentamente al encuentro de la noche que manaba de los cerros. El rubio enamorado echó pie a tierra bajo unos espinitos ardientes de intemperie. Ató su caballo y aguardó su suerte.

Aquella noche, Matacabayo, guarecido en la Picada Negra, también esperaba. Tres fogones con sendos troncos en cruz, marcaban el límite de su aventura. Allí debía esperar al jefe. Vendría a hacerse cargo del envío. La carreta solitaria, detenida en la vecindad del paso, se reflejaba en el agua mansa de un sangrador. Las otras tres a cinco cuadras al borde de la senda, juntas, como dispuestas a defenderse. Matacabayo había hecho fuego en uno de los fogones apagados. Los tres hombres a la expectativa, ante la inminencia de incorporarse a las filas rebeldes, respondían a las breves órdenes de Matacabayo.

—Cuestión de horas —dijo él—. Estos fogones son señales de su paso. ¡Está del otro lau!

Y sus secuaces escarbaban las sombras que se interponían entre ellos y la frontera. Unas horas más y se confundirían entre el valiente paisanaje y beberían a sus anchas y tendrían mujeres y ropa y lanzas.

La carreta reflejábese en el agua. Subían hasta ella los cantos de los grillos y el sigiloso perfume de las flores nocturnas. De vez en cuando la imagen se quebraba en mil pedazos y las ondas alargaban su techo y su picana y su pértigo ansioso. Un pez acababa de rayar el aire con un coletazo y las aguas festejaban la hazaña. El silencio salía del monte como un ser en libertad.

Pero a la medianoche la tierra despertó. El viejo Farías había oído el tropel que venía por la cuenca del arroyo. Levantó la vista hacia las carretas esperando el aviso. Y de ellas salió un grito de alerta. La voz de Matabayo que anunciaba la llegada del caudillo. Farías tenía orden de no moverse, y la cumplía.

El tropel aumentó. Debían arrear caballadas. Serían seguramente los revolucionarios que, después de haber traspasado la línea fronteriza, corrían al encuentro de las tropas de reserva... Pero...

Matabayo, de pie, iluminado por los últimos tizones, permanecía inmóvil. Tenía sobre el rostro tres miradas como hierro al rojo. Tres hombres, a los que no era fácil engañar. Tomó la palabra el guerrillero Jerónimo:

—¿Por qué vienen al galope?... Mata, ¿qué pasa?

Se puso de pie violentamente.

Un silencio de miedo juntó a los cuatro hombres. Resultaba inexplicable la carrera que retumbaba por los campos. No venían al encuentro, no; venían huyendo. Ellos lo sabían, pero no querían creerlo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Matabayo, sin más explicaciones.

Manolo, el melenudo e impresionante Eduardo, Jerónimo, el fogueado guerrillero... Sus cuatro pingos sacudían las colas, las orejas alertas al rumor que crecía como un río salido de madre. Uno de los caballos relinchó.

Matabayo montó el primero. Galopó hasta la carreta solitaria. Farías, con el reuma subido a las caderas, parado a la orilla del arroyo, contaba el tiempo para que llegasen los fugitivos.

—¡Vamos, viejo!... Montá, que se nos vienen encima —le gritó Matabayo.

Farías miró la carreta.

—No, don Mata; yo no l'abandono...

—¿Y qué vas'hacer?

—Nada, quedarme... Vaya, que ya están allí... por las zanjas...

El galope retumbaba en los montes. Matabayo torció las riendas y siguió a los tres nuevos fugitivos. La noche le golpeaba en las espaldas.

—¡Cobarde! —dijo el viejo Farías, y arrastró sus alpargatas miserables.

Los fugitivos cayeron al paso, ahogando su precipitado rumor en el agua tranquila. Sonaron los lonjazos. Una rodada, un grito, y los vasos de los caballos arañando las piedras, las coscojas rodando, el tintineo de los estribos y el choque de las inútiles carabinas...

Algunos divisaron las carretas, pero siguieron de largo, perdiendo las bajas. El pánico daba saltos en el agua en tres caballos que se ahogaban. Los jinetes, de a pie,

trepando despavoridos las barrancas. Uno de ellos se dirigió a Farías:

—¿De quién son? —preguntó el paisano guerrillero en desgracia, refiriéndose a las carretas.

—Creo que de Matabayo —contestó Farías.

—¡Ah, ah!... Llegaron tarde... El jefe cayó ayer. Lo mataron a traición... Nos vienen siguiendo... ¡Vamos!...

—¿Pa qué irse?

Un nuevo rumor de caballerías terminó con el fugaz encuentro. El desconocido buscó el monte, internándose en el pajonal.

Farías se acercó a la carreta. Apoyó su mano en el duro lapacho del pértigo como si tratase de despertar a un aparcerero. Una voz salió de la carreta.

—¿Qué pasa?... ¿Dónde se han ido? ¿Qué pasa, Dios mío?...

Farías caminó apoyándose en el pértigo. Por entre los cueros que cerraban la carreta se asomó una mujer:

—Parece que lo mataron... —dijo fríamente el viejo.

Ya se oía el tropel en la picada. El agua a borbollones y el choque de los sables, imponiéndose en la noche.

—¡Ahí están! —habló Farías y se recostó a una rueda esperando su suerte.

El piquete guerrero siguió la persecución. Se destacaron tres soldados hacia la carreta solitaria. Dieron la voz de alto al descubrir a Farías.

Un sargento bajó del caballo.

—¿Para dónde van?

—¿Yo?... P'al sur —respondió Farías.

—Las otras carretas, ¿son tuyas?

—No... Acamparon hace un rato... Yo no los conozco.

—¿Qué llevas adentro?

—Nada, ando vacío... Voy a cargar lana.

—¿De quién?

—De la pulpería de Floro.

Los milicos inspeccionaron la carreta.

—Una mujer, sargento —dijo uno.

—Sí, m'hija... —aclaró rápidamente Farías.

La muchacha tembló a la luz del fósforo que iluminaba por igual su rostro y la torva cara del soldado.

—Una gurisa... —continuó el milico. No podía ver a una mujer en el asombrado rostro de la adolescente porque venía encendido de pelea, pisándole los talones a los fugitivos. Si no, tal vez...

Y dejó caer el pesado cuero negro que cerraba la carreta.

—Vamos a revisar las otras —ordenó el sargento.

Ruido de sables, de cartucheras y carabinas. Piafar de pingos, coscojear de frenos. Un disparo a los lejos. Y relinchos salvajes.

El viejo Farías acarició la llanta de hierro. Acarició los rayos de la rueda, separó el barro adherido y suspiró hondo. Se fue desplomando, cayendo blandamente, hasta quedar sentado de espaldas a la rueda, olfateado por los perros.

Lejos, un tropel de carros y disparos de carabina cuyos ecos recorrían la cuenca del arroyo.

La prometida del caudillo asesinado, no se atrevía a asomarse. Temía tanto a la oscuridad de la carreta como a la noche sonora y espantable de los fugitivos. Podía sentirse libre, libre para siempre...

Plasta que no escuchó el canto de los pájaros del alba, cuando la «viudita» descubrió la luz, no supo valorar las últimas palabras de aquella noche: «Sí, es m'hija...». Y las del soldado: «Es una gurisa».

¡Qué bien sonaban en el amanecer, entre el canto de los pájaros reunidos en el monte!

A media legua del paso, acabaron con Matabayo. Lo alcanzó una bala cuando desaparecía tras de un cerro. Se desplomó del caballo, rodando por la pendiente. Y quedó trabado entre dos espinillos. Nadie buscó su cuerpo. Tal vez alguno lo vio y, después de ccharlo, se sacó el sombrero y siguió su camino. Los huesos de Matabayo sirvieron para abonar las hambrientas raíces de los dos arbolitos. Por varias primaveras, en muchas leguas a la redonda, no se vieron dos copas de oro más violento que las de aquellos espinillos favorecidos por la muerte.

XIV

Un lunes por la mañana el camino trajo a Chiquiño al Paso de Itapebí. Venía a pie y en mangas de camisa. Gastaba sufridas bombachas de brin oscuro, calzando alpargatas nuevas y medias encarnadas. Malcubría su menuda cabeza rapada un sombrero pueblero, polvoriento y sin forma razonable.

A cuatro pasos no se lo conocía. Había cambiado mucho en la cárcel. Estaba canoso, flaco y parecía aun más bajo de lo que era en realidad. Pero los ojos, eso sí, sus ojos celestes y vivaces, no habían cambiado. Eran los mismos ojos avizores. Su nariz pequeña, con delgadas aletas, parecía estar olfateando siempre, como la de los perros. Cruzó por el callejón camino de la estación de San Antonio. Iba a reclamar su caballo a un bolichero amigo suyo y a pedir permiso para instalarse en unos terrenos anegadizos.

De ellos dispone el almacenero más fuerte. Les da el terreno para que hagan su rancho y gasten en su despacho los pocos reales que puedan pescar por las inmediaciones.

Los habitantes del rancherío lo vieron pasar y lo reconocieron por su paso largo y lento. Cruzó los pantanos que abren sus grietas y bocas fangosas unas cuabras antes de la caída del Paso y observó el rancherío como a quien no le importaba mayormente el asunto... Pero le interesaba. ¡Vaya si le interesaba!

Miró bien y descubrió una tapera con cuatro postes clavados de punta. Ya conseguiría la paja, o trataría de amasar el barro para levantar las paredes de su rancho.

En la estación lo reconocieron al punto, porque lo esperaban. Algunos se hicieron los bobos, pues suele ser comprometedor andar con ex presidiarios.

¿Si se hubiese evadido? No; de eso estaba segura la gente. El viejo bolichero, don Eustaquio, ya lo había dicho la noche del sábado:

—El estafetero ha leído la noticia en el diario... Lo soltaron a Chiquiño...

Se habló entonces de su crimen y de los buenos tiempos del muchacho; de las hazañas de «aquel mozo» cuando servía de baquiano; cuando conocía los endiablados caminos como la palma de la mano; con sus picadas, sus pasos hondos y sus osamentas. Éstas le servían como punto de referencia. Y no erraba jamás al sentenciar que el nauseabundo olor que salía del monte era de tal o cual animal vagabundo. Los conocía a todos, eran sus hermanos: bueyes inservibles, por rengos o viejos; caballos aquerenciados en el callejón, flacos y sarnosos; vacas machorras, overas de garrapatas, que en los callejones pasaban años y años, paseando su hambre, hasta caer en algún pantano para no levantarse más. Cualquier accidente, por insignificante que fuera, tenía su lugarcito en el prolijo mapa trazado en su cabeza.

Pero al salir de la cárcel, con la cola entre las piernas, como los perros perseguidos de las estancias, no tenía nada que hacer en aquel asunto. No existía ya su oficio. Cualquier gaucho de mala muerte conocía las huellas y resueltamente se

largaba sin preguntar en las picadas, las cuales se abrían cada vez más, para dar paso a los caminos.

Era el pico y la pala del gringo que venía a destruir —construyendo— el campo de su conocimiento. Como la campaña no tenía ya pasos secretos, el baquiano era un ser innecesario.

Chiquiño pidió permiso en la estación, y con su caballo, que desató de la jardinera del bolichero —pues éste le sacaba el jugo—, se fue derecho al rancherío que se extiende a lo largo del camino sembrado de pantanos.

En una tarde se acomodó. Cortó paja en el pajonal del monte cercano e hizo una pared firme y las otras tres así nomás, como le salían. No necesitaba más seguridad.

El lugar no podía ser más estratégico: un terrible pantano. Además, él contaba con un caballo, bien comido y tirador...

¿El vecindario? Un viejo ciego que salía a pedir limosna al paso de los caminantes; diez o doce tranquilos trabajadores de la cuadrilla del ferrocarril; una porretada de botijas que parecían vivir sin padres ni mayores, y, por último, dos sujetos, perseguidos siempre por los comisarios, que, con sus mujeres, viejas quitanderas, hacían el oficio de pantaneros sin darse cuenta.

Eran éstos antiguos camaradas de Chiquiño. Pero, como andaban ahora ayuntados, no era prudente acercarse. Ya se verían en la pulpería.

Chiquiño, llegada la primera noche, no salió de su covacha improvisada. Observó con atención los movimientos del vecindario, en qué rancho se encendía fuego, en cuáles se hacía música, y si la gente rateaba leña por la noche, o recorría, de parranda, los solitarios campos vecinos.

Al día siguiente consiguió en el boliche unas latas de kerosene vacías, las abrió y fue cubriendo el techo cuidadosamente, para protegerse de la lluvia.

El invierno se colaba en los campos, hecho una llovizna persistente, que taladraba la carne.

Su rancho tenía a las espaldas, o sea al oeste, las vías del tren. Al este, el callejón con sus pantanos, que separaba a los miserables de la invernada de novillos de don Pedro Ramírez, hombre estricto, de vida feudal, que era capaz de mandar a la cárcel al que intentase cruzar el alambrado de siete hilos que defendía su campo.

Por allí los desvíos eran imposibles. Los viajeros no podían salvar de ninguna manera los pantanos. Había que arriesgarse siempre, y era de festejar el viaje en que, al atravesar esa serie de pantanos, bajase de cuatro el número de «peludos» sacados a la cincha.

Chiquiño explotaría bien el asunto. Tenía caballo, era «petiso» pero forzado y se haría «de rogar como una mujer»...

Los otros dos desocupados, que sacaban «peludos», se descubrieron a sí mismos cuando Chiquiño, un día de lluvia, ofreció sus servicios al primer empantanado que marchaba en una volanta.

—Sí —había sentenciado—, aquí pasa, pero más adelante la cosa se pone

brava...

Los accidentados, temerosos, quisieron asegurarse la ayuda de Chiquiño.

—Oiga —le insinuó el dueño del vehículo. ¿Quiere acompañarnos hasta el paso?

...

—Y... güeno, pero yo tengo que hacer... —titubeó, hipocritón, Chiquiño.

—Sí, hombre, si nos saca del «peludo» tendrá unos reales... —se apresuró a afirmar el hombre.

—Bueno, vayan yendo; yo los sigo de cerca...

La volanta partió pesadamente. En ella viajaba un médico, quien iba a asistir a la mujer del propietario.

La lluvia caía lentamente, enjabonando el camino, donde resbalaban los dos animales de la volanta. Látigo en mano y azuzando las bestias, el hombre que tenía su mujer en brazos de la muerte, descuidaba su persona, empapadas las ropas. El médico iba acurrucado y silencioso, envuelto en un grueso poncho. Observaba el camino con aire despreocupado.

De pronto, al vadear un zanjón, el vehículo quedó como clavado. En vano los dos caballos se empujaron a un tiempo, tocados por el látigo del conductor.

—¡Otra vez enterrados!... Oiga, hombre, acérquese...

Chiquiño, que había calculado con exactitud aquel percance, ya venía con los maneadores.

Chapaleando barro, pudieron colocar la cuarta, y, después de dar resuello a los animales, de un golpe, decididos, la emprendieron a gritos y latigazos. El caballo de Chiquiño se despatarró, hociqueando en el lodo, cuando la volanta pudo librar sus ruedas traseras.

Desde los ranchos salieron algunos curiosos. Los chicos, chapaleando barro, sus ropas empapadas, corrieron hasta el alambrado, saltando en las charcas y dando victoriosos gritos destemplados.

Anochecía. Arreció la lluvia cuando el ciego salió de su pocilga, llevado de la mano por su lazarillo, un adolescente tuerto, que solamente servía para acompañarlo hasta el camino y dejarlo allí, al paso de los viandantes.

Con el ciego se acercaron al camino dos hombres de hosco mirar. Dos vagabundos que hacían el oficio de pantaneros sin darle importancia y eran ajenos a las intenciones futuras de Chiquiño.

—¿Quiere que siga tirando?

—No; mejor es desatar —opinó nervioso el hombre que tenía a su compañera enferma—. Vamos más ligeros solos... —agregó.

Mientras Chiquiño desataba el maneador, el médico y el patrón subieron a la volanta. La lluvia seguía cayendo copiosamente. Los «gurises», en harapos, olvidaban el frío y la lluvia, subidos a los postes del enclenque alambrado. El cielo oscuro precipitaba a la tarde y hacía más cercana la noche. El monte, a pocos pasos, trazaba una línea verde oscura, de este a oeste. Más parecía un nubarrón que un

monte. Lejos, sobre el campo verde y empastado, los novillos manchaban el difuso paisaje neblinoso. El rosario de pantanos, paralelo a las vías del tren, se hundía en el paso de Itapebí, para transformarse en la otra orilla en un camino de piedra. Tal como si el agua de arroyo hubiese lavado el barro del camino en el paso de agua limpia que ofrecía el monte.

Chiquiño, cuando el hombre que tenía a su compañera enferma, puso dos papeles de un peso y unas monedas en su mano tendida, se dijo para sí:

—Esta chacra de barro va a producir mucho más que la de los gringos...

Chiquiño, bajo el aguacero, regresó a su covacha, donde el agua era un huésped inesperado.

Llovió todo el día siguiente. Pasaron dos pesadas carretas de bueyes y un «sulky»... Un «break» llegó hasta el primer pantano y no se atrevió a cruzarlo. Dio vuelta, camino del pueblo.

Chiquiño, con su puñal y una vara de tala entre las manos, pasó la mañana y parte de la tarde entretenido en labrar un bastón. Sus manos habíanse adiestrado en el pulimento de maderas y en pacientes y minuciosos trabajos de orlas y adornos sobre mates porongos. El fruto de su aprendizaje en la cárcel y la mejor manera de matar el tiempo. Caía en sus manos una rama y, al cabo de unas horas, se transformaba en un bastón o en un mango de rebenque. En los mates solía dibujar, a punta de cuchillo, banderas, escudos y perfiles de héroes nacionales.

A la entrada del sol cuando dejó de llover caminó hasta la pulpería, donde estaban los dos pantaneros bebiendo. Se acercó a ellos y les dio las buenas noches. Le contestaron entre dientes malhumorados.

—¿Qué hay? —preguntó Chiquiño—. ¿Qué les pasa?

—Nada, aquí estamos —dijo uno de ellos alzando solapadamente la cabeza.

Cruzáronse miradas de odio.

El pulpero bromeó.

—Andan quejándose porque ayer les sacaste una changa, Chiquiño...

—¿Cuála?... ¡Que no sean sonsos —respondió el ex presidiario— y que apriendan si quieren ganarse el tirón!...

Nadie osó contestarle. Chiquiño continuó:

—¡Si los que pasan me piden que los saque del «peludo», yo no me vi'a negar!...

Escupió varias veces, se acomodó el sombrero otras tantas y se alzó las bombachas, siempre con los ojos pequeñitos e insultantes sobre los dos hombres.

—¡Si no tienen cabayo, qué van a sacar «peludos»! ¡Con las uñas no si'hace nada!

Los pantaneros enmudecieron. No tenían valor de discutir con Chiquiño. Recordaban la noche del crimen, que había dado tanto que hablar. Pensaron en Pedro Alfaro, cuyos huesos fueron roídos por los cerdos. Todo por «una pavada», por la quitandera Leopoldina, que ahora estaba «pudriéndose bajo tierra», nada menos que con el puñal de Alfaro entre las manos, como ella lo pidiese al morir.

Chiquiño volvió a su cueva. Nada sabía del capricho de su china al morir; pero una noche, Rita, la Mandamás, se lo sopló:

—La «faca» del finau Alfaro la enterraron con la Leopoldina... La finadita así lo pidió... Parece que lo quería hasta después de muerta.

Chiquiño le dio un empujón, haciendo rodar a la vieja por el suelo.

—¡Cayate, perra, cayate! —gritó, fuera de sí.

Pero Rita, desde el suelo, con repugnancia masticó la sentencia:

—Los gusanos saben si miento...

Encono y asco reflejaba el rostro de Chiquiño... Entró en la pulpería y bebió, para que el alcohol hiciese brotar las secas palabras que tenía en la boca:

—¿Aónde diablo hicieron el hoyo pa los restos de la Leopoldina? —interrogó, alcoholizado.

Supo, entonces, por boca de don Eustaquio, que a dos cuadras largas del monte, en el campo de don Caseros, había una cruz. Don Caseros quena mucho a «la finadita».

Llegó la noche, húmeda y tranquila. Solo en su mísera vivienda, recordó el día gris que había pasado en la cárcel. Un día triste y largo que duró seis años...

Las palabras de la Rita habían caído como las piedras arrojadas en las charcas tranquilas. Desde el fondo, un malestar, como barro que sube a la superficie, entenebrecía su vida.

Si durante su encarcelamiento la Leopoldina había muerto y la enterraron con el puñal de su enemigo mortal, era porque el diablo andaba metido en el asunto. Él debía arrancar a su china de las uñas del diablo.

Estiró el brazo y tomó una recta rama de tala. Encendió fuego, calentó el agua, preparó mate y se puso a forjar su obra de arte. Quitó la corteza primero, luego disminuyó los nudos y a punta de puñal, trazó, sobre la madera, el dibujo de una víbora, como si estuviese enroscada al proyectado bastón. La cabeza del ofidio iba a servir de mango. Entrelazó hábilmente dos iniciales: Ch. y L.

En sus oídos sonaban las palabras sentenciosas de Rita: «Los gusanos saben si miento»...

Siguió trabajando en su dibujo con enfermiza fruición. De pronto un ruido de pasos y de cosa arrastrada lo despertó de su tarea. Aplastó con el pie las cuatro brasas que ardían aún y se quedó inmóvil, con la mirada fija en la oscuridad, como si sus ojos oyesen... Se agachó después para recoger de la tierra los ruidos perdidos. En el callejón había gente empeñada en extraño trabajo. El sordo ruido de una pala y un pico ahogaron sus pasos. Repentinamente apareció, a cuatro metros de los dos hombres que trabajaban, como si la oscuridad lo hubiese parido. Uno de los hombres hundía la herramienta y la agitaba violentamente en el agua fangosa de un pantano. Eran trabajadores nocturnos. Trataban de ahondar el ojo ciego de la tierra para precipitar a la diligencia, que pasaría al amanecer.

Los trabajadores nocturnos dejaron caer sus brazos. Chiquiño habló:

—Habrá pa los tres mañana...

Uno de los pantaneros dijo por lo bajo:

—Si usted lo dice...

—No nos vamo'a peliar —insistió el expresidiario—. Será pa los tres, ¡qué pucha!

—¡Siguro! —se animó a decir uno de los trabajadores sorprendidos.

Chiquiño se llenó de coraje:

—Bueno. Yo les pido que no digan nada, pero reciencito metí las manos en el cajón de la finadita y...

—¿Trai el cuchiyó? —se apresuró a preguntar uno de los pantaneros.

—¡No, disgraciao, no! ¡Mienten ustedes, guachos! ¡Mal hablaus!... ¡Mienten!...

Un largo silencio envolvió a los tres hombres.

—¡El diablo anda metido en esto! —dijo. ¡Algún día se sabrá la verdá!

Y apretó los codos contra el cuerpo, para ahogar su grito de protesta.

Se dirigió hacia el alambrado, rompiendo las sombras con su figura ágil. Caminaría hasta el camposanto donde se hallaban los restos de «la Leopoldina». Al agacharse para meter la cabeza entre el cuarto y quinto alambre, se oyó el zumbido de instrumento liviano, arrojado al aire con violencia. Cimbrearón los alambres al chocaren ellos el instrumento. En la nuca de Chiquiño hubo una conmoción imprevista. El golpe lo dejó tendido en el suelo, boca abajo, en el barro.

Desde la oscuridad, uno de los traidores pantaneros le había arrojado el mango de una herramienta. Un hilo de sangre se deslizaba por el barro.

El viento silbaba en sus orejas, con interminable son de flauta, cuando la luna llena trepaba el cerro, plateándolo. Estaba encima de la tumba, forcejeando para arrancar la cruz. Se arrodilló y tiró para arriba con todas sus fuerzas. La cruz, al desprenderse de la tierra, abrió un boquete. Allí metió, afanosamente, las manos en garra. Primero arrancó un terrón con gramilla, con pasto seco, del que se halla encima de las tumbas abandonadas. Después, la tierra húmeda, se le metió en las uñas. Con el cuchillo la cortaba, como si fuese grasa para hacer velas. Poco a poco fue ahondando la excavación, hasta que no pudo más, porque las uñas le resbalaban sobre la tapa mohosa del ataúd.

El viento silbaba en sus oídos. El rectángulo abierto en la tierra ya era suficientemente grande. Halló el borde del cajón, y con el cuchillo lo rodeó hasta volver al punto inicial. Había que sacar más tierra para poder levantar la tapa.

Clavó las rodillas sobre la caja y un ruido de madera podrida que se parte y un olor a orín y a trapo quemado subió hasta sus narices. Metió los dedos en una pequeña rajadura y, puestos en gancho, tiró para arriba. La tela podrida que venía adherida a la madera, se desgarró.

La luna estaba alta y era pequeñita para los ojos del hombre. Como un grano de arroz, pero alumbraba como un sol, al que le hubiesen quitado todo el oro para cambiárselo por plata.

Ese claror lo incitó a la contemplación de la caja, abierta al fin, con los restos de la «finadita». El puñal de su enemigo se balanceaba sobre el esternón. Las manos, reseca y achicharradas, sin fuerzas para sostener el arma. Un rayo de luna chocaba sobre la vaina de plata y se partía en mil pedazos iluminando los huesos cenicientos. El esqueleto todavía estaba sucio. Sucio de carne seca y pardusca: de tendones y de pelos y de trapos polvorientos. La muerte no podía ser muy limpia por aquellos parajes. Chiquiño, sabía desbastar y pulir ramas y dibujar banderas y escudos en los mates... ¡Uf! El cráneo conservaba cabellos adheridos. Había lugares grises como manchas de sama, que podían estar blancos a la luz de la luna, si se empeñase en el cráneo.

Un envoltorio de huesos se hace fácilmente. Se aprieta contra el pecho, se lleva con cuidado andando despacio. El camino, iluminado por la luna, evita los tropiezos. Al fin y al cabo, ¿qué son en el campo dos cuadras? El arroyo corre, como si la luna lo persiguiese y se lo quisiese beber de un sorbo. Parece que arrastrase un montón de grillos. El monte ataja el viento y es fácil hallar un rincón cómodo para trabajar con la punta del cuchillo en los huesos, hasta quitarle[s] los parásitos de las babas del diablo. Van a quedar blancos...

Y al borde del arroyo llega con el envoltorio. El agua salta, de alegría o de miedo, entre las rocas. Coloca los restos en la orilla y comienza: primero el elegante fémur, después las arqueadas costillas, una por una; más tarde las complicadas vértebras. Hay que repasar bien el esqueleto... Lo que da más trabajo es el cráneo. Para sacarle los residuos de los ojos, metidos en las órbitas, hay que utilizar un cortaplumas de hoja puntiaguda. Después el cabello —¡oh, el cabello!—, que fatalmente cae sobre los demás restos ya limpios. Bueno, hay que tener en cuenta que el lavado terminará la obra, que no quedará una partícula de carne.

Y uno a uno los lava con gran cuidado. Luego los mira triunfante, con ojos más codiciosos que los de la luna. Pero... pero ¿por qué se le van los huesos de las manos? ¿Por qué se le escapan como peces tiesos para irse en la corriente perseguida por la luna? Primero fue una costilla, que se le fue de las manos viboreando en el agua... Luego, los cinco dedos de una mano se le escaparon de las suyas misteriosamente y se los llevó la correntada. Después un pulido fémur y más tarde todos los huesos, uno tras otro, se los fue llevando el torbellino. El cráneo tan blanco, tan pulido por sus diestras manos de expresidiario, cayó en un remolino y se fue aguas abajo, chocando con las piedras musgosas del lecho. Las órbitas llenas de agua, claras pupilas que lo miraban...

¿Huirían de la luna aquellos pedacitos de luna tan puliditos y tan limpios? ¡Vaya uno a saberlo! ¡Da pena después de tan paciente trabajo! ¡Los huesos quedarán por ahí, perdidos en un remanso de arroyo, y alguien al verlos creerá que la luna ha caído del cielo y se ha hecho trizas sobre las duras piedras de la ribera!

La diligencia, al amanecer, se anunció con el vuelo gritón de los teros y el cencerro de la «yegua madrina» que venía a la cabeza de la tropilla de «la muda». Los pantaneros, alerta desde sus ranchos, acecharon el percance. La diligencia cayó en el pantano y se quedó clavada en él como una casa en medio del camino. Iba cargada hasta el tope. ¡Buen trabajo les costó sacarla del pozo! Pero «la tarea» fue bien remunerada por el mayoral, generoso y precavido. A las siete estaban otra vez en marcha. El sol brillaba ya, rompiendo la escarcha y dorando el campo y el monte.

La diligencia se perdió en el Paso. El cencerro de la yegua madrina fue poco a poco apagando su son.

A las doce, todavía estaba Chiquiño boca abajo en el barrial, con una herida abierta en la nuca, que el sol iba secando.

Pudo soñar, antes de morir, en el rescate de Leopoldina, salvada de las uñas del diablo.

Los huesos de su padre, sirvieron para abonar los espinillos. Su ánima andaría por las flores doradas. La suya en una fosa reseca, agrietada por el sol.

Ambos conocieron el amor sobre una tierra áspera.

Barro y frescas flores de espinillo.

XV

Cuando el comisario les dio orden terminante de levantar campamento —pues «aquello no podía seguir así»—, apareció por el callejón el viejo tropero don Marcelino Chaves. Como de costumbre, traía un pañuelo negro atado alrededor de la cara.

Si lo hizo intencionalmente, arribando en aquella oportunidad, se trataba de un pícaro de siete suelas. Todo el mundo estaba enterado de que Chaves hacía una tropa por los lejanos campos de La Rinconada y La Bolsa.

Siempre solitario, Chaves pagaba, cuando pedía posada, un verdadero tributo de dinero y de dolor por su pañuelo negro. Nadie sabía a ciencia cierta qué cosa ocultaba aquel trapo siniestro. ¿Una llaga?... ¿Una cuchillada? ¿Un grano malo o contagioso? Esto último era lo más aceptable como explicación. Y, así, nadie arriesgaba el pellejo, ofreciendo una prenda personal para hacer más cómoda la estada del forastero. En algunos puntos —estanzuelas o pulperías donde frecuentaba— hasta había una almohada que, cuando alguno se disponía a usarla, era sorprendido por un grito de esta naturaleza:

—¡Deje eso, compañero; no sea bárbaro, que ahí duerme en ocasiones un apestau!... ¡Se le va'pegar alguna porquería!...

En ciertas oportunidades hasta lo habían «bichado», pues quizá de dormido se dejara ver el mal. Pero fue vana toda tentativa. Chaves dormíase y se despertaba con el pañuelo negro pegado a la cara.

Su antipatía por la gente del comisario y por éste en particular, era muy conocida. Él jamás trababa relaciones con los comisarios. Si ellos entraban en la pulpería, Chaves era el primero en toser, escupir a un lado y en mandarse mudar. Y eso era lo que irritaba a los policías.

Si tenía alguna cuenta pendiente con la justicia, sólo Chaves la sabía, nadie más. Era lo único sospechable ante aquel huir premeditado de los «milicos».

Le tendieron dos o tres celadas, pero no cayó en ninguna. Su prudencia era tan grande que nadie pudo jamás decir algo malo del tropero don Marcelino Chaves.

Cuando cayó al campamento de las quitanderas, ninguno de los que lo conocían sabía de su antigua amistad con aquéllas. Ignoraban, por supuesto, que Chaves había tenido mucho que ver con misia Rita, la dueña del carretón. Nada se sabía de sus peregrinaciones por el Brasil, con ella, ni de las largas noches de verano pasadas a la luz del fogón de la vieja, en sus tiempos mejores. Ignoraban también una historia larga, de persecuciones sin cuento, en las cuales Chaves tomara parte activísima, defendiendo a aquella mujer. La revolución lo había embarullado todo.

No bien supo, por boca de una de las quitanderas, que el comisario había dado orden de levantar campamento, quiso ponerse al habla con misia Rita, la cual se hallaba en el manantial, lavando ropa.

Cuando la vio venir, se le acercó sin saludarla.

—¿Es en serio, Rita, que Nacho Generoso las quiere juir? —preguntó Chaves.

—Ansina, viejo; ansina mesmo..., y mañana rumbiamo p'al descampao de Las Tunas.

Chaves se mordió los labios, pero contuvo sus deseos de blasfemar ante las vagabundas. No dijo una palabra, y se puso a contemplar los dibujos que la llama iba haciendo en la seca corteza de un grueso tronco. Él no podía ponerse frente al comisario, y menos aun en asunto tan delicado.

Por ser la última noche, hubo gran animación en el campamento. Vinieron muchos hombres desde varias estancias, con el pretexto de comprar rapadura, ticholo, dulces y tabaco. La especialidad de la vieja Rita era acondicionar mazos de chala de gran aceptación entre los fumadores.

Chaves no desarrugó el ceño en toda la noche. La pasó en claro pensativo. No se atrevía a ajustar cuentas con el comisario Nacho Generoso. Sabía muy bien cuántos kilos de tabaco le había costado a misia Rita la tolerancia del funcionario... El comisario se había dado cuenta de que «no podía sacarles más» y les dio la orden de emprender la marcha, alegando que:

—Los vecinos se han quejao, y hay que proceder...

Al despuntar el día, la carreta partió rumbo al norte. Iban en ella tres chinas y la Mandamás. La más joven de las quitanderas «tocaba» los bueyes, pues el «gurí» — que antes las acompañara— se les había sublevado y marchado a trabajar con los carreros.

Las ruedas pesadas y rechinantes rompían la escarcha apretada entre los pastos. Una huella profunda abría el paso de la carreta. El tropero seguía la marcha, a corta distancia.

El sol aparecía en el horizonte, como la punta de un inmenso dedo pulgar con la uña ensangrentada. Los altibajos del camino inclinaban a uno y otro lado la vieja carreta. Parecía una choza andando con dificultad por el interminable callejón.

Chaves, al tranco de su caballo barroso, tuvo una piadosa mirada para la carreta. En la claridad naciente de la aurora, divisaba a las mujeres: Petronila, Rosita y la vieja, tomando mate y, adelante, enhorquetada en su «bayo grandote», la robusta Brandina —de mote la «brasileira»—, más fuerte que un muchacho, rubia y quemada por el sol. Sus diecinueve años desafiaban al incierto destino.

Chaves la miraba con respeto. Él sabía lo que era capaz de hacer un hombre alcoholizado con una «brasilerita» tan llena de vida. Por defender a una mujer de esa edad —que bien conocía la Rita, pues ella no olvidaba sus diecinueve años—, él escondía un mal recuerdo, bajo el negro pañuelo.

Dos días de penosa marcha, apenas interrumpida para dar «resueyo» a los animales, y acampaban en Las Tunas.

Antes de llegar al Paso Hondo, el callejón se ensancha para formar un campo de

pastoreo, donde los carreros descansan, los bolicheros ambulantes tienden sus reducidas carpas y donde se confunden carreros, troperos, vendedoras de galleta y quitanderas.

Allí se da descanso a las cabalgaduras para preparar el pasaje del peligroso Paso Hondo. La diligencia hace su «parada» y recobran fuerzas hombres y bestias.

Hay leña para todos en el monte cercano, agua fresca y espacio para muchos viajeros fatigados.

Chaves había elegido el sitio.

La carreta, apenas separados los bueyes, tomó las apariencias de una choza. Echó una raíz: la breve escalera de cuatro tramos. Las ruedas no se veían, cubiertas con lonas en su totalidad, de uno y otro lado. Bajo la carreta se instaló un cuartucho. Parecía un rancho de dos pisos. Arriba, la celda donde las quitanderas remendaban su ropa o tomaban mate, canturriando. Abajo, la Mandamás conversando con Chaves, «prendidos» del mate amargo. La «brasilerita» marimacho corría de un lado a otro, tratando de airear los bueyes hasta la aguada.

Se oían sus gritos:

—¡Bichoco!... ¡indio!... ¡Colorao!...

Y, de cuando en cuando, corregir los malos pasos del perrito:

—¡Cuatrojos!... ¡Juera!... ¡Cuatrojos!... ¡Ya!... ¡Cuatrojos!...

Solamente los animales ponían atención a los gritos de Brandina.

Llegó la noche y no faltaron las visitas. Se acercaban a comprar chala, pero la Rita les ofrecía algo más.

En el profundo silencio de la noche, empezaron a oírse lejanos silbidos y gritos vagos. A los primeros ruidos, Chaves sentenció:

—Alguna tropa que se va p'al Brasil...

Y así fue. Al cabo de media hora era un ruido inconfundible de pezuñas, balidos, gritos y largos silbidos poblando la noche.

Una lucecita roja —de cigarro encendido—, al frente de la tropa, localizaba al jinete que servía de señuelo. Y, con él, la tropilla de «la muda» que venía bufando, ansiosa por llegar a la aguada.

Al poco rato se hicieron presentes las llamas viboreantes del fogón de los troperos.

La carreta de las quitanderas se vio rodeada de novillos. Chaves tuvo que agitar su ponchillo para espantar las bestias curiosas, que se acercaban paso a paso, olfateando la tierra. Se oyó decir a la «brasilerita»:

—No vaya' ser que arreen los bueyes con la tropa.

Chaves se levantó sin decir una palabra y caminó hasta el fogón.

Volvió con ellos, y a medianoche la vieja guitarra de las quitanderas fue pulsada a pocos metros de la carreta, en el fogón ofrecido a los recién llegados.

Petronila, Rosita y Brandina, la «brasilerita», después de arreglarse para recibir a los forasteros, bajaron de la carreta. Sentadas o en cuclillas, cerca del fuego,

escuchaban los acordes de la guitarra, confundidos con los balidos de la tropa cayendo a la aguada.

Y aquella noche las quitanderas se dedicaron a conformar a los troperos...

La «brasilerita», enterada del arribo de Abraham José, guardó discretamente la novedad.

Una de las tantas veces que se alejó del fogón —para volcar la yerba de una «vieja cebadura»—, más o menos a la una de la madrugada, al agacharse, sintió un inconfundible olor a jabón de turco.

Clavó la vista en la oscuridad y alcanzó a divisar al turco Abraham José. Era él, sin duda alguna, el que estaba tirado en el pasto, con su cajón abierto, desde hacía más de una hora, observando los movimientos de la gente.

Después de reconocerlo, dominando su sorpresa, Brandina trató de parecer indiferente. El turco se echó a reír enseñando sus dientes blancos y parejos. El cabello ensortijado y sucio formaba un casco en la cabeza.

La «brasilerita» no se dio por enterada. No quería volver a oír las proposiciones de Abraham José. Se hizo la que no lo había visto. Volvió al fogón, donde los troperos, misia Rita, Chaves y sus compañeras contaban por turno historias de «aparecidos».

Preparó una nueva cebadura e intentó distraerse con los cuentos de los forasteros.

Al oír hablar de «aparecidos», la «brasilerita» pensó que bien podía ser la visión del turco uno de esos casos relatados. Y, sin ser notada, volvió una y otra vez la cabeza hacia el lugar del descubierto.

¿Sería una aparición? Del turco no tenían noticias desde el último cruce por el Paso de las Perdices. Lo recordaba muy bien. Insinuante y malhumorado, si se le negaba algo... Era él. No podía engañarla su olfato. Si con los ojos se equivocaba, las narices no podían mentirle. El olor particular a jabón, a polvos perfumados...

Volvió hacia el lugar del descubrimiento. Era, sin duda, el turco José. Esta vez el hombre la había chistado con su chistido de lechuza, como en el Paso de las Perdices. Volvió a recordar las proposiciones, su insistencia para que se fuese con él, enseñándole una libretita en donde constaban sus ahorros. Pero ella no quería saber nada con aquel sujeto tan raro, que la incomodaba poniéndole las manotas en los hombros y mirándola fijamente. Y, así pensando, cerró sus oídos a la charla de los troperos y a la música doliente de la guitarra.

Le propusieron algo y ella se negó. No quería contestarles, empacada como de costumbre.

—Es muy caprichosa —dijo la Mandamás, justificando su negativa—. ¡Cuando anda con pájaros en la cabeza, se emperrea como buena macaca!

Nadie tomó en cuenta aquellas palabras y siguieron haciendo rabiar a la «brasilerita». Ella solamente veía los ojos del turco en acecho, con la boca abierta,

riéndose como si tuviese un hueso atragantado.

Cuando el campamento entró en descanso, la «brasilerita», pretextando que los bueyes «podían juirse», se puso alerta, y esperó la salida del sol conversando con el turco.

Al día siguiente, José se incorporó al campamento de las quitanderas. Él y Chaves, conversaban mientras las muchachas y misia Rita preparaban la chala y discutían los precios de las baratijas del vendedor ambulante.

—Es un turco carero y tacaño —decía una de las mujeres. Y otra, más picara e intencionada, agregaba:

—Si fuese bueno nos daría a cada una un frasquito de agua de olor...

El turco no le sacaba los ojos de encima a Brandina. No se cansaba de proyectar días mejores con la «brasilerita».

El viejo Chaves se ofrecía a cada rato:

—¿Querés que te arrime leña? ¿Traigo el agua? Mandáme nomás...

Y era Brandina la que respondía por todas:

—No se moleste, don Marcelino... No faltaba más. Pa'eso es visita... Largue ese palo, deje eso, don Chaves.

Y Chaves hacía proyectos de itinerarios, señalaba caminos para recorrer y recordaba campos de pastoreo donde ellas podrían estar tranquilas.

Al anochecer del tercer día anunció su partida con el alba. Tenía una changa en una estancia a siete leguas del «Paso Hondo».

Cuando el turco lo supo, le brillaron los ojos de alegría. Quedaría solo con las quitanderas y, en esa forma, podría terminar el asunto que tenía entre manos.

Se acercó varias veces a la «brasilerita». Con sus pegadas manos apoyadas en los hombros, le dijo insinuante:

—Si me querés, muchacha, turco darte todo... Trabajo, dinero, roba, alhaja, comida, todo... Turco ser bueno, agachar el lomo para Brandina...

—No, no quiero nada, dejame; si no quiero ir con vos, yo no dejo a la vieja...

El turco, clavándole la mirada, volvió a insistir:

—Tuyo, todo tuyo, si querés al bobre turquito. No lleva blata, borque los otros matan al turco ba sacarle dinero. Todo, todo está en ciudad, gardado. Bero turco Abraham José jura, jura que todo será bara Brandina...

Ella lo dejó con las últimas palabras. Y aquella tarde el turco no descuidó un solo paso de la Mandamás. Comió a su lado. Le alcanzó un plato de sopa. La miraba como si calculase los minutos... Ella era el obstáculo, el eslabón de la cadena que tenía que romper...

Chaves partió a la madrugada. Los teros anunciaron su llegada al «Paso Hondo».

El turco se dejó estar, aguardando la noticia fatal. No podía fallarle. Ya se lo había dicho un compatriota de la ciudad:

—Con un poco de eso en la comida, amanece muerta.

Esperaba. La noticia llegó:

—¡Turco, turquito, Abraham! —gritaban las tres mujeres—. ¡La vieja está fría, dura! ¡Vení pronto, turquito!

Las tres quitanderas rodeaban a «la Rita», ya cadáver, rígido, seco, puro trapo y hueso.

Brandina vio a su caballo pastar a pocas cuadras. Pero era tarde para alcanzar a don Marcelino Chaves. El sol ya traspasaba de lado a lado la carreta. No había más remedio. Debían entregarse en manos del turco...

Y así sucedió.

El comisario, el sargento Duvimioso, dos milicos, el turco y las tres quitanderas formaban el cortejo.

Cargaron el cadáver en el carrito de pértigo de un zapatero ambulante. Éste, montado en una bestezuela roñosa y flaca, conducía el cajón. Lentamente fueron cayendo al «paso», en cuyas piedras sueltas el vehículo daba tumbos.

Las mujeres lloraban. El comisario, al lado del turco, con el caballo de la rienda, decía en voz baja:

—¡Y bueno, era tan vieja la pobre!...

El sargento opinó que «la Rita» chupaba mucho. Debía de tener la riñonada a la miseria. Uno de los milicos le dijo al otro, rascándose el talón:

—Y ésas, ¿pa'nde han de rumbiar?

—Seguirán en la carreta, seguro... —repuso el otro.

El cementerio estaba a unas tres cuadras del «paso». Llegaron; y sin más trámites, la metieron en una fosa vieja que hallaron abierta.

Al terminar la tarea, el comisario se acercó al turco y le dijo, un poco ordenando, como era su costumbre, y otro poco haciendo mofa del asunto:

—Bueno, turquito: aura tenés que cargar con esas disgraciadas...

Y, despidiéndose, partió seguido del sargento y los milicos.

Al poco tiempo de andar, dio vuelta la cabeza y contempló el cuadro: el turco iba de a pie, con una de las quitanderas. Las otras dos, con la mujer del zapatero, ocupaban el lugar del cajón. El zapatero conducía al tranco la carretilla. Con un ademán desenvuelto, el comisario ordenó:

—Andá, che; pasate la noche acompañando a esas infelices... Puede ser que yo caiga a eso de la medianoche...

El sargento, que no deseaba otra cosa, galopó hacia la carretilla.

Mientras se tostaban en las brasas del fogón dos gruesos choclos, que el zapatero le regalara la noche del velorio, Abraham José planeaba su trabajo de aquel día.

La «brasilerita», en enaguas, ensillaba su bayo. Rosita y Petronila dormían aún. Habían pasado la noche entre lamentos y atenciones con el comisario.

El turco comprendió que cualquier demora de su parte le sería perjudicial. Y, con el pretexto de arreglar sus baratijas, abrió el cajón y desparramó la mercadería entre las ruedas de la carreta. Entraba a dominar el campamento. Ordenaba, disponía y repetíase para sí las palabras del comisario:

—¡Aura, turquito, tenés que cargar con estas disgraciadas!...

Cuando la «brasilerita» volvió del monte cercano, donde había ido en busca de unas hojas para una «simpatía» —ya las traía pegadas a las sienes—, el turco le preguntó:

—Brandina, brasilerita, ¿los güeyes están todos?

—Siguro, ahí andan... —y señaló con el brazo estirado—. En la zanja está el «Bichoco»... el «Indio» por los pajonales, y el «Colorau»... ¿no lo ves ahí, atrás de la carpa del zapatero?...

Abraham José se tranquilizó. La «brasilerita» no ponía fea cara, de modo que su negocio marcharía a pedir de boca...

Cuando las quitanderas bajaron de la carreta, el turco les ofreció mate. Brandina, al ver a Petronila, la miró de arriba abajo. Habíase puesto sus mejores prendas. La «brasilerita» le reprochó:

—Aura te ponés la ropa fina p'andar en el lideo... ¿No?

—Es que... —tartamudeó Petronila— me voy a dir pa l'estación...

—¿A qué, cristiana? —volvió a insistir la «brasilerita».

—Y... pa quedarme ayí con Duvimioso.

La resolución fue respetada. A mediodía, el sargento llegó con un «sulky» destartado que había conseguido en la estación. Y sin mayores explicaciones, cargó con Petronila.

Su alejamiento coincidió con la partida del zapatero. Abraham José contemplaba el desarrollo favorable de los acontecimientos. Hacía sus cálculos... Aquella repentina soledad lo favorecía.

Al caer la tarde, un silencio profundo entristecía el campamento. No pasaba nadie por el camino. Eran ellos los únicos seres que habitaban el campo de pastoreo de «Las Tunas». Rosita remendaba una camisa celeste. Brandina, que vigilaba el fuego recién encendido, arrimando una astilla, le preguntó en voz muy baja:

—¿Podés ver la costura, Rosa? ¡Cha que tenés buen ojo!... Ya no se ve nada. Se vino la noche...

La mujer dejó la camisa a un lado y se puso a mirar el fuego. El turco acercó la «pavita» a las llamas. Brillaron las primeras estrellas.

Apenas probaron el asado. Cuando Rosita subió a la carreta, Abraham José y Brandina comenzaron a doblar los géneros y a ordenar las baratijas.

A los tres días, un tropero se llevó los bueyes. El turco hizo negocio por su cuenta. Desde aquel momento la carreta empezó a hundirse en la tierra.

Marcelino Chaves frunció el ceño cuando se cruzó con su compañero de faena, que arreaba al «Bichoco», al «Colorao» y al «Indio», junto con otros bueyes «pampas». El viejo tropero se dio cuenta de que en el descampado de «Las Tunas» la carreta había tomado otro rumbo.

Atravesó el «Paso Hondo» con el agua a la cincha, rozando la superficie con la suela de las botas.

Enderezó hacia la carreta, murmurando entre dientes:

—¡Pícaro turco, me ha reventau!

La concurrencia al campamento había sido numerosa, a juzgar por el caminito sinuoso que a ella conducía. Su caballo andaba en él como por senda conocida.

La carreta había echado raíces. Las ruedas, tiradas a un lado, sólo conservaban los restos de uno que otro rayo. Las llantas, estiradas, habían sido transformadas en recios tirantes. El pértigo, clavado en el suelo de punta, hacía de palenque. La carreta habíase convertido en rancho.

Se asomó a una portezuela. Detrás de un pequeño mostrador, sonreía el turco Abraham José.

El extranjero alzó los ojos mirando al recién llegado por entre la espesura de sus cejas. La «brasilerita» invitó a Chaves a sentarse. Tras unas palabras incoherentes, Brandina terminó:

—Sí... Así es... Y Petronila, ¿sabe?, sejué con el sargento... Al otro día del entierro se jué...

Brandina frotaba un frasquito de agua de olor con su falda mugrienta.

—¡Canejo, podían haber esperau! ¡No estaba tan enclenque la carreta!...

Rosita aprobó el parecer.

A Chaves no le faltaron ganas de echarse sobre el turco, pero se contuvo. Ya no había nada que hacerle: la carreta se había detenido para siempre.

Escupiendo y rezongando, el viejo se alejó, seguido de Rosita. Ella había comprendido las intenciones del tropero. Y no quería terminar allí...

Sin muchas palabras de preparación, después de un: «¡Che, Rosita!», Chaves le propuso:

—¿Querés venir conmigo p'al Brasil? Te yevo...

—Güeno —respondió sumisamente—. Aceto...

—Aprontate, andá, hacé un atau de ropa y vamo...

Chaves aguardaba recostado al palenque. Mientras tanto afirmó el recado, se acomodó las bombachas y el poncho, y se puso a sacarle punta a un «palito» con su facón. Cuando apareció Rosita, preparada para marchar, envainó el arma, llevándose el «palito» a la boca.

Partieron. La última mirada de Chaves fue más de asco que de odio:

—¡Quedarse empantanaos así! ¡Turco pícaro! —dijo entre dientes—. ¡Gringo tenía que ser!

Rosita, sobre la grupa, iba acomodándose la pollera verde. Era baquiana para ir en ancas.

Siguieron al trote, por el callejón, siempre hacia el norte. Las lechuzas revoloteaban sobre sus cabezas. El paso de los caminantes era festejado por los teros. Ni la mujer ni el viejo dieron vuelta la cara para mirar los restos del carretón. Tenían bastante con las leguas que distaban desde las patas del caballo hasta el brumoso horizonte. Mordiendo el «palito» que llevaba en la boca, el viejo tropero iba diciéndole:

—Nos agarrará la noche en lo de Perico, más o menos...

Y Rosita respondía:

—Sí...

—Mañana almorzaremos en lo del tuerto Cabrera... ¿sabés?

—Sí...

—Pasau mañana, ya andaremos por lo de Lara...

—Sí...

—Ayí tengo un cabayo, el tubiano; el tubiano, ¿te acordás? Pa vos... Andaremos mejor...

—Sí...

Y Rosita dormitaba con los cabellos caídos sobre la cara.

—Después veremos lo que si hace. ¿Entendés? Ya veremos...

—Sí...

Aquella vida le pertenecía.

El tropero, taloneaba el caballo. La mujer balbuceaba unos «sí...» que parecían caérsele de los labios, como una entrecortada baba de buey... Sí, sí, sí... goteaban las respuestas.

La bestia andaba al tranco entre las piedras. El chocar del rebenque en las botas del tropero marcaba el paso del caballo. Bajo un violento vuelo de teros, el viejo Marcelino Chaves, con su pañuelo negro, y Rosita, con los cabellos en desorden, siguieron por el camino interminable, bajo el claro signo de un cielo altísimo y azul. La luz del ocaso empezó a dorar las ancas del caballo y las espaldas encorvadas de la mujer.

Notas

[1] Latcham, Ricardo: «Evocación de Enrique Amorim», en Suplemento de Cultura de *El Popular*, Montevideo, 2 de setiembre de 1960. <<

[2] Martínez Moreno, Carlos: *Las vanguardias literarias*, Enciclopedia Uruguay, N.º 47. Montevideo, 1969. <<

[3] Aunque Amorim es reconocido con preferencia como novelista, Ángel Rama ha señalado con justeza que «el cuento fue el secreto sostén de su obra creadora» (en «Enrique Amorim, cuentista». Prólogo a *Los mejores cuentos* de Enrique Amorim, Arca, Montevideo, 1967). Sobre todo el proceso de gestación de *La Carreta* y también de otras novelas como *El paisano Aguilar*, parece confirmar esta observación. Por su parte, Horacio Quiroga apreció más a Enrique Amorim en su condición de cuentista que de novelista. Así se lo hace saber cuando acusa recibo recién el 26 de julio de 1935 del envío de *La Carreta*. Dice Quiroga: «... creo comprobar que Ud. como yo y otros tantos, nos desempeñamos más vigorosamente en el cuento que en la novela. No me parece valga su carreta menos que algunos de sus mejores relatos. Más ambiente aparente en aquélla, pero no real. Tal creo, amigo; y como el golpe cae a la vez sobre mis propias espaldas, apreciará con ello el elogio y reproche conjuntos». El original de esta carta pertenece a la Colección Horacio Quiroga, Correspondencia, Archivo Literario, Biblioteca Nacional, Montevideo. Fue publicada parcialmente por Emir Rodríguez Monegal en su Prólogo a *Historia de un amor turbio* de Horacio Quiroga. Colección de Clásicos Uruguayos, Biblioteca Artigas. Montevideo. 1968; y en forma completa por Pablo Rocca en «Quiroga-Borges: estructuras fundacionales del relato», en *Graffiti*, N.º 18, Montevideo, mayo de 1992. <<

[4] Ortiz, Alicia: *Las novelas de Enrique Amorim*, Compañía Editora y Distribuidora del Plata. Buenos Aires, 1949. <<

[5] Ramírez, Mercedes: *Enrique Amorim, Capítulo Oriental. La Historia de la literatura uruguaya*. N.º 27, Montevideo, 1968. <<

[6] Garet, Leonardo: *La pasión creadora de Enrique Amorim*, Editores Asociados. Montevideo, 1990. <<

[7] Latcham, Ricardo: «Evocación...», ob. cit. <<

[8] García, Serafín J.: «Enrique Amorim, un novelista autentico», en *Mundo uruguayo*, Montevideo. 18 de agosto de 1960. <<

[9] Rodríguez Monegal, Emir: «El mundo uruguayo de Enrique Amorim», en *Narradores de esta América*, Editorial Alfa, Montevideo. 1961. <<

[10] Cotelo, Rubén: «Mito y praxis en el último Enrique Amorim». Prólogo a *Los montaraces*. Segunda Edición. Arca. Montevideo. 1973. <<

[11] Visca, Arturo Sergio: «Enrique Amorim», en *Antología del cuento uruguayo contemporáneo*, Universidad de la República, Montevideo, 1962. <<

[12] Mose, K. E. A.: *Enrique Amorim: the passion of a uruguayan*, Editorial Playor. Madrid. 1973. «Producción de *La Carreta*, dirección y estructura de un vehículo convertido en símbolo», en *La Carreta* de Enrique Amorim. Edición crítica. (Coordinador: Fernando Ainsa). Colección Archivos. Madrid. 1988. <<

[13] Ruffinelli, Jorge: «Itinerario narrativo de Enrique Amorim», en *Crítica en Marcha. Ensayos sobre literatura latinoamericana*. Premiá Editora. México, 1979.

<<

[14] Visca. Arturo Sergio: «Enrique Amorim», ob. cit. <<

[15] Rodríguez Monegal, Emir: «El mundo uruguayo...», ob. cit. <<

[16] Silva Valdés, Fernán: «La Carreta/ Enrique Amorim», en *Nosotros*, N.º 284. Buenos Aires, 1933. <<

[17] Ruffinelli, Jorge: «Itinerario narrativo...», ob. cit. <<

[18] Leguizamón, Martiniano: «Del folklóre argentino: las quitanderas», en *La Nación*, Buenos Aires, 25 de noviembre de 1923. <<

[19] Amorim, Enrique: «Alrededor del vocablo quitanderas», en *La Nación*, Buenos Aires. 1 de diciembre de 1923. <<

[20] Granada, Daniel: «Opinión y juicio del autor del *Vocabulario rioplalense*». Don Daniel Granada, en *La Carreta*. Tercera edición. Ediciones Triángulo. Buenos Aires, 1933. <<

[21] Enrique Amorim envió la edición especial de *Las Quitanderas* (1924) a Pedro Figari, quien le agradeció desde Buenos Aires en carta de 25 de agosto de 1924, en los siguientes términos: «Señor don Enrique M. Amorim / Capital / Distinguido compatriota y amigo: / Pude al fin encontrar una hora tranquila para leer su cuento “Las Quitanderas”, que se sirvió enviarme con muy grata dedicatoria, todo lo que le agradezco mucho. / No hablemos de su talento ni de su rica prosa, dado que esto es valor admitido y aun corriente. Hablemos, aunque sea dos palabras, sobre el tema de su cuento. No deja de ser pintoresco ese lupanar rústico, ambulante, alojado en una carreta; pero no tenía yo noticia de este antecedente. Fuera de que, ya sea esto fruto de su imaginación o una urdimbre hecha a base de realidad, es bien interesante su cuento; casi diría en tal caso: “Lástima no ser verdad tanta belleza”, sino temiese ser tildado de lo que, en verdad, no soy. Pero, es tan ingenuamente bajo ese comercio, y tan posible en ciertas regiones de la campaña, desprovista de todo y hasta de eso, que ese rodar inmoral, amparado por los apetitos del comisario, vendría tan solo a ser un nuevo aspecto de lo que ocurre allá donde nada hay. Solo una gazmoñería podría hacernos protestar a los urbanos a este respecto, dado que por las ciudades, donde, al contrario, de todo hay, no falta esto en todas las formas imaginables de la depravación soez y relajadamente baja. Por lo demás, este asunto se presta bien para evidenciar el dogal de sensualismo que acogota a la bestia, a casi todas las bestias. / Lo saluda muy cordialmente, su amigo afo: / P. Figari». Colección Enrique Amorim. Correspondencia. Archivo Literario. Biblioteca Nacional. Montevideo. <<

[22] Comisión Nacional de Bellas Artes: «Exposición Pedro Figari / 1861-1938» (Catálogo). Salón Nacional de Bellas Artes. Ministerio de Instrucción Pública. Montevideo, 1945. <<

[23] Welker, Juan Carlos: «La obra literaria de Enrique Amorim (Comentario Biobibliográfico)», en *La Carreta*, Editorial Claridad. Buenos Aires, 1932. Estrictamente, Figari había conocido «Las Quitanderas» por la edición especial de 1924, ob. cit., que es la que probablemente haya facilitado a Adolfo Falgairolle. Al indicar el volumen de relatos de 1925, Welker parece haber confundido el primer cuento con «Quitanderas (Segundo episodio)» que integra *Tangarupá*. Lo mismo le ocurrió a Zum Felde. quien al analizar este último libro se refirió a «Quitanderas» como «el mejor cuento de su anterior volumen (Amorim), que ya señalamos, en la oportunidad de su aparición, como de valor sobresaliente respecto a los demás». («Tangarupá, cuentos, por Amorim». *El Día*, Montevideo, 6 de setiembre de 1925). Por lo demás, la amistad entre el pintor uruguayo y el escritor francés aparece confirmada en una carta que el primero dirige a Amorim desde París el 16 de agosto de 1930, estableciendo su punto de vista sobre el incidente con Falgairolle: «Aun cuando creí y sigo creyendo que salió Ud. ganando con aquel supuesto plagio de Falgairolles (sic), y que solo por error podía llamarse perjudicado, yo quedé —bien que siempre por fuera del asunto—, deseoso de precisar, puesto que nada me resulta peor que lo indefinido, doblemente cuando se trata de personas que estimo. / Su carta me hace pensar que ha liquidado Ud. en ese mismo sentido esta incidencia, lo cual me alegra no poco». Colección Enrique Amorim. Correspondencia. Archivo Literario. Biblioteca Nacional. Montevideo. <<

[24] Falgairolle, Adolphe: *La Quitandera*, en Les Oeuvres Libres. Tomo 92. París, febrero de 1929. <<

[25] Amorim. Enrique: «A propósito de las quitanderas», en *La Carreta*. Tercera edición, ob. cit. <<

[26] «Enrique Amorim. Ficha biobibliográfica». Las Nubes. Salto, 1968. Inédita. Copia mecanografiada. Archivo particular de Esther Haedo de Amorim. La prensa de la época informó de la partida a Europa y que «uno (de los propósitos del escritor) es transformar su célebre cuento “Las Quitanderas” en una obra teatral, poniendo en escena una auténtica carreta criolla. Francis de Miomandre será el poeta francés encargado de la teatralización y Pedro Figari el pintor de la escenografía», en *Imparcial*, Montevideo, 26 de abril de 1928. <<

[27] Amorim, Enrique: «Conferencia en el Segundo Centenario de Salto». 1957. Inédita. Original mecanografiado que integra el libro inédito de memorias de Enrique Amorim, «Por orden alfabético». Archivo particular de Esther Haedo de Amorim. Este mismo texto es citado con el título «Las confesiones de un novelista» por K. E. A. Mose en «Producción de...», ob. cit., de acuerdo a una copia facilitada por Hugo Rodríguez Urruty. Con un título casi igual, «Confesiones de un novelista», Mercedes Ramírez, en «La circunstancia del escritor. El hombre y sus constantes. La obra y sus géneros» (en *La Carreta*. Edición crítica, ob. cit.), hace referencia a otro texto leído por Amorim en el Homenaje que se le tributó en el Teatro Larrañaga, en Salto, en 1958. <<

[28] Algunos de estos comentarios fueron reproducidos en *La Carreta*. Tercera edición, ob. cit. y por Fernando Ainsa en «Destinos. Información externa», en *La Carreta*, Edición crítica, ob. cit. <<

[29] Mose. K. E. A.: *Enrique Amorim...* y «Producción de...», ob. cit. <<

[30] Amorim, Enrique: «Conferencia...», ob. cit. <<

[31] Ortiz, Alicia: *Las novelas...* ob. cit. <<

[32] Mose, K. E. A.: «Producción de...», ob. cit. <<

[33] Rodríguez Monegal, Emir: «El mundo uruguayo...», ob. cit. en (9). <<

[34] Ainsa, Fernando: «Génesis del texto. De los cuentos a la novela», en *La Carreta*. Edición crítica, ob. cit. <<

[35] Ainsa, Fernando: «Génesis...», ob. cit. (34). <<

[36] «Carreta solitaria», en *La Prensa*. Buenos Aires, 21 de setiembre de 1941. El cuento fue recogido, en esta versión, en el postumo *El ladero y varios cuentos*. París, 1970. <<

[37] Ortiz, Alicia: *Las novelas...*, ob. cit. <<

[38] Ainsa, Fernando: «Génesis...», ob. cit. <<

[39] Penco. Wilfredo: «Génesis de La Carreta», en *La Carreta*. Edición crítica, ob. cit.

<<

[40] Mose, K. E. A.: «Producción de», ob. cit. <<

[41] Amorim, Enrique: «Conferencia», ob. cit. <<

[42] Amorim, Enrique: «Conferencia...», ob. cit. <<

[43] El tiraje fue de 3.000 ejemplares para una edición popular y de 80 en papel especial, a pedido del autor. Se confeccionaron, asimismo, 2.000 carteles con fines publicitarios. Factura de la Editorial Claridad. Buenos Aires. 12 de noviembre de 1932. Colección Enrique Amorim. Impresos. Archivo Literario. Biblioteca Nacional. Montevideo. <<

[44] Ruffinelli, Jorge: «Itinerario narrativo...», ob. cit. <<

[45] Borges. Jorge Luis: «Vorwort», en *Die Carreta* (Roman). Trad: Vivian Rodewald-Grebin. Holle, Berlín. 1937. La versión en español de este prólogo a la edición alemana de *La Carreta* fue publicada en *El Hogar*, Buenos Aires, el 9 de julio de 1937. Volvió a ser dada a conocer, con alguna variante y anunciada como inédita en español, con el título «Mito y realidad del gaucho», en *Marcha*. Montevideo. 5 de agosto de 1955. La transcripción sigue esta última publicación. <<

[46] La escritura del nombre Matabayo sufre diversas modificaciones que registran los originales. Primero es Mataballos, en una segunda instancia Matabayos, hasta que se decide, luego de vacilaciones verificables, por la denominación definitiva. El origen del nombre es explicado en el primer capítulo de *La Carreta*. <<

[47] En la breve historia de Matabayo que se establece en los primeros párrafos del capítulo I, se dice: «Fue explorador de aquel pantano, pero descubierta su treta, se resignó a usufructuarlo en sus consecuencias, más que en el propio accidente. / Cuando veía repechar una carreta, esperaba el paso de los carreros [conductores. 3.^a edición y siguientes) para ofrecerse». Ese oficio será el mismo que desempeñará Chiquiño, su hijo, en el capítulo XIII (XIV de la sexta edición) que se integra con una nueva versión del cuento «Los explotadores de pantanos». <<

[48] En el capítulo II, es Misia Rita, «una vieja de voz nasal, regañona y tramposa» quien «se encargaba de cobrar el precio de la quitanda». Cuando la «empresa» que Matabayo y Secundina organizan entra a funcionar, es Misia Rita la Mandamás: «La vieja es la que manda más, la que capitanea a las carperas», dice el asistente del comisario (capítulo III). Pero ya en el capítulo IV. Secundina habla de este modo: «¡No, no! Ya saben que la Mandamás soy yo». Secundina desaparece junto a Matabayo en el capítulo VI y no volverá a hablarse de ella (ni cuando reaparezca su compañero de andanzas, en la quinta edición) salvo un recuerdo que dejan caer en un diálogo Piquirre y Luciano: «Yo conocí a la Mandamás más peluda, la finada Secundina, que era capaz de darte una cachetada si te pasabas con alguna de las chinas...» (capítulo XII). <<

[49] K. E. A. Mose, en su citado libro Enrique Amorim..., ob. cit., observa con acierto que «las prostitutas son vendedoras de quitanda o carperas en apenas los primeros capítulos. Es sólo después de haber pasado algún tiempo y de que tuvieran su primera noche de negocio malogrado que encontramos el término quitanderas indicando que para entonces habían empezado a ser algo así como una institución». <<

[50] Mose. K. E. A.: «Propuesta para una estructura temática de La Carreta: los “conceptos vínculo”», en *La Carreta*. Edición crítica, ob. cit. <<

[51] Buenos Aires, 5 de julio de 1924. <<

[52] A pesar de su carácter independiente en la trama novelística, este episodio contribuye de modo decisivo y como pocos a mostrar el trágico fondo de superstición, desamparo y muerte que atraviesa de punta a punta el ámbito esencial de la novela. <<

[53] Alicia Ortiz (en *Las novelas...*, ob. cit.), anota que «algunas escenas del libro tocan zonas de intensidad —y ellas evocan los trazos vigorosos de José Eustasio Rivera. Rómulo Gallegos, Jorge Icaza: figuras representativas de la novela sudamericana—, pero ninguna tan minuciosa y labrada en el detalle macabro, como la del delirio de Chiquiño, que logra, en su belleza sombría, su designio de sugestión». Por su parte, Ana María Rodríguez Villamil analiza pormenorizadamente este episodio, destaca sus «claras características oníricas», y establece una filiación con «El Hijo» cuento de Horacio Quiroga. («Mitos, símbolos, supersticiones y creencias populares», en *La Carreta*. Edición crítica, ob. cit.). <<

[54] En este capítulo final, la carreta detiene su marcha para no volver a rodar más, para transformarse en refugio sedentario. Es interesante subrayar cómo se establece el proceso transformador, desde que los ambulantes eligen un sitio para acampar: «La carreta, apenas separados los bueyes, tomó las apariencias de una choza. Echó una raíz: la breve escalera de cuatro tramos. Las ruedas no se veían, cubiertas con lonas en su totalidad, de uno y otro lado. Bajo la carreta se instaló un cuartucho. Parecía un rancho de dos pisos». También la irrupción del turco Abraham José en el campamento que en cierta forma presidía el misterioso tropero y vagabundo Marcelino Chaves, según observa Mose, pone de manifiesto «el conflicto de (...) dos valores, gaucho y gringo, la confrontación mítica de lo viejo y lo nuevo». («Propuesta...», ob. cit.). <<

[55] Las ediciones de *La Carreta* son las que siguen: Buenos Aires, Editorial Claridad, 1932, 160 pp. Colección «Cuentistas de hoy» (incluye «La obra literaria de Enrique Amorim (Comentario Biobibliográfico)» por Juan Carlos Welker); Buenos Aires, Editorial Claridad, 1932 (idem primera edición); Buenos Aires, Ediciones Triángulo, 1933, 260 pp. (incluye «A propósito de las quitanderas» por E. A.: «De Don Martiniano Leguizamón, en *La Nación*. Del folklore argentino: las quitanderas». «Opinión y juicio del autor del Vocabulario Rioplatense. Don Daniel Granada». «Don Roberto J. Payró. en *La Nación* (1924)». «“Las quitanderas” en la literatura francesa. De *Chicago Daily Tribune*, París. Marzo 26 de 1929». «Decía L’Intransigeant: Vendredi. 22 Mars 1929». «Les Nouvelles Littéraires. Samedi 3. Mars 1929». «En *Candide*. París. Abril 1929». «Un juicio de Fernán Silva Valdés. Revista *Nosotros*. Buenos Aires»); Buenos Aires. Librerías Anaconda, 1937, 260 pp. (idem tercera edición); Buenos Aires, Editorial Claridad, 1942, 224 pp., Colección Claridad, vol. 51 Ilustraciones de Carybé (incluye «Enrique Amorim» por Ricardo A. Latcham); Buenos Aires, Editorial Losada, 1952, 236 pp., Biblioteca contemporánea; Buenos Aires, Editorial Losada, 1953, 136 pp., Biblioteca contemporánea. Desde su publicación inicial en 1932, y hasta la tercera edición, incluida, *La Carreta* tuvo como subtítulo: «Novela de quitanderas y vagabundos». Esta denominación adicional es acotada en la cuarta edición a sólo «novela», y desaparece también la mención al género en las siguientes.

La editorial Losada hizo una nueva reimpresión en 1967, y la Comisión de Iniciativa del Homenaje Nacional a Enrique Amorim publicó en Montevideo, en 1988, una edición popular de 176 páginas que incluyó una «Presentación» de los editores, un «Esbozo biográfico» de Oscar Kahn. «Respuesta a Enrique Amorim» (poema) de Rafael Alberti, «Perspectiva de un narrador» de Rómulo Cosse y un Apéndice con comentarios lexicográficos y críticos, testimonios, una bibliografía incompleta y mal organizada y otros documentos y referencias.

Ese mismo año, con los auspicios de la Unesco y bajo la coordinación de Fernando Ainsa, pasó a formar parte de la Colección Archivos una edición crítica de *La Carreta*, en la que se estableció el texto definitivo, tomando como base la versión de 1952 y se lo relacionó con variantes de la primera y la quinta ediciones; en un Apéndice y un «Dossier» quedaron organizados los materiales preparatorios de la novela. Este trabajo estuvo a mi cargo. Colaboraron también en esta edición con diversos estudios, además del coordinador. Kenrick E. A. Mose. Huguette Pottier Navarro, Mercedes Ramírez y Ana Rodríguez Villamil. La deficiente bibliografía, de la que es autor Walter Rela, fue corregida en una segunda edición: Madrid. 1996. <<

[56] Mose, K. E. A.: *Enrique Amorim...* y «Producción de...», ob. cit. <<

[57] Amorim, Enrique: «A propósito...», ob. cit. <<

[58] Rama, Ángel: «Enrique Amorim...», ob. cit. <<

[59] «Encuesta a escritores uruguayos. Responde Enrique Amorim», *Marcha*, Montevideo, 8 de abril de 1960. <<

[60] Esta carta es recogida parcialmente por el destinatario en «Mito y...», ob. cit. <<

[61] Amorim, Enrique: «El gaucho y el cowboy», en *El Hogar*, Buenos Aires, 4 de julio de 1941. <<

[62] Amorim, Enrique: «Nativistas y criollos. A propósito de un artículo de Armando Cascella», en *Claridad*, Buenos Aires, 26 de julio de 1930. <<

[63] Mose. K. E. A.: «Propuesta...», ob. cit. <<

[64] En *La Razón*, Buenos Aires. 24 de noviembre de 1932. <<

[65] «Las culpas de Lawrence», en *Crisol*, Buenos Aires, 3 de noviembre de 1932. <<

[66] En *El País*, Montevideo, 5 de diciembre de 1932. <<

[67] En *La Prensa*, Buenos Aires, 22 de enero de 1933. <<

[68] Sánchez. Luis Alberto: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Gredos, Madrid, 1953. <<

[69] Díez-Echarri. E. y Roca Franquesa, J. M.: *Historia general de la literatura española e hispanoamericana*, 2.^a ed., Aguilar, Madrid. 1966. <<

[70] Garganigo John F. y Rela. Walter: *Antología de la literatura gauchesca y criollista*, Delta, Montevideo, 1967. <<

[71] Amorim, Enrique: «Conferencia...», ob. cit. <<

[72] Ainsa, Fernando: «La temática de la prostitución itinerante en Amorim y su inserción en la ficción hispanoamericana», en *La Carreta*. Edición crítica, ob. cit. <<

[73] Rodríguez Villamil, Ana: «Mitos...», ob. cit. <<